

Mujeres con L



o

¿Quién fue el idiota que...?

Vicente Trigo Aranda

- Si te gusta este libro, te agradecería que se lo recomendases a tus amistades.
- Original disponible en <http://www.vicentetrigo.com>
- © Vicente Trigo Aranda. Todos los derechos reservados.
- **Permitida la distribución libre de este archivo.**
- Queda prohibida cualquier forma de reproducción, total o parcial, de esta obra, sin contar con la autorización, por escrito, del autor.

Como puedes imaginar, todas las personas y situaciones que aparecen en esta novela son ficticias y, recordando los avisos previos de las películas clásicas, “cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”... ¿o no?

Rock around the clock (Bill Haley)

Mi problema siempre han sido las mujeres.

Vaya frase tan rotunda que me ha quedado para empezar, ¿verdad? ... Y, si me conocieras, seguro que me llamarías exagerado. ¿Por qué? Porque aún sigo en el insti (sólo por unos días, eso sí) y, además, tampoco soy un ligón profesional. Sin embargo, realmente las he pasado canutas (como irás leyendo en estas páginas) y todo ha sido a causa de mi atracción por las mujeres cuyo nombre empieza por L... Quizá tenga algún trauma infantil con esa letra.

Según dicen las normas de urbanidad, o como demonios se diga eso, lo primero es presentarse, así que voy con ello. Me llamo Pablo Correas y acabo de terminar, esta misma mañana, los exámenes finales de mi último curso en el insti. Ahora, me estoy tomando un respiro hasta que nos entreguen las notas y si, como espero, apruebo todo, tendré que enclaustrarme unos cuantos días para preparar la selectividad... ¿Qué voy a estudiar? Cualquiera sabe, todo dependerá de la nota que exijan para entrar. Hasta ese momento, ni yo mismo lo sé.

Bueno, ya me estoy yendo por las ramas. Supongo que esto me sucederá muchas veces a lo largo del libro, así que ármate de paciencia y no te quemes conmigo... Al fin y al cabo, se supone que un escritor cuenta lo que quiere y como quiere, ¿no? Si no, ¿qué gracia tiene escribir?

Pasemos a mis mujeres con L. Mi primer gran flechazo fue Lorena. Acababa de comenzar tercero de la ESO y, de nuevo, observaba las mismas caras de siempre en las mesas de mi alrededor. Ya me conocía la vida y milagros de todo el mundo y las chicas no habían cambiado mucho en el verano... seguían igual de estúpidas. Eso que sucede en las pelis, donde una escoba con patas se transforma en una *topmodel* durante las vacaciones, es más falso que una moneda de cuatro cincuenta, palabra. En resumen, las perspectivas de ligue con alguna de mis compas eran totalmente inexistentes.

Sin embargo, a los pocos días, apareció Lorena por clase, tan despampanante como un ángel. ¡Qué frase tan cursi me ha quedado! Lo que pasa es que no tengo ni idea de cómo describirte la impresión que me produjo. Te aseguro que, desde que la vi por primera vez, no pude quitar mis ojos de ella. Si te soy sincero, debo reconocer que no era una 90-60-90, ni mucho menos, pero tenía estilo, mucho estilo, y, además, una sonrisa hechizadora. Hasta cuando se teñía el pelo de azul fosforito, que no es mi color favorito, me resultaba maravillosa.

¡Por una vez, me alegré de ir tan mal en mates! ¿Qué diablos tiene eso que ver?, te preguntarás. Pues resulta que el Bigotes, nuestro profe de mates, nos había hecho un control el primer día de clase, por aquello de averiguar el nivel que llevábamos, y el muy sádico, luego, nos había colocado en clase por orden de notas.

Como puedes imaginar, no me hizo mucha gracia verme en la última fila, pero, gracias a eso, cuando llegó Lorena, ya empezado el curso, la colocaron junto a mí... y no desaproveché la ocasión.

Desplegué mis encantos y averigüé que era nueva en la ciudad. Por lo visto, su padre estaba encargado de poner en marcha un nuevo hiper y, como aquello podría durar bastante, se había trasladado con toda la familia a uno de los adosados que hay cerca del insti.

Puede que algunas veces, demasiadas para mi gusto, me comporte como un idiota, pero no soy tonto del todo, así que utilicé la vieja táctica de la aproximación indiferente, pasito a pasito, como el que no quiere la cosa. Me las ingenié para comportarme en plan colega, simulando pasar de ella en el tema que verdaderamente me interesaba. En lo primero, alcancé el éxito más rotundo; antes de un mes, ya había subido al escalón de amigo... pero, ¿cómo alcanzar el siguiente peldaño?

La semana blanca, prevista para finales de enero, fue la respuesta a mis oraciones. Lorena nunca había esquiado y me costó muy poco convencerla para que se apuntase. El problema surgió donde menos lo esperaba.

- ¡Estás loco de remate! - me soltó mi padre a grito pelado, cuando le comenté mi idea de ir a la nieve -. ¿Crees que somos millonarios o qué? Esquiar es carísimo y...

- Tampoco cuesta tanto - le interrumpí rápidamente -. Está subvencionado y sale por muy poco.

- ¡Si sabrás tú lo que me cuesta ganarlo! - prosiguió en el mismo plan, sin hacer mucho caso de mis argumentos -. Para libros lo que quieras, pero, para irte de juerga en plan señorito, no pienso abrir la cartera.

- Cariño - terció mi madre, que me apoya casi siempre -. Al chico no le vendría mal pasar unos días en plena naturaleza...

- ¡Y un cuerno! - la cortó mi padre, erre que erre -. ¿Sabes cuántos accidentes se producen en las estaciones de esquí? Pagamos cantidades astronómicas cada año por roturas de huesos, operaciones para recomponer rodillas, cabezas rotas... Aunque, en tu caso, hijo mío, eso último es mi menor preocupación. Tienes la cabeza más dura que una piedra.

Mi progenitor, por si no te lo he dicho, trabaja en una compañía de seguros, de ahí sus comentarios. Me refiero a los primeros; el último, mejor me lo salto.

- No será para tanto - intervino, de nuevo, mi madre conciliadora -. Quizá resulte peligroso para gente mayor, pero él es un joven que está en la flor de la vida.

- No sé, no sé - repuso vacilante.

Durante unos segundos, creí que lo había conseguido. Sin embargo, aquello sólo fue una ilusión; un breve rayo de luz que desapareció enseguida. Mi padre no se rinde tan fácilmente.

- ¿Y perder una semana en medio del curso? Con las pésimas notas que lleva, debería aprovechar todo el tiempo para intentar aprobar... ¿O has olvidado el cero que sacó en el control de Matemáticas?

- En eso tiene razón papá - me dijo mi madre, cambiándose de bando en mitad de la decisiva batalla -. Tus notas dejan mucho que desear y el viaje sería un premio que no te has ganado... Si al menos fueras como el hijo de Paquí, que siempre aprueba todo.

- O el de los López, que anda de notables y sobresalientes - metió baza mi padre, para acabar de rematarme.

No seré un lince, pero tuve clarísimo que mis posibilidades de estar una semana en la nieve y liarme con Lorena, se diluían como un helado al sol. Así que adopté una decisión heroica y arriesgada.

- ¿Si apruebo todas, la próxima evaluación, me dejaréis ir? - pregunté, adoptando un tono de seriedad y despecho que supuse les impresionaría.

- Desde luego que sí - asintió enseguida mi madre, sorprendida y contenta por mi propuesta.

- Para el carro - saltó mi padre, mucho menos conmovido -. El aprobado no basta. Si, en la próxima evaluación, sacas notable en Matemáticas, te largarás a la nieve. Es mi última palabra.

La miré en busca de apoyo y ayuda, pero mi imitación de perro apaleado no obtuvo el resultado apetecido.

- Estoy de acuerdo con papá. Aunque eres muy inteligente, no trabajas casi nada. Esfuérzate y obtendrás tu recompensa.

Adiós al viaje, pensé cuando escuché su veredicto... ¿Te parece que un notable no es para tanto? Te diré que, en aquel entonces, mi media en mates rondaba el dos. Por tanto, como puedes imaginar, un salto hasta el notable era equivalente a ir de la Tierra a Marte.

En cuanto a las demás asignaturas, me sentía capaz de aprobarlas, a pesar de que mis notas no eran muy brillantes. Bastaba con empollar algo más de lo habitual... que era casi nada.

Sin embargo, mis odiadas mates resultaban un muro infranqueable. No entendía nada... No, no. Nunca le he echado la culpa al Bigotes. De hecho, según alguna gente de clase, explicaba muy bien. Para mí, todo cuanto decía, sonaba a chino.

Esa tarde, mientras rumiaba mi fracaso caminando por el parque y liberaba mi furia pegando unas cuantas patadas a las piedras, me encontré con Lorena, que había sacado a pasear a su perro. Una bola peluda que no levantaba un palmo del suelo.

No pude, o no quise, ¡quién sabe!, disimular mi amargura y ella la notó enseguida. No necesité insistir mucho y le conté lo sucedido. Cuando terminé, omitiendo, claro está, todo lo relativo a ella, su reacción me dejó atontado... más de lo habitual, quiero decir.

- No te preocupes Pablo - dijo sonriendo, a la vez que colocaba su brazo sobre mis hombros -. Ya te ayudaré yo. Las Matemáticas se me dan bastante bien.

Estuvo hablando un rato más, pero no me enteré de nada. Mis cinco sentidos estaban pendientes de su brazo, que sentía en mi piel como un diamante al rojo vivo... Bueno, creo que esta última expresión no es muy correcta en el aspecto científico, o a lo mejor sí, pero mi profe de Literatura seguro que aplaudiría la metáfora... A lo que iba, permanecí tanto tiempo como una estatua, mientras Lorena hablaba, que su estúpido chuchó me debió confundir con un árbol y me puso las deportivas perdidas. Ni siquiera me quejé... Como dijo una vez mi profe de Historia, refiriéndose a no sé quién, "París bien vale una misa".

Abreviando, Lorena, que iba de notable en mates, se comprometió a ejercer de profe conmigo, las dos tardes en que el piano la dejaba libre. El pensar que iba a estar a su lado, sin nadie metiéndose por medio, hizo que me brotasen alas y volé entre nubes. Por desgracia, aterricé cuando la acompañé hasta la puerta del adosado y entró en su casa. Entonces, me entraron a mí los temores.

¡Menudo idiota! ¡Yo solito me había metido en una trampa mucho peor que la de mis padres! Al fin y al cabo, si no conseguía cumplir su exigencia, sólo perdía el viaje a la nieve, que ya era bastante; sin embargo, un fracaso, después de las clases de Lorena, me dejaría ante ella como un imbécil total... y podía despedirme de cualquier futura pretensión.

Tenía que llegar al notable como fuese.

Nuestra primera sesión de trabajo no fue tan maravillosa como había esperado. En lugar de subir a su habitación, estuvimos en el salón, con los dos hermanitos molestando sin parar. Si bien Lorena ponía interés en explicarme las cosas, yo no cogía ni papa. Las mates seguían siendo chino para mí, aunque a ella le aseguraba que lo iba entendiendo todo... ¿Qué otra cosa podía decirle?

Al llegar a casa, tomé una de las decisiones más duras de mi vida. Adiós a la tele y a la Play. Me iba a encerrar en mi cuarto para estudiar a tope y nada me tenía que molestar. Tan resuelto estaba que, para no distraerme, me agencié la colección de cedés que había comprado mi padre.

Escudado en mis cascos, nada más cenar comencé a trabajar. Media hora después, todo mi cuerpo, con mi trasero a la cabeza, empezó a protestar por la falta de costumbre; sin embargo, pensé en Lorena y aguanté... y aguanté hasta que los ojos se me cerraron de cansancio.

Después de unos cuantos días manteniendo ese ritmo infernal, comprobé que mi esfuerzo rendía fruto. Llevaba todas las asignaturas al día, con la excepción de mates, que seguían en plan chino.

No se me olvidará nunca ese fin de semana. Estaba tan apurado, que hasta había cogido un libro de problemas en la biblioteca... eso te dará una idea de lo desesperado que me sentía.

El domingo por la tarde, hice un alto para merendar y enterarme de la marcha de los partidos. Mi madre volvió a preguntarme si me encontraba mal (la pobre estaba bastante intranquila, porque nunca me había visto tanto tiempo sentado delante de mi mesa). Aunque le respondí que estaba perfectamente, seguía tan preocupada que me preparó un batido con magdalenas.

Aquello me sentó como la poción mágica de Asterix. Cuando volví a mi potro de tortura, me quedé turulato al descubrir que, de pronto, entendía el chino. Fue como si, de repente, se hiciese la luz y dejases de estar ciego... Si nunca has pasado por algo similar, no sabes lo que te pierdes, palabra.

Empecé con los problemas de una página y me fueron saliendo como churros, sin apenas esfuerzo... Bueno, alguna vez metía la pata con los signos y los denominadores, pero me bastaba con un rápido repaso para encontrar el fallo.

Después de cenar, quise seguir dándole a las mates, pero me lo impidió la emoción. En lugar de ecuaciones, sólo veía las pistas de esquí, con Lorena a mi lado, y la única incógnita que me interesaba era el cuándo, porque daba por supuesto el sí.

El Bigotes nos puso un control el miércoles. Era la primera vez en que sentía un hormigueo en el estómago ante un examen de mates. Hasta entonces, los suspensos eran habituales y mi meta se limitaba a sacar un cinco o lograr un poco de misericordia del profe, a cambio de no montar jaleo en clase, así que no tenía mucho sentido ponerse nervioso. En cambio, ese día necesitaba sacar nota y tenía, lo que te puedes imaginar, medio metro más arriba.

Me puse a leer los enunciados de las preguntas y se me abrió el cielo. Nunca antes los había comprendido todos. Me lancé como un poseso a simplificar fracciones y resolver sistemas. Cuando entregué el examen (me sobraron diez minutos), observé que Lorena todavía seguía pensativa y concentrada en sus hojas, por lo que no pude impresionarla con mi sonrisa de satisfacción.

El viernes nos dio las notas.

- Has subido mucho, te felicito - dijo el Bigotes, cuando llegó mi turno -. Pasar de cero a siete es una hazaña muy meritoria... Sólo espero que sigas con la misma marcha.

¡Sólo un siete! En otro momento, habría saltado de alegría, pero, entonces, me sentí fatal. Yo esperaba el nueve o el diez y se me quedó una cara de *stupid* que no veas.

Al terminar la clase, me armé de valor y le pedí ver el examen. Se trataba de mi última esperanza; a lo mejor, había dejado de contar alguna pregunta y me subía algo. El Bigotes reaccionó, ante mi petición, con una carcajada que me hundió en la miseria. Afortunadamente, su risa era de satisfacción, no de ironía.

- Vaya. Parece que te lo estás tomando en serio. Ven al despacho y te enseñaré los fallos que has cometido.

Debo reconocer que el examen estaba corregido por lo alto. Por ir deprisa, había metido la gamba media docena de veces.

- ¿Qué nota debo sacar en el próximo, para tener notable en la evaluación? - le pregunté, cuando ya estaba en la puerta.

- Un dieciocho - respondió sonriendo, después de consultar su libreta.

- ¡No fastidie! - exclamé desesperado -. Llevo muchos días sin parar de estudiar y eso debería tenerlo en cuenta.

- Claro que lo tengo, pero debéis estudiar desde el principio. Todo cuenta al final.

- Sí, en eso tiene razón - nunca da mal resultado hacer la pelota -. Pero, usted mismo ha dicho varias veces, en clase, que la media no es algo definitivo... que un cero, un cinco y un diez no es lo mismo que un diez, un cinco y un cero. En el primer caso, el alumno demuestra que va para arriba y en el...

- No sigas, que ya me lo sé - me interrumpió, algo mosqueado por mi alegato -. Mira Pablo, dentro de diez días os pondré el último control antes de la evaluación. Si obtienes un diez, te pongo el notable, ¿de acuerdo?

- Desde luego - contesté rápidamente.

Mi único consuelo fue Lorena. Su abrazo de felicitación, acompañado de un beso en la mejilla, casi me resarcía de mis padecimientos. Ella se había quedado en el seis, pero, a pesar de que yo la había superado, estaba muy contenta, porque consideraba que parte del mérito de mi nota era suyo... ¡Y tanto! Si todo lo hacía por ella... ¿Por qué no me atreví a decírselo?

Esos días, estudié todavía más a tope. Dedicaba lo justo a las demás asignaturas, no fuese a fastidiarla en alguna, y el resto mates, mates y más mates. Hasta en sueños resolvía problemas. ¡Qué pesadillas tan horrosas!

El examen me salió de perlas, a pesar de que el profe me colocó en primera fila, supongo que para asegurarse de que todo salía de mi cabecita. Comprobé la mayoría de los problemas, salvo los dos últimos, porque ya no me dio tiempo. Al día siguiente, el Bigotes, al que no se puede negar que es rápido corrigiendo, nos comentó las notas.

- El mejor examen ha sido el de Pablo Correas. Mi enhorabuena.

Sus palabras hicieron que todos los ojos de la clase se centrasen en mí (casi me puse colorado). Mi mirada se cruzó con la de Lorena y, lo que leí en ella, me hizo flotar. Por desgracia, el profe siguió hablando y me lanzó un misil antiaéreo.

- Pablo ha sacado un nueve. La segunda mejor nota, un ocho setenta y cinco, corresponde...

Dejé de prestarle atención. La nieve, mi ansiada nieve, se había transformado en un alud y cayó de golpe sobre mi cabeza. Tan real era la imagen que sentí los copos de nieve deslizándose por mi mejilla. Sólo reaccioné cuando descubrí que se trataba de una lágrima, que se me había escapado. Avergonzado, me la sequé con la manga y estuve el resto de la clase más tieso que un clavo.

Por suerte, el Bigotes se comportó y, aunque no había alcanzado el diez, en la evaluación me puso el deseado notable. ¡Las pistas de esquí me esperaban!

Aunque estés impaciente por saber cómo me fue mi aventura con Lorena, no pases todavía al próximo capítulo, que voy a explicarte lo de los títulos que les he puesto a cada uno. Leí un par de novelas de un tío, cuyo nombre no recuerdo, que ponía canciones encabezando los capítulos de sus libros y la idea me gustó.

Ahora bien, ¿qué canciones podía colocar yo como títulos? ¿Algo clásico como Guns'n'Roses o algo maquinero, en plan DJ? ¿En english o en spanish? Estuve dándole vueltas al tarro y, finalmente, opté por hacer una selección de las que aparecen en una colección de cedés que compró mi padre.

Son la tira de cedés con canciones de lo más variado, aunque más antiguas que un televisor en blanco y negro. Sin embargo, algunas de ellas me acabaron gustando y mi selección es un pequeño homenaje a todas ellas, ya que, al fin y al cabo, me sirvieron de música de fondo cuando me dediqué a las mates.

Mi padre, que parece escapado de Jurassic Park, siempre está fardando de lo joven que es. ¿Por qué será que todos los dinosaurios se consideran jóvenes? Su frase preferida es “yo nací con el rock'n'roll” y, al menos en eso, según la enciclopedia que acompaña a la colección, tiene toda la razón del mundo.

El primer rock'n'roll famoso de la historia es “Rock around the clock” que, por si no te has fijado, es precisamente el título que le he puesto a este primer capítulo. Se grabó en Nueva York el 12 de abril de 1954 y, ¿adivinas otra cosa que pasó ese mismo día? ... Exacto, vino al mundo mi progenitor.

Be-bop-a-lula (Gene Vincent)

Llegaron las vacaciones de Navidad y Lorena se largó, con su familia, a casa de su abuela, en no sé qué pueblo. Me pasé todas las fiestas tumbado en el sofá, tan aburrido que casi desgasté los botones de la Play. Si estaría desganado, que hasta se me pasó por la cabeza darle un repaso a los libros, pero, en vista de las fiestas que eran, no consideré apropiado cometer tal sacrilegio.

Cuando ella regresó, todo cambió. La niebla dejó paso a un luminoso sol, aunque el frío siguió campando a sus anchas, y mi ánimo subió como la espuma. Seguimos viéndonos para estudiar mates, aunque se intercambiaron nuestros papeles. Ascendí de alumno a profe.

La semana anterior al viaje a la nieve, el único tema de conversación fueron los preparativos y lo que íbamos a hacer. Como puedes imaginar, idiota del todo no soy y mantuve en secreto mis sueños más íntimos.

- ¿Sabes que Jonás viene por fin? - me comentó en un recreo.

- ¿Quién es ése?

- Uno de cuarto C, bastante alto. El de la chupa con la calavera. ¿No lo conoces?

- Ah, sí - respondí, después de reflexionar unos segundos -. Un idiota que juega al basket, ¿no?

- No seas tonto - repuso riendo -, que es muy simpático. Me lo he encontrado varias veces en el conservatorio, ¿sabes? Toca la guitarra y el laúd.

Aquello me supo a cuerno quemado y sentí una punzada dolorosa en el corazón. ¡Otra nueva experiencia gracias a Lorena! Ya conocía los celos. ¡Tres son multitud!

- ¿Y a dónde viene? ¿A lo del sábado? - pregunté, cuando logré recuperarme.

Para esa noche, habíamos preparado una salida la gente que, el domingo por la tarde, íbamos a marcharnos a esquiar. Invadiríamos la zona de marcha e iríamos de garito en garito, hasta que el cuerpo aguantase... o echasen la persiana.

- A lo del sábado y, también, al viaje - respondió, dejándome por los suelos.

Así que me ha salido un competidor, me dije cuando llegué a casa y me tumbé en la cama, desanimado. Analicé la situación y deduje que mis perspectivas no eran muy halagüeñas. Jonás (¡Ojala no lo hubiese vomitado la ballena!) era un año mayor y supuse que tenía más experiencia con las chicas que yo... algo bastante fácil, en vista de mi poca habilidad para el ligue. Encima, me sacaba media cabeza, asistía al conservatorio y le caía simpático a ella.

La salida del sábado confirmó mis temores. Jonás estuvo todo el tiempo como un moscón alrededor de Lorena. Afortunadamente, la cosa cambió algo más tarde, porque el calimocho no le debió sentar muy bien y se tuvo que largar a casita, dejándome el campo libre.

Pude dedicarme a envolverla con mis atenciones y a exhibir mis dotes de bailarín. Moví tanto el esqueleto que, cuando abandonamos el garito, me caía el sudor a chorros.

- ¡Madre mía! ¡Qué frío hace! - exclamó Lorena, nada más salir a la calle.

Aunque la mañana había sido soleada, se había levantado un viento helado que no había forma de eludir. La pobre, que aún no conocía el traicionero tiempo de la ciudad, sólo llevaba una chaqueta. Estaba estupenda, la verdad, pero también estaba congelada, porque las ráfagas de aire polar se metían hasta los huesos.

Por eso, cuando Lorena comenzó a frotarse con las manos para darse calor, no dejé pasar la oportunidad.

- Toma, ponte mi abrigo - le dije, después de quitármelo.

- ¡Estás chalado! Vas a coger un pasmo.

- ¡Qué poco me conoces! - exclamé, dándomelas de *machoman* -. Esto es sólo un poquito de brisa para mí. Con la sudadera, tengo más que suficiente.

- ¿Seguro que no tienes frío así? - me preguntó preocupada, mientras mi abrigo estaba donde habría deseado estar yo.

- Claro que no - respondí sonriendo -. Venga, vamos, que la gente ya ha entrado en ese otro sitio.

- No, no. Ya es muy tarde y mañana, o mejor dicho hoy, todavía debo preparar las bolsas para el viaje. Además, ahí está Alicia esperándome para coger un taxi a medias... ¿Nos acompañas? Así te devuelvo el abrigo y no pillarás frío.

Tenía unas ganas locas de seguir junto a ella, aunque sólo fuesen unos minutos, pero, ¿un poco de viento me iba a acobardar? ¿Qué pensaría de mí? Vamos, que rechacé su oferta.

- Aún aguantaré un rato más. La noche es joven... Felices sueños.

Cuando llegué a casa, una hora después, el castañeteo de mis dientes era bestial y supuse que mis padres saldrían enseguida, para ver qué causaba tal jaleo. Me equivoqué. Dormían como troncos... ¿Dónde está la presunta inquietud materna y paterna por el regreso de los hijos?

A la mañana siguiente, me desperté ardiendo... y no precisamente de amor por Lorena. Tenía cuarenta menos tres décimas.

Argumenté todo cuanto se me ocurrió, imagino que sin mucha coherencia por la fiebre, pero tenía la batalla perdida de antemano. En cuestiones de salud, mi madre es inflexible. Adiós a la nieve, adiós a Lorena y adiós a todas mis ilusiones.

¡Menuda semanita pasé! Entre la fiebre y los celos, estaba que echaba chispas.

No paré de darle vueltas al coco, imaginando qué podría estar sucediendo en la nieve. Sin embargo, me convencí de que Lorena no tenía tan mal gusto como para liarse con el imbécil de Jonás.

Según el horario previsto, los dos autobuses regresarían el domingo a las seis y aparcarían en la explanada que hay detrás del insti. Ya que no había podido estar con ella, al menos le tendría preparada una bienvenida irresistible. Por la mañana busqué una floristería y le compré un ramo de rosas rojas. ¡No veas que pasada! ... Y no me refiero a las flores, sino al pastón que me cobraron. No pude recargar el móvil en seis meses.

A las cinco, por aquello de que los autobuses podían venir con adelanto, ya estaba allí de plantón. Hacía tanto frío que hasta los pingüinos irían con manta.

Para no convertirme en un témpano de hielo, estuve yendo de un lado a otro sin parar, como los patitos esos que ponen en las ferias... Sólo que yo resultaba un patito muy llamativo, con mi ramo de rosas rojas.

A las seis y media ya estaba mosqueado, además de completamente helado. ¿Dónde estaban los padres y madres? ¿Acaso no echaban de menos a sus hijos e hijas que habían abandonado el hogar durante toda una semana? Aquello era un desierto... salvo por el idiota que, a falta de un chucho, había sacado a pasear un magnífico ramo de flores.

O los padres pasaban mucho de sus hijos, lo cual tampoco sería mucho de extrañar teniendo en cuenta quienes habían ido a la nieve, o allí pasaba algo raro.

Todavía aguanté una hora más aireando el ramito, pero tenía los pies tan helados que comencé a preocuparme, pensando que se me podrían congelar. Sólo me faltaba que tuvieran que cortarme algún dedo, como les pasa a algunos escaladores.

En vista de que el saldo de mi móvil estaba a cero, mi ramo y yo comenzamos la búsqueda de una cabina para llamar a los padres de Laura y, así, enterarme de la hora de llegada, porque ya tenía muy claro que a las seis no era.

Encontré dos cabinas, pero a una le faltaba el auricular y la otra se tragó mis monedas sin dejarme hablar. Encima, mis insultos posteriores no la impresionaron lo más mínimo y no se dignó devolverme el dinero.

En el bolsillo sólo me quedaba un billete y no podía regresar a casa con el ramo, después de los malabarismos que había hecho para meterlo y sacarlo sin que ni mi padre ni mi madre, que habría sido mucho peor, se enterasen. Para colmo, me faltaba un pelo para convertirme en una estatua de hielo. ¿Qué hacer?

La respuesta era sencilla, ¿verdad? El problema estaba en el maldito ramo. No me apetecía mucho meterme en un bar con él. Sin embargo, el frío y la inquietud pudieron más que mi vergüenza y entré en uno donde televisaban el Madrid. Todo eran tíos.

- Póngame un café con leche, por favor - le pedí al camarero, entre un bosque de miradas irónicas.

- Ponle también un vaso de agua con una aspirina para su amiguita, yo invito - saltó un gracioso, que no debía estar muy interesado en el partido.

- Chico - terció otro chistoso -. ¿Te ha plantado la novia o es que vienes aquí a encontrar una?

- Si quieres te doy mi dirección - continuó el gracioso del principio -. A lo mejor emocionas a mi parienta y se larga contigo.

- Dejad en paz al chaval - intervino el camarero, defendiéndome -. ¿No le veis la cara? Está más tieso que un fiambre... Anda - añadió dirigiéndose hacia mí -, tómate el café y entra en calor.

- Se cobre, por favor - dije agradecido -. ¿Me podrá dar cambios para el teléfono?

- Buena idea - insistió el chistoso -. Llámala y dile que, a pesar del frío que hace, tú la calentarás y...

Me salvó de sus paridas el árbitro, que acababa de anular un gol al Madrid, así que la madre del pobre diablo pasó a ser el objeto de sus comentarios y pude telefonar en paz.

Los autobuses llegaban a las nueve.

Como no quería seguir aguantando sus bromitas, me bebí el café con leche lo antes que pude y salí disparado del bar. El maldito frío seguía esperándome y, a los cinco minutos, ya estaba congelado de nuevo.

Tan desesperado me sentía que estuve a punto de tirar el ramo y largarme a casa; en serio. Sin embargo, me imaginé la cara de felicidad que pondría Lorena, cuando se lo ofreciese, y esa visión me dio fuerzas para soportar mi deambular por el polo norte.

A las ocho y media, comenzaron a llegar los coches de los primeros padres a la explanada. Supongo que mi ramo les daría tema de conversación, pero ninguno tuvo la delicadeza de invitarme a un ratito de apetecible calefacción.

Hasta las nueve y veinte no aparecieron los autobuses. Lo malo fue que aparcaron bastante lejos uno del otro y, para decidirme, tuve que echar al aire una moneda virtual. Después de cinco minutos, viendo bajar a la gente y abrazarse a sus seres queridos que fingían haberles echado en falta, tuve claro que mi elección había sido errónea.

Casi a la carrera, me largué con las rosas hacia el otro autobús, acompañado de múltiples sonrisas de mis compas. Entonces divisé a Lorena. Llevaba la mochila, una bolsa en su mano derecha... y su izquierda estaba unida a la de Jonás.

¡Cómo había podido liarse con un tío tan imbécil, idiota, etc.! Bueno, para que no pienses mal de mí, debo aclararte que los calificativos con los que aludí a ese tipejo, no eran tan finolis, ni mucho menos. Sin embargo, he decidido dejar atrás mi diplomatura en tacos diversos y voy a intentar ser educado en estas páginas... ¿Queda claro?

Volvamos a aquella noche. No veas lo estúpido que me sentí allí, con mi ramo de rosas, mientras la parejita flotaba en una nube. Justo cuando iba a largarme escopeteado, ella me descubrió.

- ¡Pablo, qué sorpresa! - exclamó alegre, soltando a Jonás y viniendo sonriente a abrazarme... algo no muy fácil con el ramo por allí en medio.

- ¡Qué pena que no hayas podido venir! - prosiguió después -. Lo hemos pasado de cine. ¿Ya estás bien del todo?

Asentí con la cabeza. Entonces, pareció fijarse en las flores.

- ¿Para quién son? - preguntó sonriendo.

¡Vaya corte! Tal y como estaba el patio, no iba a dárselas a ella delante de Jonás. ¿Delatarme y que todo el mundo supiese lo majadero que soy? ¡Lo último! Por una vez, tuve reflejos y encontré una salida.

- Para mi tía, es su cumpleaños... Como vive aquí al lado y he visto los autobuses, me he detenido a saludarte.

- ¡Eres un encanto! - dijo, besándome en ambas mejillas.

Antes de su partida, Lorena era menos besucona. Por lo visto, la semana en la nieve debía haber practicado bastante. La idea me puso enfermo... literalmente.

Me volvió la fiebre y recaí de nuevo... Aunque, pensándolo bien, a lo mejor tuvo algo que ver el hecho de pasear las rosas tanto tiempo.

Nuestra relación se fue apagando, poco a poco. Ya no volvimos a juntarnos para estudiar mates; el poco tiempo libre que le dejaba el piano, lo dedicaba a Jonás. Nuestro único contacto se reducía a breves charlas entre clase y clase. Ni siquiera en los recreos la soltaba el largo.

Sorprendentemente para todo el mundo, yo el primero, no tiré a la basura los libros y continué estudiando, aunque a un ritmo mucho más pausado. Al final, saqué un ocho en mates... Nunca lo habría logrado si no hubiese conocido a Lorena, la primera de mis mujeres con L.

Quizá te preguntes acerca del significado de “Be-bop-a-lula” que da título a este capítulo. No tengo ni idea, la verdad. El motivo por el que la he escogido es otro muy distinto.

Cuando acabó el curso, salimos toda la clase de marcha para celebrarlo. El pulpo de Jonás se apuntó, ¡faltaría más!, y no soltó a Lorena, salvo para ir al servicio. Uno de los garitos estaba decorado a lo rockabilly y sólo ponían rocks prehistóricos. Al sonar las primeras notas de esta canción, ella comenzó a bailar.

Me largué echando leches y aquella fue la última vez que la vi.

Me telefoneó unos días más tarde, para despedirse. Enviaban a su padre a otra ciudad y, de nuevo, la familia se trasladaba. Cuando empezó el siguiente curso, Jonás ya tenía nueva acompañante y, mientras le seguí la pista, anoté tres más. Suspendió cuatro en primero de bachillerato y dejó el insti. No sé que habrá sido de él.

Tell Laura I love her (Ray Peterson)

Al comienzo del siguiente curso, mi vida siguió tan aburrida y monótona como la de un cactus en el Sahara. Sin embargo, todo cambió cuando se abrieron las estaciones de esquí, porque el Bigotes tuvo la genial idea de irse para allá. Según nos informaron después, se debió pegar un castañazo bestial y acabó con la rodilla destrozada.

Bueno, por una vez, y sin que sirva de precedente, mi padre tenía algo de razón; esos accidentes no son infrecuentes... De todas formas, ¡a quién se le ocurre ponerse a esquiar a sus años! Si es un viejales que, por lo menos, tiene cuarenta tacos.

Tres días después, llegó la gran novedad.

Estábamos en clase de Sociales, en completo silencio porque ese profe se gasta muy malas pulgas con lo del orden, cuando se abrió la puerta y creí que me daba algo. El jefe de estudios del insti venía acompañado de una *topmodel* de infarto.

- Buenos días - nos dijo con su inconfundible vozarrón -. Os presento a doña Laura Esquivel, vuestra nueva profesora de Matemáticas, que viene a sustituir a...

Dejé de escucharle enseguida, para fijar toda mi atención en la adorable diosa que tenía delante. ¡Qué belleza! ¿Quién dijo que las matemáticas no son atractivas?

Al día siguiente, todos los chicos acudimos a clase duchados, requetepeinados y rociados por un aluvión de desodorantes y colonias diversas. Jamás he visto a mis compas tan arreglados como en aquella época.

¿Verdad que imaginas por qué me dediqué, de nuevo, a las mates? Te aseguro que mis palizas fueron de antología. Hasta me perdí algún recreo para acudir a su despacho y consultarle dudas.

Cada mes, Laura nos entregaba una hoja con varios acertijos y enigmas, para que fuéramos haciéndolos, obteniendo positivos como recompensa. ¿Quién podía perder esa oportunidad de lucirse? Yo no, desde luego.

Recuerdo el fin de semana que me puse a intentar resolver los de la primera hoja. En total, me pegué cuatro o cinco horas enfrascado y sólo conseguí hallar la solución de cuatro. Encima, dos estaban mal.

Se me han quedado grabados los dos primeros con los que me enfrenté: el de la mayor toca el piano y el de la tortilla de ocho huevos... ¡Cómo! ¿No los conoces? Pues ahora mismo te los cuento. Eso sí, te advierto que únicamente pude con uno, así que, si te consideras más inteligente que yo, deberás encontrar la solución de los dos... y permíteme que lo dude.

“Dos amigos matemáticos se encuentran, después de mucho tiempo sin verse, y se ponen a charlar. Al poco tiempo, sus familias son el tema de conversación.

- ¿Y qué edades tienen tus tres hijas?

- Multiplicálas y te saldrá 36.

- Pues vaya. Algo más me tendrás que decir para averiguarlas, ¿no?

- Claro. Su suma es el número de esa casa que hay enfrente.

Su amigo mira la casa y permanece reflexionando un rato.

- Necesito algún dato más - indica después.

- Tienes razón. La mayor toca el piano”

Curioso, ¿verdad? ... ¿Conseguirás averiguar las edades de las tres hijas?

En cuanto al segundo enigma, no te fíes de tu primera impresión. La mayoría de la gente suele dar una solución equivocada.

“Dos amigos están preparando una tortilla para merendar. Uno ha puesto cinco huevos y el otro tres. Cuando acaban de hacerla, llega otro amigo que, rápidamente, se apunta a la merendola.

- Como no he puesto nada - dice el tercer amigo, cuando terminan -, tomad estas ocho monedas que llevo sueltas.

Si todas las monedas son iguales, ¿cómo deben repartírselas los dos que han puesto los huevos?”

Bueno, ya tienes entretenimiento para un rato. De todas formas, no te lances a intentar resolverlos ahora. Espera a que termine el capítulo, que es muy cortito.

Un día, en que había quedado para ir al cine, mi castillo de fantasías se derrumbó. Mi Laura, mi idolatrada Laura, estaba en la parada del autobús acompañada de un viejales... ¡Por lo menos tenía treinta años!

Durante unos minutos, y a pesar de su cariñosa actitud, aún conservé las ilusiones. Pensé que podría tratarse de un hermano o un primo. ¡Iluso de mí! Llegó el bus y no subieron. Estaban dándose un morreo olímpico. ¡Qué poca vergüenza! ¡Menuda manera de dar ejemplo! Toda una profe de mates besándose, en plena calle, con un matusalén... ¡Si, al menos, hubiese sido conmigo!

Mi herida se mantuvo abierta el resto del curso, a pesar de lo cual no disminuyó mi ritmo de trabajo, quizá porque la esperanza es lo último que se pierde. Laura me puso sobresaliente al final, muy merecido por otra parte, y desapareció de mi vida tan rápidamente como había entrado. Gracias a ella, mi segunda mujer con L, aprendí a disfrutar con los acertijos y enigmas... y, también, unas cuantas mates.

Pasé a primero de bachillerato y las clases perdieron gran parte de su interés. No es que fuese mal, pero tampoco demasiado bien. De nuevo, me las tuve que ver con el Bigotes, que todavía cojeaba un poco, y, tras dos tropiezos al principio, comencé a apretar fuerte y saqué un nueve en junio. Por lo demás, todo era monótono: insti, estudiar y salir con la gente de clase. Así, una semana tras otra. ¡Qué aburrimiento!

¿Qué puedo decirte de la canción que encabeza el capítulo, si su título lo dice todo?

Mr. Lonely (Bobby Vinton)

Al comenzar segundo de bachillerato, apareció mi tercera mujer con L, Leticia. Hija de un militar, al que acababan de destinar a un cuartel cercano, resultó ser la única adquisición femenina del grupo.

Leticia era el polo opuesto de Lorena y, ahora que lo pienso fríamente, es evidente que no encajábamos, ni mucho ni poco. Sin embargo, me sentí atraído por ella. ¿Por qué? ... En realidad, no lo sé. Supongo que mi delicado corazón llevaba demasiado tiempo sin una diosa a la que ofrendar mis sufrimientos... vamos, que era la única novedad con faldas que andaba por allí cerca.

Lo de las faldas no es una metáfora. Siempre iba pulcramente vestida, como si todavía estuviese yendo al colegio de monjas. Era la típica chica que habría encantado a mi abuela.

Esta vez (había aprendido con Lorena), no me anduve por las ramas. A los pocos días de su llegada, abandoné mi peculiar vestimenta y adopté una moda menos agresiva.

- Para mí que el niño está enamorado - escuché que le decía mi madre a mi padre, una vez que iba camino del frigo para reponer energías -. Me ha pedido unos náuticos y un burberry.

- ¿Y eso que es?

Mejor me callo la respuesta que recibió. Mi progenitor gasta menos en ropa que yo en gasolina... Como puedes deducir, lo de mi moto aún es una misión imposible.

Volviendo a Leticia, lo cierto es que resistió impasible todos mis intentos de aproximación. Quizá no había superado la primera impresión que le causé o quizá le recordase a algún sátiro que conoció en su niñez, pero la frialdad era total por su parte.

Un día, llegó el Bigotes a clase y nos habló de la fase de distrito de la Olimpiada Matemática. Consistía en un examen de siete problemas, a hora cada uno. Al escuchar tamaña barbaridad, cerré mis oídos y me concentré en lo que verdaderamente me interesaba... Hallar la forma de enrollarme con Leticia.

- ¿Y tú, Pablo, no te apuntas? - me preguntó directamente, sacándome de mis maquinaciones.

- No, no. Eso será muy difícil.

- No lo niego, pero, como he dicho antes, quienes queden en los tres primeros lugares recibirán un premio en metálico e irán a la Olimpiada Nacional.

- Siete horas de examen es una paliza - repuse, sin dar mi brazo a torcer.

- Son cuatro por la mañana y tres por la tarde, así que os podéis quedar a comer en alguna pizzería, cerca del instituto donde se realizan las pruebas.

El silencio se adueñó del aula y, sorprendentemente, lo rompió Leticia.

- ¿Puedo apuntarme yo?

- Desde luego - respondió el Bigotes, encantado de que el insti tuviese alguna representación.

Nadie más dio el paso al frente, así que aproveché la ocasión que se me ofrecía y, al terminar la clase, yo también me apunté. Comer a solas con Leticia, era lo que andaba buscando desde hacía tiempo.

Mantuve en secreto mi incorporación al equipo, para que ella no se echase atrás. Se enteró cuando nos encontramos en la puerta de entrada al examen.

- ¿Qué haces tú aquí? - me preguntó extrañada.

- Al final, el Bigotes me apuntó sin consultarme - mentí tranquilamente - y no me han quedado más narices que venir.

Creí notar un brillo en sus ojos y pensé que, quizá, mi trola la había impresionado. Si el profe obliga a alguien a ir a un sitio así, es que no puede ser un negado del todo, ¿verdad? Decidí aprovechar el resquicio que se acababa de abrir.

- ¿Qué tal si nos vemos al terminar la sesión de la mañana? Podemos comentar los problemas - sugerí, intentando que no se viesen muy claras mis intenciones.

- Está bien. Quedamos en la pizzería de la esquina, ¿de acuerdo? - concedió, más resignada que alegre, después de pensarlo durante unos segundos eternos.

Yo iba con ánimo de pegarme cuatro horas sentado sin hacer nada, salvo cavilar en qué le diría a Leticia en la comida; sin embargo, al ver el examen comprobé que el león no era tan fiero como lo habían pintado. Allí estábamos casi doscientas personas y pensé que, si me quedaba entre los veinte o treinta primeros, sería un puesto que me haría subir puntos ante ella.

El segundo problema era uno de círculos y triángulos que no había por donde hincarle el diente. El tercero, uno de límites bastante sencillo, a nivel de primero. En el cuarto, había que enredar con los restos de unas divisiones entre potencias enormes.

Habrás observado que he omitido hablar del primero. ¿Adivinas cuál fue? ... Exacto, el de la mayor toca el piano.

- ¿Qué tal te ha ido? - le pregunté, cuando nos sentamos a comer.

- Eran muy complicados - respondió, no muy contenta -. Creo que tengo bien el de límites y algo he hecho en el de las divisiones. Con los otros me he atascado.

- Pues yo creo que tengo bien, al menos, dos y medio.

Su mirada de admiración me dejó tan lleno que no pude acabarme mi ración de pizza. ¡Qué placer tan maravilloso!

- ¿Te ha salido el del piano? - dijo con incredulidad.

- Claro, si era muy sencillo - respondí modesto -. ¿Quieres que te lo explique?

- Desde luego. Me ha vuelto loca.

Se lo resolví en una servilleta de papel, aunque no lo voy a contar aquí para no privarte del placer de descubrirlo por tu cuenta. Sólo te diré que subí muchos peldaños en su estimación.

La sesión de la tarde me fue parecida. Dejé uno en blanco (hablaba de homotecias o algo así), hice parte del segundo que trataba de un bote en un río y realicé perfecto uno de dobles... muy parecido a otro que había propuesto mi añorada Laura.

Cuando salí, Leticia me estaba esperando en la puerta.

- ¿Cómo te ha ido? - preguntó interesada.

- Aceptable. Uno seguro y otro regular.

- ¡Eso está muy bien! - exclamó contenta.

- ¿Y a ti?

- Nada de nada - respondió desolada -. Llevo casi una hora esperándote.

Lo sentí por ella, pero me alegré por mí. Si había aguantado tanto tiempo, era evidente que mi humilde persona le interesaba algo. ¿O no?

- Lo tuyo es de cine - añadió sonriendo -. A lo mejor te quedas entre los cinco o diez primeros.

- Hablando de cine - dije aprovechando la coyuntura -. ¿Por qué no vamos a ver una peli para celebrarlo? Yo invito.

- Está bien - contestó sin dudar, supongo que todavía seguía impresionada por mi habilidad matemática -. Pero, yo pago las palomitas.

- Encantado - asentí, complacido ante la perspectiva de que nuestras manos se juntasen en el cubo al coger las palomitas.

¿Imaginas qué pasó? ... ¡Lo dudo! Resultó que era una derrochadora y compró un cubo de palomitas para cada uno. ¡Con qué mala gana me las comí!

Mis citas con Leticia habrían hecho la delicia de mi abuela. Lo máximo que logré fue un pudoroso beso en la mejilla, un sábado por la noche, cuando la dejé en su portal a las diez menos cinco minutos. Alucinante, ¿verdad? ... Me refiero a su hora de llegada, no saques la cosa de madre.

Eso sí, antes de entrar, me invitó a su casa al día siguiente y, claro está, asentí entusiasmado... y caí en la trampa como un tonto. Cuando me dijo que también estarían sus padres y abuelos, porque era el cumpleaños de no sé quién, no pude volverme atrás.

- Quítatelo inmediatamente - me dijo escandalizada, nada más abrirme la puerta el domingo por la tarde.

- ¿El qué?

- Eso - respondió furiosa, señalando el pendiente de mi oreja derecha.

Tan alterada la vi, que obedecí como un autómatas.

Uno debe conservar su propio orgullo y, aunque entré en su casa y me comporté como un caballero, sentí como se rompía dentro de mí. De repente, desapareció el encantamiento que sentía por ella. Mientras comía el chocolate con churros que había preparado su abuela, que, por cierto, estaba de rechupete, la miré y vi a una niña repipi y pedante, más cursi que un perro con lazo rosa y vestida con una ropa tan ñoña que ni mi tía Sole se la pondría... ¡Cómo había podido estar tan cegato! ... Escapé de aquella casa embrujada nada más que pude.

Para ambos resultó evidente que lo nuestro había finalizado. De mí sólo le gustaba mi intelecto (¡quién lo iba a decir!) y ella únicamente me atraía por las dos razones que puedes imaginar. En resumen, nuestra relación se esfumó.

Un par de días a la semana tenía clase con el Bigotes a primera hora y siempre tenía una cara de dormido que daba lástima, aunque supongo que la mía tampoco le debía ir a la zaga. Sin embargo, un martes llegó con una sonrisa triunfal.

Como uno no para de darle vueltas al coco siempre con lo mismo, enseguida pensé que había tenido un despertar muy especial. Sin embargo, me equivoqué.

- Don Pablo Correas - dijo con solemnidad, nada más subirse a la tarima -, permítame felicitarle en nombre de todo el Instituto. Ha logrado el tercer puesto en la fase de distrito de la Olimpiada Matemática. Mi más sincera enhorabuena.

Me dejó flipado. Sólo reaccioné cuando los atronadores aplausos de mis compas me obligaron a levantarme. Con curiosidad, miré a Leticia. En sus ojos leí admiración y, quizá sólo fue imaginación mía, también una oferta de reconciliación... Seré tonto, pero no tan estúpido.

Si piensas que me paso con ella, te aseguro que me he contenido y, en mi opinión, me he quedado corto; no obstante, aunque esté en mis antípodas, siempre le estaré agradecido. Gracias a Leticia, la tercera de mis mujeres con L, fui a la fase nacional de la Olimpiada Matemática.

Cuando conté la nueva buena, nada más llegar a casa, recibí una inmerecida dosis de escepticismo.

- Anda Pablo, déjate de bromas que no son los inocentes - replicó mi padre, mirándome con seriedad -. En lugar de tanto cachondeo, podrías dedicarte a estudiar un poco más, que, últimamente, has bajado bastante el ritmo.

- Desde luego, ¡qué poco te importamos! - metió baza mi madre -. Sabiendo lo que nos preocupan tus notas, te las tomas a chiste. Me parece muy poco responsable y...

- Alto - la interrumpí, para evitar un chorro que se podía prolongar como una cinta de vídeo en LP -. Os aseguro que he quedado el tercero en la fase de distrito de la Olimpiada Matemática y, si no me creéis, llamad al insti.

Tan formal fue mi declaración, que la duda entró en sus cabezas.

- ¿Seguro que no nos tomas el pelo? - preguntó mi padre, perplejo.

- Muy poco te podría tomar a ti - respondí, sonriendo -. En cuanto a lo otro, tenéis mi palabra de que no os miento. He quedado el tercero.

- ¡Lo sabía! - exclamó mi madre, ya convencida.

A continuación, comenzó a pegar saltos de alegría entre risas histéricas. Tras su danza por el salón, me abrazó, dejándome la cara empapada con sus lágrimas de felicidad.

- Siempre he dicho que eres un genio - me dijo, cuando recuperó el aliento -. El más listo de la familia. ¡Cuánto te quiero! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Consideré que mejor me mordía la lengua y dejaba para otra ocasión el recordarle la cantidad de veces que me había llamado vago, tonto, irresponsable y cosas por el estilo. Aquél era mi gran momento y quería sacarle partido.

- Supongo que habrá algún regalo para celebrarlo - dejé caer, para ver si colaba.

- Lo que querías. Te lo mereces todo - contestó mi madre, todavía eufórica.

- ¡La moto! - grité alborozado, viéndome ya con mi casco y una rubia de superlujo abrazada a mí.

- ¡Y una mierda!

Fue mi padre, que hasta entonces había permanecido más quieto que una estatua, quien me hizo derrapar en mi fantasía y me chafó mi casco virtual.

- Pero, ¿por qué?

- Mira Pablo - respondió, con ese tono tan especial que utiliza cuando me va a negar algo y, encima, me quiere dejar contento... ¿Creerá que soy tonto? ... Bueno, me conoce desde hace mucho, pero podría disimular de vez en cuando, ¿no crees?

En pocas palabras, la típica coletilla paternal de “es por tu bien”. ¿Verdad que la has escuchado la tira de veces? ... ¡Yo alucino! ¿Acaso los hijos somos tan tontos que no sabemos qué nos va mal? Claro que sí, pero nuestro bien no siempre es el suyo y, como ellos tienen la sartén por el mango, tenemos que aguantarnos. ¡Que lo digan a las claras y se dejen de rodeos!

Bueno, ya me he enrollado de nuevo (uno también necesita desahogarse). Sigo con la excusa de mi padre.

- Mira Pablo, estamos muy contentos por tu logro, de verdad, y coincido con mamá en que mereces un regalo; sin embargo, las motos son vehículos muy peligrosos.

- Conduciré con mucha precaución, te lo aseguro - intenté apartar su barrera -. Yo soy el primer interesado en no tener ningún accidente, ¿no?

- Tiene razón, papá - intervino mi madre, apoyando mi petición -. Con su gran actuación, ha demostrado que ya ha madurado bastante... Creo que podrías reconsiderar tu negativa.

- ¡Ni lleno de whisky! - replicó tajante -. Estoy harto de ver todos días partes de críos que se han pegado una leche con la moto y se han partido una pierna o algo peor... ¿Quieres ver a tu hijo tirado en la carretera, con la cabeza destrozada?

Aquello fue demasiado para mi madre. La visión de su hijito del alma, lleno de sangre y agonizando, le produjo un perceptible escalofrío y cambió de bando.

- En eso, el que más sabe es papá - afirmó -. Si dice que las motos son peligrosas, así es. Nadie mejor que una compañía de seguros para asegurarlo.

¡Hasta se sonrió con su infantil juego de palabras! ¡Para chorradas estaba yo, con el cabreo que me llevaba! Menos mal que, después, añadió algo con más sentido.

- ¿Y por qué no un ordenador? Llevas tiempo pidiéndolo.

En eso tenía razón. En vista de que la moto no arrancaba, me tuve que consolar con el ordenata.

- ¿Y dónde se celebrará la fase nacional? - preguntó mi padre, algo más tarde.

- En Tarazona, pero no sé cuando.

- Pues tendrás que comprarte algo de ropa - comentó mi madre -. No tienes ningún pantalón en condiciones y...

- También necesito unas deportivas nuevas - intervine, para aprovechar la ocasión -. Y no me vendrían mal unas sudaderas. He visto unas en...

- No te preocupes, que las miraremos sin falta - me interrumpió sonriendo -. Además, tendré que comprarte pijama, calzoncillos...

Me dejó flipado. ¿Calzoncillos nuevos? ¿Acaso creía que iba a ligar y no quería que hiciese el ridículo llevando unos calzoncillos viejos? Si fuese esa la razón, lo lógico sería que se hubiese preocupado de darme unas claras explicaciones para quedar como un experto ante cualquier chica y dejarle a ella en buen lugar, pero no creo que los tiros fuesen por ese camino.

Ese mismo fin de semana, me compraron el ordenata.

Por último, antes de que se me olvide y para evitar que te lleves la impresión de que soy un estudiante fabuloso, te diré que, después de mi gran éxito en la Olimpiada de Matemáticas, los profes, por su cuenta y riesgo, también me inscribieron en la de Física y en la de Química. Tal y como yo esperaba, en ninguna de las dos logré quedarme entre los primeros.

Acabo de repasar lo que llevo escrito hasta ahora y me doy cuenta de que no tengo mucho futuro como novelista. Éste es el cuarto capítulo y aún no me he metido en harina. ¡Qué poco estilo narrativo!

De todas formas, si has sido capaz de leer hasta aquí, no abandones, enseguida comenzará la acción... Al menos, eso tengo previsto.

En cuanto a la canción que encabeza este capítulo, ya puedes comprender que su título me encajaba como anillo al dedo... En aquellos momentos, estaba más solo que la una.

Aquarius/Let the sunshine in (The 5th Dimension)

Mi vida transcurrió aburrida y sin sobresaltos, entre el insti, el ordenata y alguna juerga que otra.

Así, casi sin darme cuenta, resultó que llegó la semana en que se celebraba la fase nacional de la Olimpiada. El jueves por la tarde, tras unas cuantas horas de tren más el añadido de un viajecito en autobús, me encontré viendo Tarazona desde la cima de una colina, que hay pocos kilómetros antes.

El conductor fue muy amable y paró a la entrada del antiguo seminario, donde nos íbamos a alojar. Entonces, me percaté de que yo no era el único que se dirigía hacia allí. Cinco chicos y una chica también tenían el mismo destino. Mentalmente, me di unas cuantas bofetadas, por no haberlo pensado antes; el trayecto se me habría hecho más corto charlando... con la chica, que no estaba nada mal.

Eso me pasó por tener prejuicios. Pensaba que los pitagorines serían unos tíos rarillos, medio cegatos y con una ropa deprimente; en cambio, aquellos chicos parecían tan normales como yo y su vestuario estaba a la última. Aún con todo, me dije que sería el camuflaje que les habían puesto sus mamás, para que no diesen la nota, y que allí el único normal era yo... ¡Hay veces en que mi estupidez no tiene límites!

Recorrimos juntos, pero no revueltos, el camino de acceso al seminario. Subimos un tramo de escaleras y nos recibieron una mujer y un hombre, que formaban parte de los profes que iban a corregir nuestros ejercicios. Nos dieron un plano del edificio, una hoja con las actividades previstas, varios folletos turísticos de Tarazona y, claro está, la llave de la habitación.

Lo primero era abandonar las dos bolsas que llevaba, así que subí en busca de mi aposento. Aquello era más largo que un sermón de mi padre. ¡Qué pasillos tan enormes!

Cuando localicé la puerta que tenía el mismo número que mi llave, comprobé, sorprendido, que estaba abierta. Dentro había un tipo, metiendo su ropa en el armario.

- Hola - dije -. Me parece que te has confundido... Ésta es mi habitación - añadí, recalcando lo del "mi".

- Y también la mía - comentó sonriendo.

¡Vaya faena! Entonces, me sentó mal que no fuesen individuales, pero, más tarde, lo agradecí. Además de tener compañía, podría invitar a cualquier chica sin que mis intenciones quedasen demasiado a la vista.

- Soy Pablo - fui el primero en reaccionar, tendiéndole la mano.

- Y yo Santiago... Santi para los amigos - me saludó con un fuerte apretón -. Es un placer tenerte de compañero.

Vi que ya había tomado posesión de la cama cercana a la puerta y no me gustó el detalle. No es que la quisiera yo, pero apropiarse de una cama sin esperar a mi llegada, me quemó un poco. Afortunadamente, Santi observó mi mirada.

- ¿No te importará que haya cogido ésta? - me preguntó, mientras señalaba su cama -. Como todos días me levanto temprano para correr, he pensado que así te molestaría menos.

Otra vez he metido la gamba, me dije a mí mismo. A él sólo le comenté que me daba igual, que no tenía importancia.

Santi resultó ser el deportista del lugar. Subcampeón de Extremadura de mil quinientos, se levanta todos los días al amanecer y echa a correr para entrenarse y mantenerse en forma... ¡Allá él! ¡Con lo a gustito que se está en la cama!

Enseguida, terminó de colocar sus pertenencias y me dejó abandonado, largándose en busca de un teléfono para llamar a sus padres. ¡Asombroso! Todavía hay gente que no tiene móvil.

Cuando finalicé de arrojar la ropa al armario, pensé que la mayoría del personal ya habría llegado y era muy posible que hubiese ambiente y chicas; así que me dediqué a bajar escaleras en busca del salón de juegos, que anunciaban unos carteles pegados por algunas puertas.

¡Qué laberinto! A pesar de la ayuda impresa, tardé casi un cuarto de hora en llegar allí. Había futbolines, ping pong, ajedrez, etc. Muchos juegos, no lo discuto, pero sólo dos mujeres... y, encima, escoltadas por otros más rápidos que yo.

Estaba a punto de ganar el segundo y definitivo set, a un inocente que me había retado, cuando llegaron varias chicas. Se me fueron los ojos tras ellas y, claro está, perdí la concentración y el partido. Aunque solté las raquetas enseguida, era demasiado tarde. Los moscones rodeaban la miel.

Antes de ir a Tarazona, ya sabía que no tenía mucho futuro matemático entre tanto pitagorín. No obstante, pensaba que les daría mil vueltas en cuestiones de marcha. Desde luego, a estúpido no me gana nadie... Esa gente llevaba un cachondeo subido de tono.

Alguien sacó una guitarra e, instantes después, todo el mundo estaba cantando y dando palmas. El follón se calmó cuando el guitarrista comenzó a tocar una lenta. Los más lanzados sacaron a bailar a las chicas... ¿Adivinas quién no movió el esqueleto?

¡Ja, ja! Por una vez has caído en la trampa, ¿verdad? Mi pareja fue Sara y, a partir de ahora, aparecerá continuamente en estas páginas.

¡Cómo! ¿Tienes curiosidad por su físico? Pues te vas a quedar con las ganas. Como soy el escritor y, por tanto, quien manda en el relato, he decidido no describir a ninguna de las personas que participaron en aquella aventura... ¿Por qué no pones algo de tu parte y dejas volar tu imaginación?

- No hace falta que compruebes las costuras de mi pantalón, me lo compré ayer - me susurró al oído, mientras bailábamos.

- Oye - me defendí, sin poder evitar ponerme rojo de vergüenza ante un ataque tan directo -, que mis manos están arriba.

- Y yo que me había hecho ilusiones - replicó riendo.

No sabía si iba de coña, quería ligármeme o había sido una falsa alarma por su parte, pero, por si las moscas, mantuve mis zarpas donde estaban. Afortunadamente, el guitarrista se cansó pronto de ver disfrutar a los demás y volvió a meter marcha.

Desaparecieron todas las chicas de golpe, como si se hubiesen puesto de acuerdo.

- Es que, dentro de media hora, dan la cena - oí comentar a uno entre risitas -. Habrán ido a arreglarse.

Como yo no tenía nada que arreglar (fantasmón que es uno), todavía jugué al ping pong con mi rival anterior. Quería darle una lección por la puñalada que me había clavado antes por la espalda y, así, mantener mi ego a su nivel habitual. ¡Vana ilusión! Me ganó los dos sets.

Después, todos los chicos nos dirigimos en manada hacia el comedor. Aquello parecía un concierto gratuito y tuve que moverme a empujones, hasta que escuché como me llamaban y frené en seco... Bueno, en realidad, sólo oí "Pablo", pero di por sentado que se referían a mí (algún día ganaré el Nóbel de los fantasmones).

- Ven, ven aquí - divisé a Sara levantada, que me señalaba uno de los asientos que estaba libre en su mesa.

Aquello me supo a gloria celestial. Que una chica como ella me quisiese a su lado, me hizo recobrar la moral e, incluso, pensé que podría surgir algo entre los dos, así que me abrí paso bastante animado. Al acercarme, observé que únicamente había dos sillas ocupadas y que otra chica se sentaba frente a Sara, dándome la espalda.

Cuando llegué y la miré, me olvidé de todas las demás mujeres que existen en el universo. Me sentí inmediata e irresistiblemente atraído por ella. ¡Por fin entendí lo del magnetismo!

- Ésta es Luna; compartimos habitación - me la presentó Sara, un tanto quemada, al percatarse de que acababa de perder el título de reina de la fiesta.

¿Qué voy a decirte de Luna? Una diosa, palabra. Sí, ya sé que no soy la persona más imparcial de este mundo para hablar de ella, lo reconozco, pero te aseguro que es maravillosa... y su nombre comienza por L (¡la cuarta!).

- Y éste es Pablo - prosiguió Sara con las presentaciones -. Más vale que no lo saques a bailar, porque se pega como una lapa.

- Pero sólo cuando la chica merece la pena, como tú - repliqué en el mismo plan.

- Muy hábil - me felicitó sonriendo -. ¿Para todo eres tan habilidoso?

- ¿Me estás pidiendo una cita? Consultaré mi agenda para ver cuando estoy libre.

- Me tendría que tragar un barril de calimochó para cometer esa estupidez.

- Si quieres te invito, *non problem*.

- Dejaos de chorradas - intervino Luna, divertida por nuestra sarta de tonterías -. ¿De dónde vienes tú?

- Del salón de juegos - respondí, desplegando mi sonrisa más seductora.

- Graciosillo el muchacho, por lo que veo - se burló, sin sentirse impresionada -. Imagino que serás un experto en la oca y el parchís, pero, ¿sabes hacer algo más?

Fue demasiado para mí. O imitaba a Sara o se cachondeaba o ambas cosas, así que opté por no hacer caso de su ironía y adopté un papel más formal. En minuto y medio, les conté toda mi vida (saltándome algunos pasajes, claro) y el ambiente resultó más amigable. Luego, fue el turno de Sara y, por último, de Luna.

- Olvidemos el palique y vamos a coger la cena, que tengo un hambre de caballo.

- Querrás decir de yegua, ¿no?

- En efecto, mi semental, he tenido un lapsus lingüístico, fruto de la educación machista recibida en...

- Venga Sara, déjalo - la cortó Luna, sonriendo -. Que vas a acabar espantando a Pablo y parece bastante potable.

- Desde luego - intervine, por alusiones -. Puedes tomar lo que prefieras de mí y beberlo, sin temor a coger ningún bacilo.

- No seas capullo que, a lo mejor, te tomo la palabra - replicó desafiante.

- Mejor que no te hagas ilusiones, Pablo - me previno divertida Sara, que acababa de levantarse -. Es capaz de cortarte un trozo de piel y analizarlo al microscopio. Obtuvo el primer puesto en la Olimpiada Química de Madrid y, el mes que viene, irá a Burgos a la nacional.

Me dejó turulato. Yo había llegado hasta allí de casualidad y, enfrente, tenía a una tía *beautiful*, que había quedado segunda en mates y ganado la de química... y, además, no se cortaba un pelo. Dime si eso no es para apagar a cualquiera, aunque sea alguien tan especial como yo. Se me rompieron todos los esquemas.

Por suerte, la propia Luna tuvo el detalle de sacarme de mi atontamiento.

- Vamos, que, si tardamos más, la comida estará helada - dijo sonriendo, mientras me cogía del brazo para levantarme.

Nos aprovisionamos en el autoservicio y regresemos a la mesa. La charla estaba siendo genial y yo me las prometía muy felices con mi *menage a trois* (aunque fuese para todos los públicos)... cuando surgieron los tres mosqueteros.

- Hola Pablo, ¿hay sitio libre? - preguntó Santi, sentándose sin esperar ninguna respuesta.

Les expliqué a las chicas quien era el autoinvitado y él nos presentó a sus dos acompañantes. Uno era Roberto, más raro que un perro azul (¡con decirte que fue el único de los participantes que llevó chaqueta durante toda la Olimpiada!), y el otro, un navarro apellidado Gaztelu, que no le iba a la zaga. Ya Santi le había apodado el Gates, por su desmedida afición a la informática... y con ese alias, tan apropiado, se quedó.

Como supongo que sabrás sumar, habrás observado que estábamos cuatro chicos y dos chicas. Santi y el Gates se dedicaron a Sara, mientras que Roberto y yo a Luna. Al menos, me consolé pensando que un tipo con chaqueta no podía ser un rival de cuidado.

Estuvimos charlando un rato, después de cenar, pero, como todo el mundo estaba cansado por el viaje, nos fuimos rápidamente a la cama.

El título del capítulo es un medley que viene de cine (en este caso del teatro, ya que son dos números del musical Hair), por un motivo doble. Luna es acuario y ella, a pesar de su nombre, dejó pasar los rayos del sol e iluminó mi estancia en Tarazona... Además, la canción no está nada mal.

San Francisco (Scott McKenzie)

Cuando me levanté, el viernes por la mañana, Santi salía de la ducha y ya había estado corriendo por ahí. Me metí bajo el agua y salí escopeteado, porque se me hacía tarde para el desayuno.

Según el programa, la organización había preparado una excursión, en autobús, para mostrarnos el Moncayo y el monasterio de Veruela, donde vivió un famoso poeta (creo que Bécquer, aunque no te fies).

Los cuatro, pues Roberto y el Gates se nos habían pegado, estuvimos buscando a Luna y Sara, pero habían sido más madrugadoras y, al ver que el tiempo amenazaba lluvia, subieron a su habitación para buscar sus chubasqueros. El de Sara era de un amarillo chillón y el de Luna de un azul menos llamativo.

- Estáis preciosas - dije yo el primero (siempre es bueno llevar la iniciativa).

- En cambio, tú parece que lleves pegamento en los ojos - replicó Sara, riendo -.
¡Despierta de una vez!

- Si los entorno un poco, es porque vuestra belleza me deslumbra.

- Deja de dar coba y subamos al autobús - intervino Roberto, empujándome -, que nos quitarán los mejores sitios.

Como era una sugerencia sensata, le hicimos caso... pero el idiota quería los asientos delanteros, junto al conductor.

- ¡Ni loco! - exclamé, arrastrándolo del brazo -. Vámonos al fondo, que estaremos más tranquilos.

Me siguieron como ovejitas y nos apoderamos de los asientos finales. Empezamos a charlar y continuamos durante todo el viaje, así que no me preguntes por el paisaje que se veía a través de las ventanillas, porque no tengo ni idea... Con Luna, tenía bastante.

- ¿Qué llevas ahí? - le preguntó al Gates, señalando la bolsa acolchada que llevaba colgada al hombro.

- ¿A que no lo adivináis?

De color negro, más pequeña que un folio, llevaba impreso el nombre de una empresa japonesa. Las respuestas se sucedieron en catarata.

- Unos prismáticos.

- Un cuaderno para tomar apuntes.

- Un bocata, por si tienes hambre más adelante.

- Preservativos para elefantes - ésta fue Sara, ¡quién si no!

Todavía soltamos unas cuantas paridas más, pero nadie acertó el contenido de la bolsa. Al final, la abrió y nos mostró su contenido.

- ¡Vaya chulada de agenda electrónica! - saltó no sé quién.

- ¡Qué poco sabéis de informática! - exclamó, tras ver que el resto permanecíamos en silencio -. Es un portátil de última generación.

- ¿Eso tan pequeño es un ordenata? - dije impresionado.

- Desde luego - contestó, disfrutando de mi asombro, que también compartían los demás -. Observa... aquí está la lectora/grabadora de devedés y la resolución de la pantalla es de fábula.

- ¿Va con pilas? - preguntó Santi.

- Claro, no pretenderás que lo enchufe en tus narices - le soltó riendo -. Pero se recargan con estos panales solares diminutos de aquí detrás, que le dan una autonomía prácticamente ilimitada.

- ¡Vaya pasada! - exclamó Luna -. Sólo le falta el módem para...

- ¿Y quién ha dicho que no lo tiene incorporado? - la interrumpió el Gates -. Esto es alta tecnología. Lleva un teléfono móvil que me permite conectarme a Internet, vía satélite, desde cualquier lugar del mundo.

- ¿Incluso desde aquí?

- ¿Quieres que te lo demuestre?

- Sin la menor duda.

Durante un buen rato, estuvimos navegando por Internet sentados en los asientos traseros de un autobús que subía el Moncayo. ¡Demasiado para el *body*!

- Te habrá costado un pastón, ¿no? - cotilleó Sara.

- ¿Cómo puedes hablar de dinero ante esta maravilla? - preguntó el Gates a su vez, desconcertado por el comentario.

- Porque vale un dineral y no le veo mucha utilidad.

- En eso, tiene razón Sara - la apoyó Luna -. Es un capricho de niño rico... Seguro que cuesta más que el coche de mi madre.

- Desconozco el valor del coche - farfulló el Gates, confuso por el ataque.

- No te salgas por la tangente - insistió ella -. ¿Tus padres son banqueros o algo por el estilo?

- Mi padre tiene una inmobiliaria y mi madre es dentista - respondió, con una mezcla de orgullo y sonrojo.

- No me extraña que estén forrados - apostillé yo -. Encima, menudo chollo tienes. Estarán tan ocupados que te dejarán en paz, ¿verdad?

- Están divorciados - declaró cabizbajo.

Mira por donde, ese detalle pareció llegarles al corazón a las chicas y, el resto del viaje, estuvieron de un amable subido con él. El truco del pobre desgraciado parece que siempre da buen resultado.

Como no era cuestión de cederle todo el protagonismo, propicié con mis preguntas que Santi y Roberto se involucrasen en la charla. Mi compañero de habitación es de los que prefieren mover las piernas, en lugar de la lengua; sin embargo, Roberto se enrolló como una persiana. Tomó la batuta y nos dio una conferencia sobre telepatía, abducciones, extraterrestres, y cosas por el estilo... Para acabarla de rematar, le gusta la música clásica. ¡Qué gente más rara hay por el mundo!

Cuando hicimos un alto en el monasterio de Veruela, el Gates sacó de la chistera otro de sus juguetes. Una cámara digital, más pequeña que mi monedero.

Sara se encaprichó con la cámara y, claro está, el Gates acabó pasándosela. A partir de ese momento, no cesó de hacer fotografías... al edificio y a Luna, dejándonos de lado a los chicos.

- Poneos todos ahí - nos ordenó a grito pelado, cuando salimos, para hacerse oír en medio del barullo.

Siguiendo sus instrucciones, los cinco modelos fuimos hacia el aparcamiento, prestos a posar para la inmortalidad.

- Vaya fondo que ha ido a elegir - protestó Roberto.

- Será una fetichista de las cuatro ruedas - insinué riendo.

- Para mí que lo hace para que, quien vea las fotos, se fije en los coches y no en vuestras jetas de tarugos - comentó Santi.

- ¿Eso también va por mí? - preguntó Luna, con una cara de inocencia que sólo engañaría a un ciego... es decir, a mí.

- Como alguien se atreva a poner en duda tu belleza, se va a enterar de lo que cuesta un peine y...

Un nuevo grito de Sara me impidió continuar con mi papel de caballero andante.

- Mirad a la cámara de una maldita vez y decid patata.

Tuvimos que estar posando hasta que la cámara no pudo más. Después, volvimos a ocupar nuestras reservas en el autobús y, nada más ponernos en marcha, el Gates sacó su superordenata y comenzó el trasvase de nuestras fotos al disco duro.

- Ya está, ¿queréis verlas?

- ¿Por qué crees que estamos a tu alrededor, so capullo? - repuso su compañero de habitación.

- Está bien, no es preciso insultar... ¿Hago primero un pase de todas y, luego, las vemos una a una?

- Tú mandas.

El desfile de modelos se inició con imágenes del monasterio, que ocasionaron una serie de silbidos de desaprobación destinados a Sara. Cuando surgieron las de Luna, que estaba de miedo, los silbidos adquirieron otro cariz que no me gustó demasiado. Por último, nuestros retratos llenaron de vitalidad la pantalla... y de risas el fondo sur.

- ¡Jo, Pablo! - señaló Roberto -. Si pareces la sombra de Luna.

Como no sabía si lo decía porque estaba pegado a ella en todas o porque mi rostro desmerecía ante su belleza, adopté un prudente silencio hasta que concluyó el pase.

- Ahora sácalas *one to one* - le dije al Gates -, pero sáltate las del monumento.

Empezó por el final y las fuimos mirando con lupa. La resolución de su cámara era impresionante. Quizá, por eso, todavía me sorprendió más el comentario de Sara.

- Podrías limpiar el objetivo de vez en cuando, ¿no crees?

- ¿De qué me hablas? - preguntó anonadado, como si lo hubiesen acusado de no saber navegar por Internet.

- Mira el tipo que asoma la cabeza por la ventanilla del coche verde, el de la derecha. En su oreja hay un borrón negro.

- Tienes razón. ¡Vaya vista! - la felicitó Santi -. ¿Y por qué te has fijado en ese tío tan viejo? Si podría ser mi abuelo.

- Porque, a diferencia de ti, en su cara no lleva impresa la palabra memo.

- Quizá se trate de un mota que, justo entonces, cayó sobre el objetivo - intervino Luna, sin hacer caso de la parejita.

- No, no - contestó el Gates, preocupado -. La cámara tiene sistema antipolvo.

- Mejor no te pregunto el precio... ¿Puede ser fallo de grabación?

- Tampoco. Si estuviera mal, el archivo no se habría copiado en el disco duro. Es imposible que haya un error... Ampliaré ese fragmento de imagen.

- Pero, al usar la lupa, se perderá definición, ¿no? - señalé yo, para dejar en claro mis conocimientos informáticos.

¡Y bien claros que quedaron! Mira que soy idiota a veces. ¡Querer dárme las de entendido ante un especialista como él!

- Desde luego - me respondió, con una sonrisa de superioridad que me supo fatal -
. Por esa razón, voy a utilizar un software específico que interpola los píxeles.

- ¿Interpolar? ¿No es eso lo que se hace con los polinomios? - preguntó Luna.

Aunque parezca mentira, sus palabras atrajeron la total atención de los otros tres, que permanecieron expectantes ante la respuesta del Gates.

- El programa analiza el color de cada píxel y, cuando le ordene que aumente el tamaño de la imagen, generará los nuevos píxeles, en función de los colores adyacentes. Algo similar a lo que sucede cuando interpolamos una función para determinar valores que no figuran en la tabla.

- ¿Cómo con la fórmula de Lagrange y el método de aproximaciones sucesivas? - empezó Luna.

- Y la de Newton, ¿no? - continuó Roberto.

- Y el algoritmo de las diferencias finitas, ¿verdad? - concluyó Sara.

Santi y yo nos miramos... y soltamos una carcajada. No comprendíamos nada... Y si tú entiendes algo, mi consejo es que te presentes a las Olimpiadas Matemáticas, donde tienes un futuro prometedor.

- En efecto - asintió el Gates.

Después, se dedicó a abrir y cerrar ventanas (del ordenata, no del autobús) y a marcar casillas a toda leche. A los dos minutos, una sonrisa iluminó su rostro.

- ¿Lo veis? ¡Estaba en lo cierto! - exclamó -. La cámara funciona perfectamente. Ese hombre tiene un lunar en la oreja.

Le dimos la razón. El tipo del coche llevaba, en lugar de pendiente, una verruga o una peca y el programa era tan formidable que, incluso, se apreciaban unos pelillos que crecían allí... Eso o el Gates había hecho trampa.

La canción de este capítulo, que según la enciclopedia es el himno oficial de la cultura hippy, dice algo así como “no dejes de ponerte flores en el pelo”. Eso es, precisamente, lo que hicieron Luna y Sara cuando paramos en el monasterio de Veruela; cogieron unas florecillas silvestres, que había a la vera del camino, y nos colocaron una a cada chico.

Supuse que yo estaría tan ridículo como veía a mis colegas y, para evitar comentarios denigrantes, tomé los cuatro adornitos y les puse dos a cada una, entre risas juguetonas.

- ¿Me quedan bien? - me preguntó Luna, con una sonrisa entre traviesa y pícaro.

Tan guapa estaba que me faltó un pelo para caer de rodillas a sus pies y declararle mi amor eterno. Si me contuve, fue sólo a causa de mi innata vergüenza... O, dicho con palabras más veraces, porque temí que me mandase al quinto pino.

- Estás preciosa - respondí, después de admirarla con deleite -. Eres la reina del universo.

- ¡Oye pedazo de mantequilla! - se quejó Sara -. ¿Y yo qué?

- Tú eres la del antiuniverso.

Aquello la descolocó por una vez, y mira que es difícil. Me miró enigmática durante un par de segundos y, finalmente, fue a consolarse con los halagos del Gates.

Rhythm of the rain (Cascades)

A mitad del camino de vuelta, comenzó a llover y, por unos momentos, el silencio se adueñó del autobús, mientras veíamos caer las gotas. El ritmo de la lluvia golpeando sobre los cristales tiene algo de mágico y relajante, ¿verdad? Por desgracia, la tormenta se transformó en un aguacero que tuvo muy poco de bucólico, puesto que la carretera no era precisamente una autopista.

Durante la comida, comentamos que el ambiente no era tan alegre como el de la cena y que la tensión se mascaba en el aire.

- La gente estará nerviosa por el examen - indicó Santi, sin parar de comer.

- A ti no te quita el apetito, por lo que veo - le dijo Sara, sonriendo.

Lo cierto es que mi compañero de habitación devoraba la comida como si llevase un mes a dieta.

- Siempre hay que estar tranquilo ante cualquier prueba, ya sea de Matemáticas o de atletismo. Es la mejor forma de rendir al máximo... Además, la probabilidad de que yo gane una medalla es nula.

- No seas gafe - le regañó Roberto.

- Y no te hagas la víctima para que nos confiemos - le tomé el pelo.

- ¡Otro que tal! - rió divertido -. Mirad, si Pablo o yo sacamos medalla, aunque sea de hojalata, me comprometo a correr en pelota picada.

- Pues poneos a mi lado que os pasaré algún problema resuelto - se cachondeó Sara -. Lo que sea por verte en bolas.

- Si tanto te apetece, mañana mismo te despierto y te doy una exhibición para ti solita - se ofreció gentil.

- ¿Te atreverías?

- Por ti, sería capaz de correr haciendo el pino... llevando sólo unos guantes.

- Dejad el tema, que dentro de un cuarto de hora comenzamos y tendréis la cabeza en otro sitio - intervino Luna, sin poder contener la risa.

- ¿Alguien sabe de qué estilo son los problemas que nos van a poner? - metí baza.

- ¿Quieres decir que no has hecho los de las Olimpiada anteriores? - me preguntó Roberto, sin ocultar su asombro.

- ¿Debería? - respondí inocentemente.

- A mí me los pasó mi profesor.

- Y a mí.

- Y a mí.

- Y a mí.

- Yo los encontré en una página de Internet (¿adivinas quién fue el fantasmón?) y me bajé los de los últimos años.

- ¿Resueltos?

- Claro.

- ¿Y cómo son?

- Los tengo en el disco duro. Si quieres sacó el...

- ¡Olvídate de tu maldito ordenador! - le interrumpió Sara, de mala manera -. Vive la vida y sal de tu mundo virtual.

- Eso mismo dice mi madre - repuso el Gates, intentando picarla.

- Pues es más sensata que tú... Y en cuanto a ti - me llegó el turno -, lo menos que se espera, de alguien que viene aquí, es que se prepare un poco antes. ¿Acaso te crees tan superior que, sólo con un soplo de inspiración, vas a quedar el primero?

¿Yo el primero? Nunca se me había pasado por la cabeza. Me conformaba con no quedar el último, palabra... Todo eso debería haberle dicho, pero preferí callarme, no fuese a pensar, encima, que le mentía.

- No te metas con él - me defendió Luna -. Es mayorcito y sabe lo que se hace.

Me coloqué mi mejor máscara de cordero degollado y, entonces, avisaron que la prueba iba a comenzar. Instantes después, dio comienzo la primera sesión. Cuatro horas y media para tres problemas. ¡Imagínate cómo serían!

Para no enrollarme, me salto sus enunciados. ¿De verdad tienes interés en ellos? Pues, imita al Gates y búscalos por Internet.

Volviendo a la prueba, ten aseguro que intenté esforzarme a tope, por aquello de quedar bien ante Luna, no por las medallas. Sin embargo, sólo resolví el segundo, que, como puedes suponer, no era especialmente difícil. ¿Y los otros? Nada de nada.

Me sobraron dos horas.

¿Adivinas cuál fue el tema central de conversación antes y durante la cena? ... ¡Eh! Tampoco te pases alabándote, que no hace falta ser muy inteligente para deducirlo.

Por si te interesa, te diré que Luna, Roberto y Santi afirmaban que tenían uno bien y otro a medias (lo mismo que les dije yo); el Gates y Sara hablaron de uno bien y dos regular.

- ¿Por qué no lo dejamos ya? - propuse, hartó de oír hablar de mates -. ¿Qué tal si salimos a conocer Tarazona?

- Es una excelente idea - me apoyó Luna, animada -. Me apetece con locura mover el esqueleto.

- A mí también - se apuntó Sara.

- Perfecto. Te demostraré que sé hacer bien otras cosas, además de manejar el ordenador - le dijo el Gates, bastante lanzado.

- Contad conmigo - se alistó Roberto.

- Si todavía llueve, nos vamos a empapar - comentó Santi, no muy animado ante la idea del paseo nocturno... Eso pasa por levantarse temprano.

- Nos pegamos una ducha caliente a la vuelta y todo solucionado - replicó Sara.

- ¿Los dos juntos? - preguntó Santi, riendo.

Sólo duró una milésima de segundo, pero la quemada del Gates al escucharle fue de antología.

- ¡Qué más querrías tú! - exclamó risueña -. Y no sigas en plan insinuante... que por la boca muere el pez.

- No le hagas caso - metí baza -. El deporte reblandece el cerebro.

- A lo mejor, no sólo eso - apuntilló ella.

Las risas fueron monumentales.

Subimos un momento para ponernos chubasqueros y cazadoras, menos Roberto que siguió con su americana, y emprendimos el camino hacia el centro. Tuvimos suerte con la lluvia, porque un rato antes había parado, pero no con lo otro.

A pesar de ser viernes por la noche, no encontramos ningún garito, sólo bares y cafeterías. O abrían más tarde o fuimos por donde no debíamos... La otra posibilidad, que no hubiese ninguno, me parece tan inconcebible como que mi padre me comprase la moto.

En resumen, después de un recorrido turístico nocturno por Tarazona, acabamos metiéndonos en una cafetería bastante concurrida, junto al río. Recuerdo que Roberto estaba soltando un rollo impresionante sobre las visitas realizadas por los extraterrestres al planeta Tierra, cuando Sara pegó un grito.

- ¿Dónde está mi bolso? Lo tenía aquí, en el suelo.

Todos agachamos la cabeza para buscarlo, pero allí sólo había colillas, servilletas arrugadas y el barro que soltaban los zapatos. Ni rastro del bolso.

- ¿Quién es el bromista? - preguntó enfadada.

- A mí no me mires - respondió Santi, enseguida -. Te aseguro que yo no he sido.

Lo mismo dijimos los otros tres.

- Quizá, alguien se lo ha llevado por equivocación - sugirió Luna, dubitativa.

- ¡Eso es imposible! Al lado, estaba el paraguas de Roberto.

- ¿Llevabas algo de valor? - se interesó el Gates preocupado. Sin querer pensar mal, creo que se le pasó por la cabeza que alguien podría intentar arrebatarse su precioso ordenata y eso le descompuso el cuerpo.

- Sólo el carné, unos tampones y un poco de dinero suelto - respondió Sara, sin disimular su cabreo.

- Pues, entonces, tampoco es para tanto - se me ocurrió decir, sin pensar.

Recibí un merecido rapapolvo, por meter la gamba hasta el fondo.

- ¡Serás capullo! ¿Sabes lo que cuesta un bolso de piel? Me lo regalaron para mi cumpleaños y llevaba tres meses detrás de él... Se nota que tu relación con las tías se limita a charlar en una cafetería.

- ¿Por qué no salimos a buscarlo? - propuso Luna -. Esto no es Madrid y, quien lo haya pillado, no puede andar muy lejos.

- ¿Y si es alguien del pueblo? - comenzó Roberto con las objeciones -. Si se ha metido en su casa, nunca lo encontraremos.

- Es poco probable - señalé, a la vez que me levantaba -. No creo que nadie de aquí afane un bolso delante de sus paisanos. Sin embargo, la cuestión tiempo es otra cosa... ¿Cuánto rato hace que lo has visto?

- Ni diez minutos.

- Algo menos - comentó el Gates -. Cuando te has agachado, me has dejado el campo de visión libre y he visto como encendía un cigarrillo aquella pelirroja del fondo. Todavía lo lleva en la mano.

- Entonces, ha sido hace muy poco - dictaminé con seguridad y, aprovechando que era el único en estar de pie, tomé el mando del equipo -. Salgamos de una vez.

- Es que está lloviendo. Mirad los cristales - continuó Roberto.

- No te quejes, que tú eres el único con paraguas, so plasta - le contesté de malas maneras y, dirigiéndome a los demás, añadí: Lo más efectivo será dividirnos en tres parejas, para cubrir la mayor de terreno en el menor tiempo posible.

En vista de que todo el mundo asentía con la cabeza y nadie ponía en cuestión mi liderazgo, establecí las parejas... ¿Adivinas quién vino conmigo?

Algo de razón tenía Roberto con la lluvia. A los dos minutos, me sentí como si me acabase de duchar vestido y, para colmo, encima soplaba un viento helador.

- ¿Qué tal si aligeramos el paso para entrar en calor? - sugerí, aterido.

- Lo que sea. Quiero quitarme este frío de encima.

Nuestro suave trote derivó en una carrera de velocidad. Gané yo.

- ¿Por qué has tenido que elegir el casco antiguo? - me preguntó Luna, cuando nos cobijamos bajo un portal para recuperar el aliento.

- Podría decirte que para dar ejemplo, porque estas cuevas son matadoras, pero la verdad es que no tenía ni idea de que existiesen.

- ¡Si basta levantar la cabeza para ver la subida! - exclamó desconcertada.

- Es que prefería mirarte a ti.

- Como excusa no está mal - rió contenta.

El panorama superaba las mejores expectativas que hubiera soñado. Una calle en penumbra, lloviendo, los dos solos, apretujados en el portal, y una sonrisa encantadora en su rostro feliz. Pensé que nunca más iba a tener una ocasión igual y decidí jugarme el todo por el todo.

Mi oportunidad se evaporó cuando Luna gritó... aunque yo no fui la causa.

- ¡Ahí está!

Señaló con el brazo a alguien que acababa de surgir de una calle, diez metros más arriba, y cruzaba bajo una farola. Se trataba de una mujer... o, al menos, vestía falda.

- ¿Segura que se trata del bolso de Sara?

- Es inconfundible - contestó, con total seguridad.

Entonces, tuve una de mis geniales ideas. Menos mal que, a veces, me las callo... Ésa no fue una de ellas.

- ¡Eh! ¡Deténgase! - me puse a chillar como un descosido -. El bolso es nuestro.

La mujer se giró, pero ya había salido del cono de luz producido por la farola y no pudimos verle la cara. Lo que sí vimos es que echaba a correr y se metía por un estrecho callejón.

- ¿Por qué has tenido que gritar? ¿No has oído hablar del factor sorpresa?

- Lo siento - es todo lo que acerté a decir.

- Sigámosla, antes de que se nos pierda.

Estábamos en medio del callejón por el que había escapado, cuando, de pronto, se escuchó un ruido atronador. Cuando lo reconocí, se me cayó el alma a los pies. Era el motor de un coche.

¿Qué tiene eso de malo?, te preguntarás. Si hubieras estado allí, lo sabrías sin duda. El callejón era tan estrecho que hasta dudé que un coche fuera capaz de pasar por allí... y menos un Omega, que de eso se trataba.

La adrenalina me hizo reaccionar con rapidez y empujé a Luna hacia un pequeño hueco que había entre los muros de dos casas contiguas. Yo, por mi parte, me quedé en medio de la calle, como un idiota, esperando ser atropellado.

Se supone que, cuando uno está en peligro de muerte, recuerda toda su vida en un segundo, ¿no? Al menos, eso he visto en alguna peli. Sin embargo, en mi caso, te puedo asegurar que no sucedió nada por el estilo.

Sólo pensé en dos cosas... algo rarillas.

La primera tenía que ver con la L que divisé en el cristal trasero del coche (¿te he dicho que iba marcha atrás?). Hasta entonces, yo asociaba esa letra con mujeres de las cuales me había enamorado y con las cuales quería subir al séptimo cielo, pero, ahora, la L acompañaba a una que pretendía enviarme al cielo... literalmente.

La segunda todavía era más ridícula. Buscaba una buena excusa para dársela a mi madre, cuando le dijiesen que su hijo había fallecido atropellado... Sobran comentarios.

El parachoques trasero del Omega estaba a un metro de mí, cuando sentí que un ángel me agarraba del brazo y me sacaba volando del callejón. ¡Nunca hubiera esperado tanta fuerza por parte de Luna!

- ¿Se puede saber qué demonios hacías ahí quieto? - me gritó muy enfadada, una vez el coche nos dejó atrás y salió disparado hacia las alturas.

- Pensaba que no había sitio para los dos.

- ¡Qué idiota eres! ... ¿Es eso cierto?

- Desde luego, soy un idiota integral - reconocí, sin exagerar.

- No tonto, me refiero a si verdaderamente pensaste que sólo había sitio para mí.

- Sí.

- Pues necesitas unas gafas con urgencia - rió divertida.

Creí que se cachondeaba de mí pero, cuando me besó rápidamente en la mejilla, comprendí que le había encantado mi preocupación por ella.

Salimos del callejón por donde había venido el coche y, al girar la esquina, nos encontramos el bolso de Sara, tirado en el suelo. Aparentemente, no faltaba nada.

El ritmo de la lluvia golpeando sobre los cristales, me resulta, a la vez, triste y relajante, como la canción del mismo título,

*Y si tengo que explicarte por qué la he seleccionado es que eres bastante
..... (escribe lo que prefieras sobre los puntos)*

The witch queen of New Orleans (Redbone)

Media hora después, los seis nos encontramos en la cafetería de que la que habíamos partido en expedición. Los demás, también iban empapados, incluso Roberto.

- ¡Lo habéis encontrado! - exclamó Sara contenta, al ver su bolso en manos de Luna -. ¿Dónde estaba?

- Mejor, volvamos a la residencia. Allí os lo contaremos.

- ¿A qué viene ese secretismo? - preguntó el Gates, intrigado.

- Pablo tiene razón - me apoyó Luna -. Es más sensato comentarlo a solas.

Los cuatro nos miraron con cara de no entender nada, algo muy comprensible, en vista de nuestra cerrazón. Su pasmo aumentó, todavía más, cuando Sara abrió su bolso y repasó su contenido.

- ¡Si no falta nada! - exclamó desconcertada -. ¿Qué demonios pasa aquí?

- Pronto te enterarás - le contesté -. Regresemos y subamos a una habitación.

- ¡A la nuestra! - sentenció ella -. Así, podremos ducharnos y quitarnos esta ropa.

¡Cualquiera se oponía! Los cuatro chicos asentimos con la cabeza... ¿Por qué será que, cuando les interesa, las mujeres se hacen las débiles? ¿Acaso no estábamos tan calados como ellas?

Al menos, pasamos por nuestras habitaciones para quitarnos los chubasqueros y cambiarnos de pantalones. Cuando llegamos a la suya, nos abrió Luna.

- Esperad un momento, que Sara está en la ducha y ahora sale.

Nos sentamos en las camas, menos Santi que escogió la silla. La habitación era idéntica a la nuestra.

- Lo siento, pero, si tenéis sed, sólo os puedo ofrecer agua del grifo - nos informó la anfitriona.

- ¡Suficiente! - exclamó Santi, sonriendo -. Entraré a beber.

- ¡Ni se te ocurra! - se oyó decir a Sara. Es innegable que tiene un oído excelente.

Cuatro minutos después, salió vestida con un pijama rosa donde bailaban unos ositos. En la mano traía un vaso casi lleno de agua y Santi, que se estaba quedando medio traspuesto (consecuencia de levantarse tan temprano), se despertó bruscamente al sentir el agua sobre su cabeza.

- ¿Por qué lo has hecho? - farfulló, mientras se pasaba la manga por los ojos.

- ¿No has dicho antes que te apetecía? - respondió divertida, mientras iba a coger una toalla para que él se secara.

- Eres una bruja - le soltó, más quemado que un bosque en verano.

- Desde luego... Soy la reina bruja de Nueva Orleans.

La mirada de Santi delató su total y absoluta incompreensión, así que metí baza.

- ¿No me digas que tú también conoces esa canción?

- Claro, la tiene mi padre en un viejo single.

- Es una de mis preferidas. Nunca creí que nadie, aquí, la hubiese escuchado y...

- Ya seguiréis con la música en otra ocasión - me interrumpió Luna -. Ahora, me toca ducharme a mí. Cuéntales, mientras tanto, lo que nos ha pasado... Dejo la puerta abierta para escuchar... Que a nadie se le ocurra entrar.

- ¿Y si necesito ir al water? - pregunté, poniendo mi sonrisa más inocente.

- Te haces un nudo.

Las risas de los espectadores aumentaron el varapalo.

- Bueno, ¿qué? ¿Empiezas de una vez? - se quejó el Gates, algo más tarde.

- ¿Estás alelado o qué? - siguió Sara.

No creas que el corte anterior me había afectado tanto, es que estaba imaginando lo que sucedía al otro lado del tabique y la visión me tenía abducido, que diría Roberto.

- Dale al pico, que me voy a quedar frito esperando.

Esto último lo dijo Santi, no muy contento, así que comencé a explicarles nuestro encuentro con la misteriosa mujer del coche.

- ¡Vaya pasada! - exclamó Sara cuando terminé el relato (palabra que no exageré nada) -. ¿Estás seguro de que pretendía atropellarte?

- ¿Se te ocurre alguna otra posibilidad?

- Quizá no os haya visto. El callejón estaría bastante oscuro, ¿no?

- Sí.

- Si a eso le añades la lluvia, resulta lógico pensar que, desde el coche, no se veía nada... Otra cosa sería si hubieses llevado mi chubasquero amarillo, que se ve a mucha distancia.

- Puede ser - repuse, sin comprometerme.

- No estoy de acuerdo - dijo rotunda Luna, que, entonces, salía del cuarto de baño.

A modo de camión, se había puesto una camiseta del Madrid. En ese momento, me hice hinchacerrimo del conjunto blanco. Por desgracia, supongo que debido a nuestra presencia, llevaba debajo un pantalón de chándal.

- ¿Por qué? - le preguntó Roberto.

- Porque estaba huyendo de nosotros.

- ¿Y?

- Que nadie conduce marcha atrás, si pretende largarse a toda hostia - le respondió Santi, adelantándose a Luna.

- Pues tienes razón - reconoció impresionado.

- El asunto es muy grave - declaró Santi, bastante preocupado -. Deberíamos ir con el cuento a los profes de la Olimpiada.

- ¿Y qué les vamos a decir? - preguntó el Gates, en plan fiscal de la tele -. Que alguien le ha robado el bolso a Sara, pero ahora lo tiene en su poder y no le falta nada. Que un coche ha salido de un callejón marcha atrás y por poco atropella a Pablo, que no se ha movido... ¿Dónde están las pruebas?

- ¿Y para qué demonios necesitamos pruebas? - señaló Sara, mosqueada -. Ellos son los encargados de nuestra seguridad... Que se mojen el culo.

- Ponte en su lugar - continuó el Gates, haciendo acopio de paciencia -. Media docena de participantes, que no han tenido un papel muy brillante en la primera sesión de problemas, les van con una aventura increíble... ¿Qué pensarías tú?

- Que están gastándome una broma... o que quieren dar la nota, para esconder su fracaso - respondió Roberto, ante el silencio de Sara.

- Eso creo yo... Nos dirían que no nos preocupásemos y, como es lógico, después seguirían roncando tranquilamente.

- Entonces, ¿qué propones?

- Que callemos y analicemos el asunto, hasta que veamos qué podemos hacer por nuestra cuenta.

- Nada - señaló Luna, no muy convencida.

- Eso es lo que tú te crees. Somos seis personas, inteligentes, capaces de resolver cualquier tipo de problema.

- Menos los del examen - comentó Roberto, riendo.

- Deja de hacer el capullo - le recriminó Sara -. A ver, listos, ¿se os ocurre por qué alguien iba a robarme el bolso y, luego, devolvérmelo intacto?

- ¿Has contado los tampones? - le pregunté.

- ¡Qué! - exclamó desconcertada.

- Sí. A lo mejor, la mujer tenía una urgencia y te los vio a ti.

- Como sigas imitando a Roberto, os largáis los dos de aquí... Esto es grave y tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

- Oye, que lo decía en serio.

- ¡Madre mía! ¿Eres tonto o tonto?

Como ninguna de las dos opciones me parecía apetecible, opté por un prudente silencio.

- Como dice Sherlock Holmes en sus novelas, “cuando se elimina lo imposible, se obtiene la solución, por muy improbable que parezca”. ¿Te importaría contarlos y decirnos si falta algún tampón?

¡Mira por donde! Obedeció al Gates sin rechistar... Todavía hay clases.

- La urgencia física queda descartada - afirmó Luna, cuando Sara aseguró que estaban todos -. ¿A alguien se le ocurre por qué una mujer querría robarle el bolso?

- Por dinero no, desde luego... Nadie esperaría encontrar mucho en él.

- Además, no se llevó nada.

- A lo mejor se había encaprichado del propio bolso.

- O la mujer es cleptómana.

- ¿Y por qué lo tiró, si ya estaba en el coche?

- Quizá buscase algo que no encontró - sugerí, sin pensar.

- ¿Cómo qué?

- Drogas o algo así - contesté.

- ¿Me ves cara de viciosa?

- No pienso contestar a eso... si no tengo un abogado delante.

- Lamento interrumpir vuestro profundo diálogo, pero me temo que esto no sirve para nada y ya son las tantas - señaló, entre bostezos, Santi.

- Lárgate a la cama, que estás muerto de sueño - le aconsejó Sara.

- ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

- Anda, vete a la cama y descansa. Cuando me despiertes, te contaré.

Tuvimos que insistir un poco más, pero, finalmente, desapareció. Seguimos dándole vueltas al coco, sin que la inspiración nos gratificase con una idea sensata. Veinte minutos después, teníamos los ronquidos de Roberto como música ambiental.

- Será cuestión de dejarlo - sugirió Luna, también con signos de cansancio.

- Un minuto - dijo el Gates, animado de pronto -. ¿Os habéis fijado en la matrícula del coche?

- Estoy casi segura de que había un uno y un cuatro.

- ¿Nada más? ¿El orden tampoco?

- No. ¿Y tú, Pablo?

- Sólo recuerdo que era un Omega, con matrícula de las viejas.

- Bueno, menos es nada... Lo intentaré de todas formas.
- ¿Se puede saber de qué estás hablando?
- Voy a acceder a los ficheros centrales de los seguros automovilísticos.
- ¡Qué!
- A lo mejor tengo suerte y localizo el vehículo.
- Me dejas alucinada - prosiguió Sara -. ¿En serio puedes hacer eso?
- Desde luego - respondió, con un toque de sentirse ofendido que le quedó genial.
- Explícamelo - era más una orden que una petición.
- ¿No querrás que te dé una lección en toda regla?
- Claro que sí. Explícamelo.
- De acuerdo... Aunque tendrás que pagarme.

Como observarás, yo no soy el único que pretende sacar partido de las situaciones favorables. El Gates aprendía pronto.

- ¿Y para qué quieres tú dinero, con toda la pasta que tienes?
- ¿Y quién ha hablado de dinero?

- Eres un cerdo - rió Sara, divertida -. Primero, demuestra tus habilidades y, luego, ya veremos si mereces una recompensa.

Nos abalanzamos junto al Gates, que nos fue detallando los pasos que iba dando en Internet. Era como en las películas, palabra.

Veinte minutos después, en su ordenata aparecía una listado con trece nombres. Nadie tenía su domicilio en Tarazona.

- ¿Cuál será? - preguntó Luna.
- Ni idea... Si supiéramos algo más, podríamos reducir la lista.
- ¿Y la L? - intervino yo.
- ¿Qué pasa con ella?
- ¿Qué pintaba en el cristal trasero? ¿No me dirás que la mujer se ha sacado el carné hace poco y la lleva para evitar que la Guardia Civil la pare?
- Parece bastante improbable, en efecto. ¿Qué insinúas?
- En mi opinión, el coche es robado y la L está por el hijo del dueño.
- ¿Y por qué no la hija de la dueña? ¡Será machista!
- Discúlpame, Sara. Tienes razón - asentí rápido, para que no siguiera metiéndose conmigo.

- ¿Puedes averiguar si, alguna de las trece personas, tiene algún descendiente que ha cumplido dieciocho años hace poco?

¿Observas lo hábil que fui con la ambivalencia de la palabra “descendiente”?

- No lo sé - respondió el Gates, dubitativo -. Esos sistemas están muy protegidos y no quiero arriesgarme a que me pillen.

- ¡Eso nunca! - exclamó Sara -. Inténtalo, pero no te metas en ningún lío.

- Me temo que ya estamos metidos.

No sé qué hizo exactamente, porque me perdí por la rapidez con que se movía de una ventana a otra. Al cabo de diez minutos, la lista se había reducido a tres personas.

- Están a nombre de un médico, una abogada y un profesor.

- Creo que hemos llegado a un callejón sin salida... Estoy segura de que el coche era robado.

- Coincido contigo - le dije a Luna -. ¿Qué podemos hacer?

- Nada... Sólo irnos a dormir. Ya veremos mañana si se nos ocurre algo.

- Tienes razón. Despertad a Roberto y largaos.

- ¿No olvidas algo? - le preguntó el Gates sonriendo, tras meter su ordenata en la bolsa.

- ¿El qué?

- Mi recompensa... ¿Acaso no he sido un buen profesor?

- El mejor que nunca he tenido - metí baza rápidamente, más para fastidiar a Sara que por apoyarlo a él.

- Es indiscutible que lo ha hecho perfecto - me siguió Luna la broma -. ¿No opinas tú lo mismo, Sara?

La aludida se nos quedó mirando divertida. Ni corta ni perezosa, se levantó, puso sus manos en las mejillas del Gates y le dio un morreo de padre y señor mío.

Cuando lo soltó, él seguía flipado y me tuve que encargar de Roberto... No creo que el Gates durmiese mucho esa noche.

Lo único que voy a decirte de la canción que encabeza este capítulo, además de que me encanta, es que está interpretada por auténticos indios Cheyenne. ¡De verdad!

Fever (Peggy Lee)

- Despierta, despierta - escuché entre sueños, mientras notaba como me sacudían.

- Déjame dormir un rato más, mamá.

Estoy seguro de que esas palabras no salieron de mi boca, pero Santi afirma lo contrario y, como él sí estaba despierto, me tendré que fiar.

Las sacudidas se transformaron en un terremoto y, finalmente, abrí los ojos.

- Prefiero seguir un rato más en la cama - declaré, con voz pastosa -. Hoy perdono el desayuno.

- Tenemos que ir a la habitación de las chicas - comentó inquieto.

Me despejé al instante.

- ¿Qué les pasa?

- Espero que nada. Vístete.

- Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

- He visto a una mujer bajando por la escalera de incendios.

- ¡La de la L!

- No lo sé... De hecho, ni siquiera estoy seguro de que ellas fueran la causa de su presencia; sin embargo, a estas horas todo el mundo está durmiendo y no creo que nadie de la organización salga por la escalera de incendios.

No aguanto a la gente que suelta rollos nada más levantarme. Mi cuerpo necesita una entrada pausada y tranquila en cada nuevo día.

- ¿Y si es la amiguita de un profe?

- Pero tú, ¿en qué siglo vives? ... ¿Se te ocurre alguna razón sensata por la que una invitada debería escapar por la escalera de incendios?

- ¿Qué ha pasado exactamente? - pregunté, por cambiar de tema.

- Estaba entrenando cuando me ha parecido distinguir una persona en la escalera. He echado a correr y, entonces, la mujer me ha debido ver, porque ha escapado a toda leche.

- ¿Y no has sido capaz de pillarla?

- Que me llevaba casi doscientos metros de ventaja, pedazo de cama - respondió mosqueado -. La he seguido pero, al llegar a la carretera, ya había desaparecido.

- ¿Has visto algún coche?

- La tira, so capullo... ¿Qué esperabas que viese en una carretera? ¿Elefantes azules bailando?

- Vale, vale - repliqué, sin ganas de ironías -. Vayamos a su habitación.

No me apetecía correr a esas horas, pero tuve que imitar a Santi para que no me sacase demasiada ventaja. Uno debe conservar su reputación.

- Abrid, abrid - dije, a la vez que golpeaba la puerta con el puño.

- ¿Quién es? - se escuchó preguntar a una voz somnolienta.

- Nosotros.

Me abrió Luna, con tal cara de sueño que fue como si me estuviese mirando en un espejo. Sin el pantalón del chándal, estaba preciosa. Sara remoloneaba en la cama.

- ¿Qué ocurre?

- He visto a una mujer huyendo por la escalera de incendios... Quizá sea la de anoche.

- ¡Qué! - exclamó, sin dar crédito a lo que oía.

- ¿Insinúas que ha podido meterse en nuestra habitación? - intervino Sara, no muy preocupada -. Tú deliras... Eso es imposible; la hubiésemos descubierto.

- No estoy tan segura. Con el sueño que tengo, ni habría oído un cañonazo.

- Mirad a ver si os falta algo - indiqué para salir del paso, cuando Luna se percató de dónde estaba fijada mi atención.

Como aún estaban medio dormidas, me obedecieron sin rechistar. Unos segundos después, Sara estalló, bastante irritada.

- ¿Alguno de vosotros ha metido mano en el cajón donde tengo la ropa interior?

- La pregunta es ofensiva - repuse enfadado.

Debió notar mi mosqueo, porque estuvo mucho más suave cuando continuó.

- Lo siento, Pablo, pero es que estoy verdaderamente cabreada. Alguien ha estado cotilleando entre mis bragas.

- ¿Cómo lo sabes con tanta certeza? - preguntó Santi.

- ¿Ves ésta? - le respondió, enseñándole una miniatura de tanga.

- Preciosa. Seguro que te queda de miedo.

- Mucho, pero nunca lo verás - declaró, esbozando una sonrisa -. Siempre la dejo aparte... Ahora, estaba mezclada con todas.

- Entonces, es posible que la mujer haya entrado aquí - comenté intranquilo.

- Elemental, mi querido Watson.

- Y tú, ¿has notado algo extraño? - le dije a Luna.

- Mis bolsas están bastante revueltas, pero la verdad es que, en eso, no soy muy organizada... pero juraría que, anoche, dejé las cremalleras cerradas.

Para evitar herir sensibilidades delicadas, prefiero no reproducir los juramentos que soltó Sara cuando resultó obvio que la mujer había estado de visita en su habitación.

- ¿Por qué ha venido? No lo entiendo.

- Quizá sea una lesbiana que se pirria por vuestros huesos - comentó Santi.

Si las miradas matasen, las dos estarían siendo juzgadas por asesinato.

- Si ha entrado en vuestra habitación, ha enredado por los cajones y abierto las bolsas de viaje, no es preciso ser un genio para deducir que buscaba algo.

- ¿El qué?

- Ni idea, pero, seguramente, será lo mismo que pensaba encontrar anoche en el bolso de Sara y, por eso, lo robó... ¿Seguro que no falta nada? Volved a mirar, porfa.

El segundo repaso fue mucho más profundo y detenido... y tuve tiempo suficiente para recrear la vista.

Las dos coincidieron en su dictamen. No faltaba nada.

- Busque lo que busque, tiene que ser muy importante para ella. Se ha arriesgado mucho viniendo aquí.

- Como detective no tienes precio - me sonrió Luna.

- Es evidente que vosotras no sois su objetivo - intervino Santi, más serio -. Si hubiese querido haceros daño, ha tenido una oportunidad inmejorable.

- Lo que quiere es algo que, según ella, tengo yo - señaló Sara, más tranquila -. Pero os juro que, por más que lo pienso, no puedo imaginar de qué se trata... Si hasta he llegado a considerar que mi chubasquero...

- ¿Has mirado en los bolsillos? - la interrumpí -. A lo mejor te metieron algo.

- Ya lo he hecho. Están vacíos.

- ¡Otro callejón sin salida! - exclamó Luna.

- Hablando de callejones, ¿anoche llegasteis a alguna conclusión con el coche?

- Anda, Pablo, cuéntaselo mientras vais a vuestra habitación a arreglaros un poco.

Nosotras todavía debemos vestirnos.

- De acuerdo, Luna. ¿Seguro que estáis bien?

- Que sí, tonto... ¡Ah! De esto, nada al Gates ni a Roberto.

- ¿Por qué?

- Por lo menos, que ellos estén concentrados en el examen, a ver si logran algo.

Las dejamos y, mientras me acicalaba, le conté a Santi nuestra investigación sobre el coche.

- Así que robado... Esto no me gusta un pelo.

- Ni a mí.

Las buenas intenciones de Luna, con respecto a los dos del grupo que faltaban, no tuvieron mucho éxito. Ambos se levantaron con una fiebre bestial y, cuando nos unimos con ellos en el desayuno, daba pena verlos.

- ¿Veis como anoche tenía razón? - se quejó Roberto, entre lastimosas toses -. La lluvia es buena para el campo, pero no para las personas.

Nadie le llevó la contraria.

En su caso, no dudo que el paseo bajo la lluvia fuera la causa de su fiebre, pero, en cuanto al Gates, para mí que el descomunal morreo de Sara también contribuyó un poco a subirle la calentura... ¿Verdad que no es tan malo el juego de palabras?

Bueno, tras desayunar, pasamos a la segunda y última sesión de problemas. Como puedes suponer, no era lo que mi cuerpo me pedía, ni mucho menos. Los bostezos me salían continuos, como balas de una ametralladora, y tenía que hacer bastante esfuerzo para mantener los párpados abiertos.

Aún así, saqué fuerzas de flaqueza y lo intenté. Si, después de lo sucedido, lograba quedar entre los primeros, mi cotización subiría como la espuma.

Por desgracia, los tres problemas eran bastante rarillos y, aunque toqué todos, no tenía muchas esperanzas de que ninguno estuviese bien del todo.

Al cabo de dos horas, los dos de la fiebre abandonaron la sala y, como yo tampoco pintaba mucho allí, me fui a hacerles compañía.

- ¿Qué tal os encontráis?

- Fatal.

- Agonizando.

- ¿Por qué no os tomáis unas aspirinas y os tumbáis en la cama, a descansar? Esta noche es la entrega de premios y no os la podéis perder.

No estaban en condiciones de discutir conmigo. Hablé con una profe y la puse al tanto del estado de mis pachuchos colegas. Fue la amabilidad personificada; les buscó aspirinas y comentó que les subirían la comida a la habitación, si hacía falta.

Les acompañé hasta la camita y los dejé bien arropados. Luego, bajé a la sala del examen, para localizar a las chicas y a Santi. Me quedé sorprendido al comprobar que todavía permanecían dentro. No salieron hasta que recogieron las hojas.

- ¿Cómo os ha ido? - pregunté interesado.

- Regular. Creo que el segundo me ha salido, pero no estoy segura... y tampoco apostaría por los demás.

- ¡Cualquiera sabe! - exclamó Santi, cuando terminó Sara -. Me he liado tanto que no sabría decir si he llegado al final o me he perdido por el camino... ¡No había por dónde cogerlos!

- Pues yo igual... ¿Y a ti?

- Sin comentarios - respondí -. Como el Gates y Roberto.

- ¿Qué tal están?

- Se han metido en la cama, después de tomarse su dosis de ácido acetilsalicílico (¡Toma ya conocimientos químicos!)

Con tanta fiebre, no podía faltar la canción “Fever”...Un contrabajo marcando el ritmo y los chasquidos de los dedos acompañando... ¡Qué pasada!

Sugar sugar (Archies)

Después de la comida, la siesta resultó obligada. Por una vez, y sin que sirva de precedente, debo darle la razón a mi padre. Es un invento fabuloso.

A las cinco y media, salimos de la residencia. Nos detuvimos en el primer bar que encontramos, para tomar café y acabar de despejarnos.

- ¿Queréis hacer algo en particular? - pregunté, sin dirigirme a nadie en concreto.

- No, ¿por qué?

- Podríamos dedicar algo de tiempo a ver si localizamos el coche de anoche.

- ¿Para qué? - continuó Santi con sus preguntas -. Si era robado, ¿qué lograremos si lo hallamos? La mujer lo habrá abandonado ya.

- No necesariamente - intervino Luna -. Quizá piense que no sabemos nada y siga con él.

- ¿En serio crees lo que estás diciendo?

- Ya sé que es poco probable, pero, ¿se te ocurre algo mejor?

- No - reconoció, sin muchas ganas.

- Además - insistí para convencerlo -, si encontramos el coche, siempre podemos dar un chivatazo a la policía.

- Hablando de eso - metió baza Sara -. ¿No os parece que ya va siendo hora de volver a reconsiderar nuestra decisión de ayer?

- ¿A cuál te refieres?

- A lo de guardar el asunto en secreto... Esto se está desmadrando. Esa mujer, además de robarme el bolso e intentar atropellarnos, se ha colado en nuestra habitación.

- Pues no tengo ni repajolera idea, la verdad - comentó Santi.

- En realidad, estamos como anoche - señaló Luna -. La única prueba es nuestra palabra... y no creo que nos vayan a hacer ningún caso.

- Sin olvidar que no existe ningún móvil para explicar su comportamiento - volví a darle al pico -. Parece como si la tuviese tomada contigo, Sara, y, a simple vista, no hay motivo... Si fueses hija de un millonario, podríamos hablar de secuestro, pero...

- Muy gracioso - me interrumpió, sin rastro de diversión en su rostro.

- ¡Oye, que hablo completamente en serio! Estoy poniéndome en su lugar. Haz tú lo mismo. Si presentamos una denuncia, no le verán pies ni cabeza.

- Es decir, que tú estás por mantener la boca cerrada.

- Creo que es lo mejor. ¿Ganaríamos algo con ir a la poli?

- Yo estaría más tranquila.
- ¿Seguro? ¿Piensas que te iban a poner un guardaespaldas encima?
- O debajo. No seas tan tradicional, Pablo.

El sentido de la oportunidad no es el más desarrollado en Santi y se llevó, con todo merecimiento, una patada de Sara y una colección variada de tacos.

La verdad es que se me ocurría otra razón más para conservar todo en secreto, pero no quise decírla en voz alta, para no asustar más a las chicas. Si la desconocida averiguaba que la habíamos denunciado, y cabía dentro de lo posible, no sabíamos cómo podía reaccionar... Hasta el momento, su comportamiento era muy extraño y no era descartable que le faltase un tornillo.

Al final, decidimos continuar callados y explorar las calles en busca del coche. Como es lógico, yo propuse que lo hiciéramos por parejas.

- ¿Y por qué no los cuatro juntos? - protestó Sara, que, por lo visto, no sentía muchas ganas de tener como acompañante a Santi.

- Así acabaremos antes - respondí tajante, dando por zanjada la cuestión. No iba a consentir que me privase de mi paseo a solas con Luna.

Esta vez no fui tan estúpido y les dejé a ellos la zona de cuestras. Quedamos una hora más tarde en la cafetería, junto al río.

Llevábamos andando diez minutos cuando sucedió el milagro... No, no es eso. ¿A quién le importa un maldito coche? ... Me refiero a que nuestras manos se chocaron y, con un cruce de miradas, nos dijimos que sería más cómodo mantenerlas unidas.

Adiós a Sherlock Holmes. Podría haber pasado el AVE frente a mis narices, que no lo hubiese visto. Todo era una nube de felicidad para mí.

Si te soy sincero, reconozco que me molestó que Luna descubriese el condenado Omega. Yo allí, flotando entre algodones e incapaz de fijarme en nada, y ella mirando coches... Mi ego no se sintió muy satisfecho, palabra.

- Es ése - me tuvo que repetir tres veces.
- Es verdad - comenté, cuando bajé de mi nube -. La matrícula coincide con la del médico de la lista del Gates.

Estábamos casi en las afueras y el coche nos miraba desde una señal de prohibido aparcar, apuntando el morro en dirección contraria al sentido de la calle.

- ¿Qué hacemos? - me preguntó, cuando nos ocultamos tras una esquina.
- Parece que lo han abandonado... ¿Vamos a avisar a Sara y Santi?
- Todavía falta un poco para la hora fijada. Esperemos a ver si aparece la mujer.

- Ya me quedo yo, no te preocupes. Ve tú a traerlos.

- ¿Qué sucede? Hace un momento no tenías tantas ganas de separarte de mí - dijo, con una sonrisa irónica -. ¿No será que pretendes alejarme del peligro?

¿Qué podía contestar? Sí decía la verdad, se podía mosquear con mi actitud... y mentirle me resultaba imposible en aquellos momentos.

- Alguien debe permanecer vigilando - respondí, saliéndome por la tangente.

- No me hace mucha gracia que te quedes tú sólo. Con lo atolondrado que eres, puedes verte en un apuro.

Me mantuve en un silencio absoluto, encantado por su afán protector, y seguimos en nuestro escondite veinte minutos más, sin que nadie se acercase al Omega.

- Anda, lárgate a por ellos - le dije cariñosamente.

- No seas crío... Iremos los dos.

- ¿Y si se escapa?

- Ya he pensado en eso. Tomaremos nuestras medidas.

- ¿A qué te refieres?

En lugar de contestarme, echó a correr hacia el coche. Tan desconcertado me dejó, que tardé un par de segundos en reaccionar y salir tras ella. Cuando llegué a su lado, estaba inclinada junto a la rueda trasera derecha.

- ¿Qué demonios haces? - le pregunté, sumamente nervioso.

- Deshincharle la rueda - respondió, con una calma que me dejó atónito -. Así, no podrá huir.

- ¡Estás loca! - exclamé angustiado -. ¿Y si viene alguien?

- Se supone que tú estás vigilando, ¿no?

No merecía la pena seguir discutiendo, porque estaba claro quien se iba a llevar el gato al agua. Con el corazón a doscientos, cumplí el papel que me había adjudicado. Por suerte, nadie pisó la calle durante su operación.

- ¡Que sea la última vez que te embalas por tu cuenta! - la amonesté, cuando nos pusimos a salvo -. Mira mis manos... Tiemblan como si tuviera Parkinson.

- Tampoco ha sido para tanto - declaró, divertida por mi agitado estado.

- ¡Cómo que no! He estado al borde del infarto.

- Pobre - se rió de mí -. Te hubiera hecho el boca a boca y seguro que te recuperas.

Si lo llego a saber antes, hubiera simulado encontrarme mal. No un infarto, que es muy aparatoso, pero sí un desvanecimiento de medio pelo, que habría sido suficiente.

- ¿Dónde has aprendido a fastidiar una rueda?

- ¿No creerás que sólo me dedico a estudiar Matemáticas? - se mofó otra vez.

No me molestó el cachondeo, sino pensar que tenía razón... Seguramente, saldría de marcha y alguno se podía liar con ella. Necesitaba calmarme, sentirla junto a mí. Tomé su mano.

- ¿Qué haces? Te vas a manchar. Las tengo sucias.

- ¿Y a quién le importa?

Un beso en la mejilla fue mi recompensa.

Sara y Santi, que no parecían una pareja muy conjuntada, nos estaban esperando y les explicamos lo del coche. No parecieron muy impresionados hasta que les conté la alocada intervención de Luna. Para mi asombro, los dos la felicitaron.

- Eso me recuerda que debo ir lavarme.

- Te acompaño - se apuntó Sara. No acabo de entender por qué siempre van las chicas al servicio de dos en dos.

Santi también se largó hacia la misma dirección y, como yo ya me había arreglado con una servilleta, me entretuve cotilleando un expositor de cedés. Entre los baratos, vi una canción que conocía y, sin dudarle un momento, lo compré. Me lo acababa de meter en el bolsillo, cuando regresaron las chicas; Santi tardó un poco más.

- ¿Qué hacemos? - preguntó -. ¿Se lo decimos a la poli ya?

- Deberá ser una llamada anónima - insistí, preocupado por mis temores -. Mejor que nadie sepa de nuestra participación.

- Está bien. ¡Qué pesado eres!

- Esperad un momento - dijo Luna -. Yo, antes, hablaría con Roberto y el Gates.

- Claro - intervine -. No podemos dejarlos de lado... Y yo llamaré a la poli.

- ¿Seguro que sabrás hacerlo? - comentó Sara.

- ¿Piensas que soy tonto o qué? - respondí, exagerando mi mosqueo.

- Ni mucho menos. Basta ver tu exquisito gusto para las mujeres.

Las risas consiguieron ponerme como un tomate maduro y, para despistar, me fui a pagar las consumiciones.

Por primera vez en la historia, la sintonía de una serie de dibujos animados, Los Archies, llegó al number one (en 1969). Los músicos de sesión (nadie se responsabilizó de la grabación) crearon una melodía contagiosa, que encaja con mi nube de algodón de aquella tarde...aunque no negaré que resulta una canción bastante blanda.

In the year 2525 (Zager & Evans)

- Mirad que monada - comentó Luna, cuando entramos en nuestra residencia.

Habían colocado una pequeña reproducción de un buzón de correos. Sobre ella, un cartel de propaganda informaba que una tienda de fotografía obsequiaba a todo el mundo con el revelado gratuito de sus carretes. Bastaba con meterlos en un sobre, poner los datos personales e introducirlo en el buzón.

- Es un buen detalle de bienvenida.

- Pero queda cutre el cartel. Al menos, podían haberlo sacado por impresora... Eso de escribirlo a mano y pegarlo a la pared con cello, no da muy buena imagen.

- No te quejes encima, Santi, que es gratis.

Curiosamente, las únicas fotos que habíamos hecho en el grupo habían sido con la cámara de fotos del Gates y, como era digital, no pudimos aprovechar el regalo.

- ¿Cuándo nos vemos? - preguntó Sara -. He de lavarme la cabeza y arreglarme para la cena.

- Yo también - indicó Luna.

- Pero, si estás preciosa así - repliqué, sin ganas de separarme de su lado.

- Eres un encanto - rió Luna -. ¿Dentro de una hora aquí abajo?

- Está bien... Mientras tanto iré a buscar al Gates y Roberto para decirles lo del coche.

- Te acompaño - se apuntó Santi.

Fuimos a su habitación. Apenas tenían unas décimas de fiebre y permanecimos allí hasta que aparecieron las chicas.

- Guau - ladré al verlas -. Estáis de miedo.

- De fábula, en serio - añadió no sé quien.

- Gracias simpáticos - dijeron al unísono.

Decidimos contar a la poli, de forma anónima, lo del coche abandonado. Eso nos obligó a salir a la calle y buscar una cabina, para que no pudieran identificar la llamada. Cuando la encontramos, Sara se adueñó del auricular, tras afirmar algo sobre mi oratoria que prefiero no reproducir. Te aseguro que, a mi pesar, debo reconocer que tuvo toda la razón del mundo. Su habilidad para soltar mentiras es alucinante.

Dijo que era una vecina del médico, que estaba de viaje, y, por casualidad, había visto el coche que, según tenía entendido, había sido robado. Lo mejor fue cuando le pidieron que se identificara. No se cortó un pelo.

- Comprenda usted que no puedo hacerlo. Si mi marido supiese donde estoy, me vería en un serio aprieto... especialmente si averiguase quien es mi acompañante. ¿Me entiende, verdad?

- Mientras los dos convalecientes se arreglan para la cena - comentó Luna, tras la llamada -, ¿por qué no vais a ver si el coche todavía sigue allí y se lo lleva la policía?

Santi y yo nos miramos, preguntándonos mudamente por qué no teníamos derecho también a ponernos guapos... En fin, para qué seguir. Sólo te diré que, cuando llegamos allí, la poli estaba poniendo el cepo al Omega y regresamos rápidamente para, al menos, cambiarnos de ropa.

La cena de homenaje a los participantes (o sea a mí, entre otros) y la entrega de premios tenía lugar en un restaurante, cuyo salón estaba a rebosar. Se habían apuntado padres, profes de los distritos cercanos, gente de Tarazona, etc.

De nuestro grupo, sólo Sara y Roberto tuvieron compañía familiar. Menos mal que tenían a sus padres bien educados y se mantuvieron lejos de nuestro lado... No hay cosa que me reviente más que esos cuarentones que todavía se creen jóvenes.

Después de la cena, que merece la pena recordarse por la agradable compañía más que por el menú, tuvo lugar la entrega de diplomas (y el cheque, que era lo importante) por los triunfos obtenidos en la fase de distrito.

Fuimos desfilando todo el mundo y recibiendo nuestro correspondiente trofeo. Me gustó la experiencia.

Seguidamente, comenzó la entrega de premios, que consistía en seis medallas de bronce y otras tantas de plata y oro. Además, los ganadores del oro participarían en las Olimpiadas Internacionales, que tendrían lugar en Australia.

Por un momento, soñé que Luna y yo quedábamos entre los seis primeros y nos bañábamos en las fabulosas playas australianas. Aquello habría sido el paraíso, pero, por desgracia, no tenía la más mínima oportunidad de alcanzar mi sueño.

- ¿Recuerdas tu promesa? - le preguntó Sara a Santi.

- ¿Cuál?

- La de correr en pelotas, si Pablo o tú ganáis una medalla.

- ¡Ja, ja! - rió divertido -. Pues claro que me ratifico en eso.

- Pues yo creo que aún tengo una posibilidad - comenté con seriedad.

- ¡Qué! - exclamó -. Si decías que los problemas te habían salido de pena.

- Sí, pero, a lo mejor, se han equivocado al introducir las notas.

- ¡Serás capullo! ¡Menudo susto me has dado!

- No creas - intervino el Gates -. Según diversos estudios estadísticos, los errores de tecleo pueden suponer un dos por ciento, cuando se escriben miles de dígitos.

- Olvida la estadística. ¿Sabes para qué sirve? ... Si meto la cabeza en el horno y los pies en el frigo, en promedio estaré de fábula.

La discusión sobre las técnicas estadísticas finalizó nada más comenzar, porque dio comienzo la nominación de los ganadores y eso sí tenía verdadero interés.

Aquello parecía la noche de los Oscar. Todo el mundo aplaudiendo a rabiar cada vez que se decía un nombre. Como era previsible, Santi no tuvo que cumplir su promesa de correr en pelotas. Por desgracia, nadie del grupo logró medalla.

Lo sentí por las chicas, que sí se habían preparado, no como yo. En cambio, no me dolió mucho la falta de éxito de los chicos. Me habría sabido a cuerno quemado que fuesen fardando de medalla delante de las chicas... ¡Eh! No pienses que soy egoísta, ni nada por el estilo, pero, en cuestiones de faldas, prefiero que nadie tenga ventaja.

De todas formas, estoy convencido de que el resultado habría sido muy distinto en circunstancias normales... Lo digo por ellas, no por mí, que bastante había hecho con llegar hasta allí.

De todos los trabajos que he tenido que hacer en el insti, los que más me han gustado son los de inglés. “El escarabajo de oro” de Poe me lo leí de un tirón (primero lo hice es castellano y, después, en la lengua de Shakespeare, que uno no es tonto del todo), pero el que más recuerdo es “Futuredays” de Asimov.

Un día nos vino el profe con mogollón de ejemplares, que había comprado a precio de saldo en una liquidación, y tuvimos que leerlo y escribir unos folios con nuestra opinión. El libro era curioso, palabra. El autor comentaba unas tarjetas, que se metían de regalo en unas cajas de tabaco del siglo XIX, donde un pintor intentaba describir como sería la vida en el año dos mil... El pobre no acertó ni una.

Bueno, si te preguntas a qué viene este rollo, es que no recuerdas el título del capítulo. ¿Imaginas cómo transcurrirá la vida cotidiana en el año 2525? ¿Verdad que sería una pasada poder ver el futuro?

Por lo demás, la canción está muy bien.

Lady Marmalade (Labelle)

- ¿Dónde celebramos nuestro fracaso? - preguntó Santi, después de abandonar el restaurante.

- A donde queráis, menos a pasear. Hace un frío bestial.

- Seguro que hoy los garitos están abiertos, Sara - comenté optimista -. Enseguida encontraremos uno donde mover el esqueleto.

- ¡Qué poco considerado eres! ¿No ves que estos dos están convalecientes?

El reproche de Luna tenía su pizca de razón, porque la pareja gastaba un careto deprimente; aún así, insistí. ¿Pasarme la noche del sábado sentadito en una silla?

- Es nuestra última noche juntos, Luna. ¿No querrás quedarte en tu habitación?

- No me hace mucha ilusión, la verdad, pero prefiero que estemos los seis juntos.

- Cerrad el pico, que estoy helada - metió baza, otra vez, Sara -. Propongo que nos acerquemos hacia el centro y veamos el ambiente que hay. Si éstos no se sienten con fuerzas, regresamos y nos metemos en una habitación para charlar, jugar a la baraja o lo que queráis.

- ¿Admites proposiciones? - lo intentó Santi, de nuevo.

- De ti ninguna, so mico... Bueno, gente, ¿qué opináis de lo que acabo de decir?

- Por nosotros, no lo hagáis - dijo el Gates, más muerto que vivo -. Lo mejor sería que nos fuésemos a la cama y...

- ¡Un cuerno! - le interrumpí tajante -. Vamos los seis y, luego, ya veremos.

Una cosa es que me apeteciese bailar con Luna y otra que ellos se hiciesen los mártires... vieja táctica rastrera que, a veces, logra atraer a las chicas.

- De acuerdo, entonces. Empecemos a caminar - declaró Luna sonriente, a la vez que se cogía de mi brazo... y, con el otro, se agarraba a Roberto.

Ambiente, lo que se dice ambiente, había bastante, aunque lo montábamos, casi exclusivamente, los participantes en la Olimpiada. Encima, los garitos seguían como la noche anterior; es decir, o todavía cerrados o en paradero desconocido.

- Vamos a esa cafetería - señaló Luna, después que dimos un par de vueltas por la zona -. A estos le vendrá bien tomar algo caliente.

- Ten cuidado con el bolso - le advirtió Roberto a Sara, cuando entramos -. No me gustaría tener que ir tras él de nuevo.

- Por lo menos, hoy no llueve - le replicó ella -, pero, como vuelvas a recordarme a esa mujer, te echaré la consumición por encima. ¿Entendido?

- Perfectamente - respondió cariacontecido.

- ¿No ves que el pobre está enfermo? - la reñí cariñosamente -. Además, teniendo en cuenta que la causa fue tu bolso, lo lógico sería que lo cuidases y le hicieses mimos.

Si piensas que soy un buen samaritano, andas más pez que un marciano en mi casa. Si Sara se dedicaba a Roberto, como resultaba que Santi y el Gates iban tras ella, Luna se quedaría para mí solito... ¿Verdad que uno no es tonto del todo?

Pero no había contado con la reacción de Sara. Me ridiculizó con un simple juego de palabras.

- Tío, ¿tú estás en la Luna o es que te gustaría estar sobre ella?

La carcajada de la aludida todavía me dolió más. Así que emprendí la fuga por el método habitual: Encargarme de pedir las consumiciones... Y, como encima, había que abonarlas en el acto, me tocó el papel de Paganini.

Al poco rato, las repetidas toses de la enferma pareja preocuparon a las chicas y, allí, concluyó la salida del sábado noche. Adiós marcha.

Regresamos a la habitación de las chicas. En realidad, tampoco estaba demasiado entristecido, ya que la compañía, por el lado femenino, era muy agradable.

Una vez allí, la charla se centró en nuestro inmediato futuro. Curiosamente, y a pesar de encontrarnos en la Olimpiada Matemática, nadie tenía intención de estudiar esa carrera... Para que luego digan de la vocación.

- Yo estoy dudando entre telecos e ingeniería química - declaró Sara, en primer lugar.

- Pues yo me inclino por medicina, aunque no descarto informática o telecos - afirmó Luna, a continuación.

La meta de Roberto era ser astronauta, supongo que para viajar por el tiempo a través de los agujeros negros y contactar con los extraterrestres, aunque, prudente, él no dijo nada de eso. Santi pensaba especializarse en medicina deportiva y el Gates, como es lógico, estudiaría ingeniería informática.

- Seguramente, yo haré lo mismo - comenté sin un ápice de rubor, ocultando que todo dependería de selectividad, ya que mi expediente no era tan bueno como el suyo.

Por desgracia, para ellos, las toses de Roberto y el Gates aumentaron. Preocupada, Luna les puso la mano en la frente.

- Os ha subido la fiebre - dictaminó con seguridad, como si ya fuese doctora -. ¿Todavía os quedan aspirinas?

- Media caja - respondió Roberto.

- Tomad un par cada uno y acostaos enseguida. Necesitáis descansar.
- No te preocupes, aquí estamos bien.
- Haced caso a la médica, que sabe lo que se dice - les aconsejé, intranquilo por su careto.

No pienses mal. Es cierto que me agradaba la perspectiva de quedarnos Santi y yo con las chicas, pero te aseguro que, entonces, sólo me movía el interés por su estado de salud... Bueno, si soy absolutamente sincero, podríamos dejarlo en un *fifteen-fifteen*.

Cuando estuvimos los cuatro a solas, la conversación la monopolizaron Sara y Santi, que tenían puntos de vista diferentes sobre todo. Luna y yo permanecíamos como meros espectadores, lo que tampoco me importaba demasiado. Yo estaba sentado a la cabecera de una cama y ella tendida, con la cabeza apoyada en mí... ¡Qué gozada!

Para que te hagas una idea de por dónde iban los tiros, intentaré reproducir uno de su diálogos.

- ¡Vaya estupidez! - exclamó Sara, irritada una vez más con Santi -. ¡Sólo a ti podría ocurrírsele una idea tan gansa!

- ¿Qué tiene de malo? El cuidado del propio cuerpo es imprescindible para todo ser humano.

- Desde luego, pero afirmar que deben aumentarse las clases de educación física es una estupidez. Yo las quitaría todas.

- ¡Estás chalada! ¿No te das cuenta de que sería una barbaridad suprimirlas?

- ¿Por qué, so capullo? ¿Me quieres decir que alguien se pone en forma por un par de horas a la semana?

- Mas vale eso que nada, ¿no?

- Pues claro que no. Quien no mueve el culo del sofá de su casita, es improbable que se aficione a practicar deporte en el insti... Además, al no tener el cuerpo habituado al ejercicio, las lesiones crecen como hongos.

- Si están fofos, también se las pueden hacer al bajar las escaleras.

- ¡Tú alucinas! ¿Sabes cuántos esguinces se producen al cabo del curso? Si los padres tuviesen que hacer los ejercicios, prohibirían la gimnasia por peligrosa.

- ¡No sabes de qué hablas! El deporte es lo mejor para la salud.

- ¡Será la tuya! ... ¡Cómo aborrezco esas clases, especialmente a partir de ahora!

- ¿Por qué? Con el buen tiempo, apetece el ejercicio.

- Y también es cuando más apesta la gente... ¿Sabes lo asqueroso que es subir a clase con todo el mundo sudado y echando una peste de mil demonios? ¡Vaya garrada!

- Te recuerdo que existe algo que se llama ducha.

- Ya lo sé, so pringado, no intentes darme lecciones de higiene a mí... Eso de las duchas queda muy bien sobre el papel, para engañar a los papis, pero nada más.

- Entonces, el problema radica en la gente, que no las utiliza. No en la asignatura.

- ¡Anda ya! Si hay una hora y debemos bajar al gimnasio o al patio, ducharnos al terminar, cambiarnos de ropa y secarnos el pelo, ¿cuánto tiempo de clase queda?

- Pues no te seques el pelo.

- Eso, encima coger una pulmonía. ¿No ves que no tiene pies ni cabeza?

- Eres una exagerada, te estás pasando un par de pueblos.

- Al revés, me estoy quedando corta... Yo no sé donde estudias tú, pero en mi insti no hay enchufes y el agua caliente sólo funciona una de cada diez veces.

- Es imposible razonar contigo. Únicamente ves los aspectos negativos.

- ¿Acaso hay otros en gimnasia?

¿Verdad que ya tienes bastante para hacerte una idea? Yo también estaba entonces hasta allí, pero, como Luna yacía junto a mí, no protesté en ningún momento.

- Están como el perro y el gato - le susurré a Luna al oído, cuando se enfrascaron en una nueva discusión -. Para mí que se gustan.

- Andas más despistado que un pulpo en un garaje - me sonrió divertida -. ¿Aún no te has enterado de que está colada por el Gates?

Me quedé desconcertado. Era evidente el interés de él, pero no me había percatado del de ella. O lo disimulaba muy bien o necesito gafas con urgencia... O, quizá, es que sólo tenía ojos para Luna.

- Pues tenía entendido que las discusiones continuas, entre chico y chica, indican una atracción, aunque ninguno de los dos quiera reconocerlo - insistí, sin dar mi brazo a torcer.

- Si están peleando todo el rato, es porque Santi representa todo aquello que ella no soporta... A Sara le gustan los hombres Platero.

- ¿Y qué es eso?

- Se nota que la poesía no es lo tuyo - comentó risueña -. "*Pequeños, peludos y suaves, tan blandos por dentro que parecen de algodón*".

- Eso me recuerda a un hámster.

Nuestras risas llamaron la atención de nuestros acompañantes y tuve que inventar un cuento chino para disimular. Al cabo de un rato, agotado por levantarse temprano, Santi nos abandonó camino del catre. Un cuarto de hora después, decidí imitarlo.

- Mira, Pablo - me dijo Sara, completamente seria -, voy a pedirte un gran favor, pero no quiero que salga de aquí. ¿Entendido?

- Últimamente, los secretos se nos dan muy bien. Desembucha.

- No es que tenga miedo, la verdad, pero me pone de los nervios pensar que la tipa del bolso pueda regresar esta noche y pasearse por aquí. Estaría mucho más tranquila si tú durmieses con nosotras; me sentiría más protegida.

Me quedé anonadado por la petición y fui incapaz de abrir la boca.

- No te preocupes, comprendo que te niegues - añadió, confundiendo mi reacción.

- ¡Cómo me voy a negar! - exclamé sonriendo -. Será un placer... Si Luna no se opone, claro está.

- Me encantará tenerte de invitado.

- ¿Y dónde voy a dormir? - pregunté ilusionado (para que veas que también sé ir al grano)

- En la silla, desde luego - contestó Sara, rápidamente -. ¿Qué pensabas?

No tuve tiempo de responder, porque Luna intervino para sacarme del apuro.

- ¡Qué dura eres! Encima que nos hace un favor, no pretenderás que pase la noche en ese potro de tortura. Propongo que juntemos las dos camas, así cabremos los tres.

Pensé que me iba a dar un infarto, palabra. La realidad superaba mis fantasías... Lástima que Sara volvió a hablar.

- De acuerdo, pero dormiremos con la ropa puesta. Así, si aparece la maldita visitante nocturna, podemos perseguirla sin perder un minuto.

No tengo muy claro que ésa fuese la verdadera razón, pero, ¿qué más da? Pasé una noche deliciosa, durmiendo con dos preciosidades... aunque estuviesen vestidas.

Muchas veces, al escuchar el estribillo en francés de la canción que da título al capítulo, soñaba que me lo soltaba alguna chica y me relamía pensando en lo que sucedería. Tienes mi palabra de autor (si es que te sirve de algo) de que aquella noche no sucedió nada que pudiese escandalizar a nuestras mamás.

Para colmo, me levanté para ir al baño y, a mi regreso, las vi tan maravillosas, dormidas como ángeles, que me senté en la silla para admirarlas en su descanso. Yo también me quedé frito y me tuvieron que despertar ellas para ir a desayunar.

Según me aseguró Luna, yo dormía con una sonrisa enorme de felicidad... ¿Por qué sería?

Everytime you go away (Paul Young)

Tras el desayuno, comenzó el desfile de gente con bolsas de viaje y maletas. Muchos padres habían venido a la entrega de premios y, de paso, a recoger a sus hijas e hijos, como era el caso de Sara y Roberto.

Ella fue la primera en despedirse.

- Ha sido una experiencia alucinante - nos dijo, mientras nos iba soltando besos - . Os echaré mucho de menos... aunque ganaré en tranquilidad.

- ¿Estaremos en contacto? - le preguntó el Gates, en nombre de los cinco... O al menos eso supuse entonces.

- Desde luego. Os escribiré a todos, de verdad, que tengo vuestras direcciones de correo... Además a ti - añadió refiriéndose a Luna -, te veré en Burgos, en la Olimpiada Química. Recuerdas que serás mi invitada, así que no hagas planes por tu cuenta, que me enfadaré.

Unas lagrimitas sellaron el acuerdo. ¡Qué tristes son las despedidas!

Diez minutos después, le tocó el turno a Santi, que se había apuntado al coche de los padres de un colega, que no estaba al completo.

- Sigue entrenando que llegarás lejos - le recomendé.

- Y tú mueve el culo un poco, si quieres llegar a la Luna - me soltó, en medio del abrazo de rigor.

Los demás hicieron como si no hubiesen escuchado nada.

Con Roberto, el adiós no fue tan emotivo y nos limitamos a un apretón de manos. En cuanto al Gates, había quedado en la gasolinera con su madre, que, por lo visto, no se acerca, ni en pintura, a nada que huelga a curas. Lo acompañamos hasta la salida.

- Cuidate mucho - le dijo Luna, después de darle cuatro besos, ¡cuatro!, y eso que estaba griposo.

- ¡Lástima que debamos separarnos! Nunca me lo he pasado tan bien.

- ¿Ni siquiera con el ordenata?

- ¡Qué chorradas dices a veces, Pablo! - rió divertido -. Por cierto, recuerda lo de las videoconferencias con Messenger.

- Esperemos que me toque la primitiva, porque sacarle la tarifa plana a mi padre está bastante crudo.

- No te metas con él - me reprochó Luna, soltándome, de paso, un codazo muy poco cariñoso -. ¿No ves que está pachucho?

Me disculpé, aunque sigo sin saber por qué debía hacerlo, y, a modo de venganza, le di un abrazo tan fuerte que casi le parto alguna costilla. El pobre se marchó con un careto que daba pena.

- ¿A qué hora vienen tus padres? - le pregunté a Luna.

Por si no te lo he comentado antes, te diré que no habían podido acudir el sábado a la cena, porque debían atender el pequeño restaurante familiar.

- Deben estar a punto de llegar - respondió, después de consultar su reloj.

Aún no habíamos alcanzado la entrada de la residencia, cuando sonó un claxon. Nos volvimos y ella echó a correr hacia el coche. Eran sus padres.

Después de dejar bien aparcado el vehículo, tuvieron lugar los besos y abrazos. Luego, con ellos del brazo, vino hasta mí y me los presentó.

- Papá, mamá, éste es Pablo. Un buen amigo.

Su madre me sonrió y me besó en la mejilla. Su perfume me encantó; en cambio, él no me gustó tanto.

- ¿Y qué tal te ha ido en la Olimpiada?

¿Por qué será que a los papis sólo le interesan los resultados de los exámenes? ¿Por qué no me preguntaba si le había hecho la estancia agradable a su hija? Eso sí era verdaderamente importante, ¿no crees?

- Como a la mayoría - contesté, por salir del paso -. Eran problemas muy difíciles.

Luna, que no tiene un pelo de tonta, observó que yo no me encontraba a gusto y acudió en mi auxilio.

- Ya os contaré en el viaje - le dijo a su progenitor -. Ahora, quedaos por aquí un rato, que voy a subir a recoger todo.

- Ya te ayudo yo - se ofreció su madre, muy en su papel.

- ¡Ni loca! - se negó Luna, con una sonrisa -. Si ves la habitación, tal y como está ahora, me echarás la bronca. Cuando termine, os la enseñaré.

- Está bien; no tardes mucho - asintió resignada. O su hija la tenía bien educada o mi presencia allí le impidió hacer uso de su autoridad materna.

- ¿Te quedas aquí? ¿No tienes que acabar de recoger? - me preguntó Luna, al ver que yo seguía allí, como un estúpido.

- Sí, sí, claro - farfullé, saliendo tras ella.

Cada peldaño que subíamos me recordaba que se agotaba el tiempo de estar a su lado, lo que no contribuía, precisamente, a levantarme el ánimo.

- ¿Qué te han parecido?

- Los padres siempre son padres, aunque se conserven tan bien como tu madre.
- ¡Qué tonterías dices! - me replicó, riendo.
- Pues anda, que tú - seguí en el mismo tono -. Vaya cuento que les has metido...

Si lo tienes todo ya recogido.

- Claro, tonto. Pero, ¿querías que nos despidiésemos delante de ellos?
- Por nada del mundo - respondí mucho más contento, cogiéndola de la mano.

Aprovechando que pasábamos por mi habitación, hice un alto para coger el cedé que había comprado en la cafetería. Sólo había podido envolverlo con papel de examen. ¡Qué poco romántico!

- Para ti - dije, colocándolo en su mano -. Sé que es poca cosa, pero no he tenido tiempo de buscar un brillante que haga juego con tus preciosos ojos.

- ¿Qué es? - preguntó ilusionada.
- Simplemente un detalle, para que no te olvides de mí.

Lo desenvolvió con mucho cuidado, como si en lugar de papel de examen fuese un poema manuscrito de Machado. Cuando vio la tapa y leyó lo que ponía, soltó unas lágrimas y me abrazó emocionada.

Uno, que no es estúpido del todo, había hecho trampa y, antes de envolverlo, metí un pedazo de hoja con unas breves líneas.

*“Me gustan las mujeres Platero,
inteligentes, hermosas y suaves,
tan blandas por dentro que parecen de algodón.
Te quiero”*

- Es preciosa - afirmó, después de recompensar mi vena poética con un largo y fantástico beso que me dejó turulato -. Y el cedé, ¿quién canta?

- No creo que lo conozcas, pero contiene una canción maravillosa, la primera. Me gustaría que pienses en mí, cuando la escuches.

- ¡Quiero oírla ahora!
- Si no tengo discman.
- Pero yo sí, en mi habitación. Vamos.
- ¿Y tus padres?
- Que esperen.

Fuimos corriendo hasta su cuarto y sacó su discman (aunque sería más correcto decir discwoman, ¿no?). Bailamos, con un auricular cada uno. Aquello fue inenarrable, fantástico, fabuloso, extraordinario... y cualquier adjetivo parecido que se te ocurra.

- ¿Te ha gustado? - le pregunté, cuando terminó la canción.

- Muchísimo. Eres un experto besando; se nota que tienes experiencia.

No iba a sacarla de su error, ¿verdad?

- Me refería a la canción, guaperas.

- El principio estaba bien, pero, luego, he dejado de prestarle atención porque tú me has tenido muy ocupada. Voy a ponerla de nuevo y, esta vez, sólo bailamos, ¿vale?

- Tienes mi palabra.

No pude mantenerla ni un minuto. ¡Qué le voy a hacer! Puedo resistirme a todo... menos a mis tentaciones.

Al final, tuvimos que dejarlo porque supusimos que sus padres se estarían impacientando. Allí mismo nos separamos.

- ¿Cuándo nos volveremos a ver?

- No lo sé. Ojala podamos encontrarnos en el verano.

- Te quiero.

- Te quiero.

¡Qué dolorosas son las despedidas! ¡Y más aquella!

Me encerré en mi cuarto y solté unas cuantas lagrimitas, por aquello de liberar la tensión. Estaba colado por ella y la perspectiva de una separación tan larga me deprimía un montón... Por no hablar de los celos, que me corroían al pensar que podía conocer a otro que ocupase mi lugar en su corazón.

Como ves, mi moral andaba por los suelos.

Con el alma encogida, dije adiós a Tarazona y me fui, junto con media docena de peatones más, a coger el autobús camino de Zaragoza, para luego empalmar con el tren que me llevaría a casa.

Si no has escuchado nunca "Everytime you go away", consíguela, como sea, y búscate una pareja para imitarnos a Luna y a mí.

Es el mejor consejo que he dado nunca.

Sealed with a kiss (Brian Hyland)

A las once y media de la noche, el taxi me dejó en la puerta de casa. A pesar de que estaba agotado, y deprimido todo hay que decirlo, mis padres me sometieron a un tercer grado de antología.

Si disfrutas con los acertijos, intenta deducir a cuál de los dos corresponden las siguientes preguntas, que me hicieron durante el interrogatorio.

- ¿Y la comida era buena?
- ¿Tan difíciles eran los problemas?
- ¿Y qué tal la habitación?
- ¿Alguno sacó medalla?
- ¡Tan temprano te quieres acostar! ¿Has dormido poco?
- ¿Quieres que te ingrese yo el cheque?
- ¿Había muchas chicas?
- ¿No será que has bebido demasiado?
- ¿Por qué no te llevaste la cámara de fotos? Te había puesto carrete.
- ¿Qué autoridades había en la mesa presidencial?
- ¿Tenía razón o no cuando insistí en lo del paraguas?

Al día siguiente, en el insti, todo el mundo se interesó por mi viaje a Tarazona. El Bigotes me animó, comentando que los problemas se las traían.

Sin querer fardar de conquistador, te diré que Leticia me lanzó los tejos de forma descarada. Después de conocer a Luna, era imposible que me interesase.

Poco a poco, volví a la rutina habitual del insti. Clase, estudiar y algo de marcha, aunque poca, porque el recuerdo de Luna seguía estando presente... Además, quería sacar buenas notas, para no quedar en mal lugar ante ella.

Lo único que rompía la monotonía de mi triste existencia eran las charlas *online* que iba manteniendo con Luna... ¡Claro que no! No pienso reproducirlas aquí.

Nuestras conversaciones de vídeo, con la webcam y el Messenger, no estaban mal del todo, a pesar de que mi módem es más lento que el caballo del malo. ¿Quién ha dicho que Internet sólo sirve para jugar? De todas formas, no hay nada como el contacto personal y yo deseaba con locura estar a su lado, así que fui preparando una estrategia que me permitiese encontrarme con ella.

- Quizá me vaya esta Semana Santa a Madrid - dejé caer, como si nada, durante una cena. En algo tenía que gastar mis ahorros, ¿no?

- ¿Adónde? Si puede saberse - refunfuñó mi padre.

- A casa de Roberto, un amigo que hice en la Olimpiada. Tiene libre la habitación de su hermano, que está de Erasmus.

- ¿Y qué es eso?

- Un proyecto europeo para el intercambio de estudiantes. Estudia arquitectura en Alemania - lo había preparado a conciencia; para mi padre, un arquitecto es el máximo.

- ¿Y sus padres estarán en casa? - preguntó mi madre, preocupada.

- Claro. Si no, ¿de qué íbamos a comer?

- ¿Ése es el que siempre iba con americana?

- El mismo. Es un chico muy formal y me llevará a ver el museo del Prado, el planetario y todas las maravillas que hay en Madrid.

Una escapada cultural siempre es más admisible para los padres, tenlo presente, y aquel cuento chino acabó por convencerlos. Bueno, eso y que mis notas habían subido algo desde la Olimpiada... y que se me ocurrió la estupidez de comentar que el viaje lo pagaría de mi bolsillo.

- ¿Y por qué no has dicho nada hasta ahora? Queda poco tiempo y tendrás que comprarte algo de ropa. No quiero que mi hijo vaya por ahí como un pordiosero.

- Es que me lo ha dicho en el correo de hoy - respondí, sin pensar.

- Pero, si al mediodía he recogido la correspondencia y no había nada para ti.

Bueno, un fallo lo puede tener cualquiera, ¿no? Lo importante es saber reaccionar a tiempo.

- No seas retrógrada, mamá. Me refiero al correo electrónico, a través de Internet, ¿sabes? Por cierto, a ver cuando me ponéis una conexión rápida - añadí enseguida, por aquello de que no hay mejor defensa que un buen ataque.

- Ya hablaremos cuando acabe el curso - replicó mi padre, sin querer rascarse el bolsillo, y, para cambiar de tema, que no tiene un pelo de tonto, añadió: Por lo que has dicho antes, es probable que te vayas con ese amigo, pero no seguro. ¿De qué depende?

- Porque también es posible que aprovechen Semana Santa para ir a Alemania a ver al hermano del Erasmus. Dentro de dos o tres días, lo sabré con certeza.

¡Maldita sea! ¿Quién me mandaría a mí meterme a profeta?

Por la noche, cuando le conté mi ingenioso plan a Luna, se me hundió el mundo. Según dijo, hacía veinticinco años que sus padres habían inaugurado el restaurante familiar y habían decidido celebrarlo con un viaje a París, acompañados de su hija... Y Luna no podía hacer nada, porque ya tenían los billetes pagados.

¡Increíble! ... Entiendo que un matrimonio vaya a París, para recordar sus buenos tiempos, pero me parece absurdo que lleven a la hija. ¿No opinas tú lo mismo?

¡Menudos padres tenemos!

Menos mal que, a mitad de abril, sonó la flauta por casualidad... Mejor dicho, el timbre del teléfono, en medio de un partido televisado.

Lo cogí yo, pero, como era mi tía, se lo pasé a mi madre y desconecté de su parloteo, para concentrarme en las tonterías del comentarista. Acabó la primera parte y todavía seguían dale que dale, así que me largué a mi cuarto, a ver si lograba pasar la última fase del juego.

Cuando regresé al salón, el teléfono echaba humo y se apagó, justamente, nada más que el árbitro pitó el final del partido. Entonces, mi madre pasó a informarnos de las últimas novedades familiares.

Sin pretenderlo, de eso estoy seguro, mi primo Rodolfo me sacó de mi agonía. De tanto jugar al fútbol, no se le ocurrió otra cosa mejor que casarse de penalti y la boda, con cierta urgencia, se iba a celebrar quince días después.

- ¿Y tenemos obligatoriamente que ir? - preguntó mi padre, sin demostrar una alegría desbordante.

- Desde luego - contestó severa mi madre -. ¿O es que se te ha olvidado que eres su padrino? No podemos faltar.

- Pues, conmigo, no contéis - intervine -. No me apetece nada tirarme tantas horas de coche para aguantar una misa y comer con la familia.

- ¡Cómo no vas a ir tú! - exclamó airada -. Tú, el primero.

- No lo fuerces - me apoyó mi padre, por una vez -. Ya es mayorcito para quedarse solo y puede aprovechar para estudiar... Además, si no va, les ahorramos un cubierto y el regalo nos saldrá algo más barato... Y no hay que comprarle ropa nueva al chico.

¡Para que luego hablen de la comprensión paterna!

- Ya veremos - repuso mi madre, sin dar su brazo a torcer, algo que no me preocupó demasiado, porque a ella sí sé ganármela.

- Pero, ¿cuándo es la boda exactamente?

- El último fin de semana.

- Podrían habernos avisado con más antelación - protestó mi padre.

- Cosas de tu ahijado, que prefería esperar hasta después del parto. ¡Qué necios son los hombres! Menos mal que su novia tiene más sentido común y lo ha convencido para que sea antes, como es lógico. Hasta la semana pasada no lo decidieron.

- ¿Y por qué han tardado tanto en llamarnos?

- ¡Cómo eres! Estaban a la espera de encontrar restaurante y, por lo visto, todos andan a tope, con una lista de año y medio o más... Pueden celebrar el banquete gracias a que una pareja canceló, anteayer, su reserva.

- Todavía queda gente sensata en el mundo - comentó mi padre sonriendo, sin que mi madre le secundase -. Por lo menos, será en sábado, ¿no?

- No, el domingo... El restaurante, ya sabes.

- ¡Qué putada! - exclamó, verdaderamente enfadado -. Tendré que pedir permiso en la oficina y perder un día de vacaciones. Después de la boda, no puedo pegarme toda la noche conduciendo.

- ¡Oye! - repuso mi madre a la defensiva -. Que Rodolfito es hijo de tu hermana, no de la mía.

- Vale, vale, no hace falta que me lo recuerdes - replicó, todavía molesto.

Ahí acabó la conversación, pero, durante la cena, los preparativos volvieron a salir. Que si qué ropa te pondrás, que si cuánto dinero es lo adecuado regalar para quedar bien, etc.

Yo estaba más aburrido que un pez de colores en mi hucha, cuando mi madre me abrió el camino al cielo. Llevaba un rato intentando animar a mi padre y, de ahí, su sugerencia.

- Si salimos de aquí el sábado de madrugada, podemos hacer un alto en casa de tu tía y dormir allí. Ella estará encantada, porque así la llevamos nosotros a la boda y tú sólo tendrás que conducir un par de horas el domingo.

- No está mal. De paso, el domingo también dormimos allí... Buena idea.

Durante unos segundos, sólo me fijé en lo evidente, es decir, en que pretendían ahorrarse un par de noches de hotel. Menos mal que, luego, se me encendió la bombilla.

Ese mismo fin de semana tenía lugar en Burgos la Olimpiada Nacional de Química, donde, como recordarás, Luna también participaba, y, por una coincidencia fabulosa, la tía de mi padre vive en Burgos. ¿A que estaba claro qué debía hacer?

- Ahora que lo pienso - comenté con suavidad -, ya que pasáis por Burgos, podéis dejarme allí.

- Pero, ¿qué dices? ¿No eras tú el que no quería ir?

- No papá, no. Me refería a la boda, pero allí vive un chico con el que hice gran amistad en la Olimpiada.

- ¿No era en Madrid?

- Ése es otro. ¿No te acuerdas de uno que era muy bueno en Física? - improvisé sobre la marcha -. Siempre estaba diciéndome que pasara a visitarle, pero nunca pensé que podría hacerlo.

- ¿Y dónde dormirás? - preguntó mi padre, preocupado por la cuestión monetaria.

- Tienen habitación de invitados - respondí, sabiendo que eso impresionaría a mi madre.

Luego, me enrollé un rato aprovechando los recuerdos de una charla con Sara y les hablé de la catedral, el monasterio de los reyes, etc. Cuando ya creía que los tenía convencidos, surgió una nueva barrera que casi tira por tierra todos mis esfuerzos.

- Pero, tendrías que regresar con nosotros el lunes y perderías varias clases.

- Tampoco pasa nada, ese día vamos de visita a la potabilizadora y sólo tendremos clase las dos primeras horas. Cualquier compa me pasará los apuntes.

¿Quién ha dicho que deba decirse la verdad a los padres?

¿Qué puedo decirte de la canción correspondiente a este capítulo? ¡Es tan bonita y romántica!

Habla de dos jóvenes que se conocen durante las vacaciones y, después, se tienen que separar, porque viven en distintas ciudades. La pareja mantiene su amor gracias a sus cartas, siempre selladas con un beso.

¿Te suena, verdad?

American woman (Guess Who)

Doy fe de que, durante el viaje a Burgos, mi padre no pasó de los cien ni una sola vez. Tampoco es que nuestro cacharro, a quien sólo un espíritu caritativo podría llamar coche, pueda alcanzar los doscientos, pero, al menos, sí los ciento veinte por autopista. En resumen, el paseito se me hizo interminable.

Aproveché los centenares de kilómetros de autopista para tumbarme en el asiento de atrás e intentar dormir algo, porque las madrugadas no me sientan muy bien. Los tiempos muertos los dedicaba a imaginar la cara que pondría Luna cuando me viese (y otras cosas que me callo, lógicamente).

Como puedes deducir por lo anterior, mi presencia en Burgos sería una sorpresa total para ella, porque había guardado un secreto absoluto sobre mi viaje, en nuestras charlas cibernéticas.

Tomamos un plato combinado en un área de servicio y aproveché para simular llamar a mi presunto amigo. Llegamos a casa de la tía de mi padre pasadas las tres y, después de los besos y apretujones de rigor y una visita al lavabo para adecentarme un poco, me largué nada más que pude.

- ¿Tan pronto te vas?

- He quedado con mi amigo, en el pórtico de la catedral, entre cuatro y cinco. No quiero hacerle esperar.

- Dale recuerdos de mi parte - dijo mi madre. ¡Cómo si ella lo conociese!

- Sin falta, mamá... Pasadlo bien en la boda.

- Telefonéanos cuando encuentres a tu amigo.

- Mamá, que ya soy mayorcito.

- Déjalo, que tiene razón - señaló mi padre, harto de escuchar la misma tabarra de siempre -. Además, me voy a tumbar un rato la siesta, que estoy agotado, y no quiero que me despierte el timbre del teléfono.

- Bueno - consintió finalmente mi madre -, pero mándame un mensaje... y, si tienes algún problema, avisa sin falta, que tendré el móvil siempre conectado... ¿Llevas cargado el tuyo?

- Claro, no te preocupes. He mirado la batería antes de salir. Adiós... Disfrutad con el banquete.

- Cuídate mucho, hijo mío.

- Y, sobre todo, no te duermas el lunes, que saldremos pronto - añadió mi padre.

- A primera hora estaré aquí, no os preocupéis.

Había un detalle que me preocupaba. Aunque había ahorrado cuanto había podido y mis padres me soltaron la suficiente pasta como para invitar a mi amigo a veinte pizzas, la verdad es que no tenía ni repajolera idea de lo que podía costar una habitación de hotel. Confiaba en que Sara me buscara algún sitio barato.

Nada más abandonar la casa de la tía de mi padre, llamé por teléfono a Sara, pero ni en su móvil ni en su casa respondió nadie. Poco después, me topé con una caseta de turismo y me dieron un plano de Burgos, en el que localicé la calle donde vive. Caía cerca de donde me encontraba, así que me pasé por allí y pulsé el portero automático. De nuevo, obtuve la llamada por respuesta.

Pensé que, al menos por la noche, habría alguien y, para hacer tiempo, emprendí un recorrido turístico por Burgos. Sabía que disponía de un par de horas de tranquilidad absoluta, gracias a la siesta de mi padre, por lo que me acerqué hasta la catedral, para echarle un vistazo... por si, a la vuelta, mi madre me preguntaba sobre ella.

Al poco de salir, di con mis huesos en una avenida preciosa, donde paseaba la gente, aprovechando la cálida tarde. Caminé distraído, hasta que mis ojos se fueron tras dos chicas que conversaban, unos metros delante de mí, vestidas con unas minifaldas de infarto. ¡Maravillosa sea la primavera! Me deleité siguiéndolas, admirando sus piernas y sus esculturales figuras. Se sentaron en la terraza de una cafetería y, entonces, me llevé la sorpresa de mi vida.

Eran Luna y Sara.

Me abalancé sobre ellas y me dieron tal recibimiento que estuve a punto de volver a casa y regresar otra vez a Burgos, sólo para que se repitiese.

- ¿Qué haces aquí?

- ¿Y eso qué importa? Estás *beautiful*.

- Tú tampoco estás nada mal.

- Venga parejita, que ya tendréis tiempo para estar a solas - nos interrumpió Sara, sonriente -. Ahora cuéntanos, ¿a qué debemos tu grata presencia?

Les puse al corriente de mi estratagema y las dos me felicitaron por mi ingenio y agudeza.

- He ido a tu casa y nadie ha contestado - le dije a Sara, cuando concluí mi relato.

- Claro. Quería tener vía libre y los he convencido para que se fuesen a la playa.

- ¿Así de fácil? - pregunté atónito. Para mí es una labor de titanes que mis padres se larguen y dejen el piso a mi entera disposición.

- Simplemente les he recordado que podían cogerse un moscoso y que, ahora, los hoteles están en temporada baja... Es cuestión de saber manejarlos... Por cierto, ¿no le preguntas por la Olimpiada? La primera sesión ha sido esta mañana.

¿En qué estaría yo pensando? Bueno, no necesitarás que te lo detalle, ¿verdad?

- Pensaba hacerlo más tarde - respondí, intentando salir del aprieto, aunque estoy seguro de que no las engañé -. ¿Qué tal te ha ido?

- Bastante bien. Si mañana va igual, es muy posible que saque medalla.

- ¿Qué os han preguntado?

Haré un breve salto, porque no me apetece ponerme a hablar de Química, que no es lo mío. Si te interesa el tema, busca por Internet y encontrarás alguna dirección donde aparezcan los ejercicios.

- No es por incordiar - comenté, cuando Luna terminó de hablar del examen -, pero mis padres creen que estoy con un amigo y, si por un casual salen de paseo y me ven con vosotras, les puede dar un ataque. ¿Hay algún sitio donde podamos ocultarnos? ... Además, Sara, ¿sabes de algún hotel donde pueda pasar estas dos noches?

- ¿Eres tonto o tonto? Te vienes a mi casa, naturalmente.

- ¡Qué! ¿Los dos solos?

- ¿No me digas que te asusto? - replicó divertida, al ver mi expresión -. Parece como si me tuvieses miedo. ¿Acaso temes a una jovencita indefensa?

A todo esto, Luna permanecía callada, aunque sus ojos chispeantes me indicaban lo bien que se lo estaba pasando... Y yo, más desconcertado que un integrista en una fiesta de fin de curso.

- De ti se pueden decir muchas cosas... guapa, inteligente, simpática... pero te aseguro que lo de indefensa nunca habría pasado por mi cabeza.

- Mejor no te pregunto qué otras cosas podrías decir, no sea que se te suelte la lengua - sonrió contenta -. De todas formas, mi invitación es completamente inocente... Nunca sería de otro tipo, y menos delante de nuestra común amiga. Ella también estará con nosotros.

- ¿Y la Olimpiada? - me dirigí a Luna -. ¿No tienes que ir a la residencia?

- Como no han conseguido un sitio bastante grande, han repartido a la gente entre un colegio menor y un hotel, que es donde me alojo yo. Tiene cuatro estrellas, así que imagina. Esta noche he dormido allí, pero, como Sara se ha empeñado, ya le he dicho a mi compañera de habitación que disponga libremente de mi cama, tanto esta noche como la siguiente.

Abreviando, terminamos nuestras consumiciones y fuimos paseando hasta casa de Sara. Un señor piso, sí señor.

- La idea era que Luna dormiría en mi habitación, en la cama que hay bajo la mía - comentó nuestra anfitriona -. Ahora bien, tu llegada ofrece nuevas alternativas.

- ¿Cuáles? - pregunté, sumamente interesado.

- Tú, Pablo, puedes dormir en el sofá.

- ¿Y qué otras opciones hay? - señalé, ante su sugerente silencio.

- La cama de mis padres está libre, si la queréis.

Aquello era demasiado bonito para ser cierto. Miré a Luna y ella me devolvió la mirada con una sonrisa... ¿Imaginas lo que dijo? ... ¿Sí? ... Pues yo no.

- Seguimos con el plan inicial - afirmó, sin la menor vacilación -. Pablo dormirá en el sofá.

Hice de trizas corazón y puse la mejor cara que pude. Me consolé pensando que peor podría haber sido la cosa... Ni me había caído un rayo, ni unos yonquis me habían cosido a navajazos, ni ... (pon tú lo que quieras)

- Hablando de planes, Sara - comenté, con ganas de abandonar un tema tan poco gratificante -. ¿Qué programa sugieres para esta noche?

- De la cena me encargo yo. Una buena ensalada y una pizza gigante, especialidad de la casa. ¿Algo que objetar?

- El menú es perfecto.

- ¿Y dónde iremos luego? - pregunté curioso.

- Nada de salir esta noche - afirmó Sara, tajante -. La velada será aquí sentados... ¿Hay algo mejor que una buena charla con una excelente pareja de amigos?

- Yo opino lo mismo.

- Y yo.

- Entonces, por unanimidad, nos enclaustraremos aquí - declaró Luna, sonriendo -. ¿Vamos a ponernos cómodas?

- Sí, ahora mismo.

- Pero, si estáis de miedo así - protesté, simulando estar enfadado -. ¡Qué sádicas sois! ¿Por qué queréis quitarle a este pobre hombre sus goces visuales?

- Porque te voy a preparar los culinarios y, en cuanto a Luna, ella sabrá... Tú quédate aquí y no revuelvas mucho.

Cuando regresaron las chicas junto a mí, vestían unos chandals que no les quedaban nada mal... aunque, sin lugar a dudas, las prefería con las minis de antes.

*¿Por qué he metido esta canción como título del capítulo, si no pega para nada?
Sencillamente, porque me gusta. ¡Todo un number one!*

El nombre del grupo es bastante curioso. Para darlos a conocer en USA, ya que eran canadienses, su compañía discográfica montó una campaña de publicidad con el lema “Adivina quien”, refiriéndose a los desconocidos músicos. Tuvo tal éxito esa campaña, que el grupo acabó adoptando, como nombre, el propio lema publicitario, que, como ya sabrás, en inglés se dice “Guess Who”.

Ain't no sunshine (Al Jarreau)

Como no era cuestión de dejar sola a Sara en la cocina, nos metimos los tres a preparar la cena. Bueno, en realidad yo prefería hacer otra cosa, pero, como Luna no estaba por la labor, me tocó ejercer de pinche, porque se supone que un manazas no puede causar mucho estropicio si sigue al pie de la letra las órdenes... Aún así, tiré la sal, rompí un vaso y me hice dos pequeños cortes al practicarle la autopsia a la lechuga.

- Lárgate antes de que provoques un incendio - me ordenó Luna, autoritaria -. Nosotras acabaremos, pero te tocará a ti recoger la mesa y fregar. ¿Entendido?

- Sí, *bwana*.

Pasé un rato admirando la colección de cedés de los padres de Sara, hasta que las chicas vinieron a hacerme compañía. Estuvimos charlando un rato y paramos cuando el horno avisó que la pizza ya estaba a punto. Ayudé a poner la mesa, sin romper nada, y dimos buena cuenta de la ensalada. Luego, nuestra amable anfitriona sacó su obra de arte culinaria.

- Está imponente - la felicité -. Si sabe sólo la mitad de lo que aparenta, estará de rechupete.

- Habría que hacerle una foto de recuerdo. Te ha quedado magnífica.

- Gracias. Además, tengo una cámara nueva. Le hacemos una fotografía a la pizza y, después, gastamos el carrete con nosotros. ¿Os parece?

- Genial.

- Pues voy a por ella.

Regresó un minuto después, con una cámara reluciente. Me la pasó para que las fotografiase a las dos juntas.

- ¡Oye! Tiene unas pintas magníficas - le dije, después de admirarla con actitud profesional, aunque toda mi experiencia con ellas se limita a pulsar el botón.

- Encima, me ha salido gratis.

- ¿No me digas?

- Sí. Una cadena de tiendas de fotografía lanzó una promoción que cambiaba, sin cupones ni sorteos, cualquier vieja cámara por una nueva, completamente gratis. La mujer que vino por casa, tocó nuestro timbre como podía haber elegido cualquier otro.

- ¡Qué casualidad! - exclamó Luna -. A mí me sucedió lo mismo. Le emplumé una cámara que le habían regalado a mi padre, con unos fascículos, y me la cambió por una casi idéntica a la tuya.

- Para que luego digan que no existen las coincidencias - comentó Sara, antes de dedicarse a partir en doce sectores su obra maestra.

Unas negras nubes cruzaron por mi cabeza y no pude disfrutar de la excelente pizza. Al menos, tuve el detalle de contenerme hasta que ellas la hicieron desaparecer.

- ¿No te ha gustado? - me preguntó Sara, intranquila -. Apenas has comido un par de trozos.

- Es que no tenía mucha hambre, pero estaba buenísima, de verdad.

- ¿Qué te pasa? - se interesó Luna, preocupada -. ¿Te encuentras mal? No veas la cara que se te ha puesto.

- No, no, estoy bien... Aunque no puedo negar que ando un tanto quemado.

- ¿Por qué? ¿No me digas que es por tus padres?

- ¡Ojala fuese eso! ... ¿Os habéis molestado en calcular la probabilidad de que dos personas, en distintas ciudades, ganen un mismo premio?

- Minúscula - contestó Luna, sin entender mi desasosiego -. Esa es, precisamente, la gracia del azar. También lo toca a alguien la primitiva.

- Me temo que esto es muchísimo más improbable... Tanto que, en mi opinión, no ha intervenido el azar.

- No entiendo nada - intervino Sara, desconcertada -. ¿Se puede saber a dónde quieres llegar?

- Enseguida lo entenderás. Descríbeme a la mujer que vino aquí, con lo de la promoción.

- Espera que haga memoria... Seguro que era morena, más baja que yo, con un moño que le sentaba como un tiro y rondando los treinta y muchos. Yo diría que era más bien normalucha... ¿Te basta con eso?

- Quizá. ¿Y la tuya Luna?

- Muy similar, aunque el pelo lo llevaba suelto.

- ¿Qué opináis ahora, chicas? ¿Os parece posible que os eligiese al azar la misma mujer en ciudades distintas?

- No puedes estar seguro de que se trate de la misma.

- Desde luego que no, pero estoy convencido.

Hubo un intercambio de miradas y el nerviosismo flotó en el ambiente. Luna fue la primera en hablar.

- Oye, me estás asustando de verdad... ¿Insinúas que puede tener algo que ver con la mujer de Tarazona?

- Te contestaré con otra pregunta. Estamos en casa de la otra supuesta afortunada en un extraño sorteo. ¿Qué teníais en común antes de este fin de semana?

- Si querías fastidiarme, porque la pizza no te ha gustado, lo estás consiguiendo - bromeó Sara, intentando rebajar la tensión -. Tengo las piernas temblando.

- Lo siento, pero me parece que el asunto es grave. Creo que se trata de la misma mujer.

- No puede ser la del coche - afirmó Luna -. La habría reconocido.

- ¿Con la noche que hacía? Recuerda que llovía y el callejón estaba a oscuras.

- ¿Y cómo averiguó nuestras direcciones? - preguntó Sara, alterada.

- No lo sé, aunque se me ocurren dos posibilidades - contesté, metido en mi papel de detective -. La primera es de sentido común. La lista de participantes en la Olimpiada no es muy difícil de conseguir, ¡si hasta está en Internet!, y, como no había muchas chicas participando, resulta sencillo localizaros. Sólo es cuestión de invertir algo de tiempo.

- ¿Y la segunda posibilidad?

- ¿Olvidas que entró en vuestra habitación?

- ¡Te odio! - mintió Luna -. Tienes respuesta para todo... ¡Y yo que me la había quitado de la cabeza!

- ¡Pues anda que yo! - exclamó Sara, nerviosa -. Tardé más de una semana en volver a dormir toda la noche de un tirón.

- ¿Crees que nos estará vigilando? - me dijo Luna.

- Es bastante probable.

La retahíla de tacos que soltamos los tres fue de antología, a cuál más bestia. A continuación, bajamos todas las persianas y echamos el cerrojo a la puerta.

- Ya que eres tan listo, ¿qué buscaba esa tipa en mi bolso?

- Eso lo puedo responder yo - intervino Luna, más tranquila -. Tu cámara de fotos.

- ¡Si no la llevé a Tarazona! - exclamó estupefacta.

- La tuya no, en efecto, pero recuerda que, en nuestra excursión, te apoderaste de la cámara digital del Gates.

- ¿Y qué?

- En algún momento, fotografiaste a la mujer y...

- No necesariamente a ella - la interrumpí -, puede tratarse de otra persona. De hecho, me inclino por esa opción, porque, luego, ella se ha mostrado a la luz del día.

- ¿Y cómo supo que era yo? Había muchas más chicas en la Olimpiada.

- No con tu llamativo chubasquero amarillo - le aclaré, con una sonrisa -. Como es comprensible, se equivocó y pensó que tú eras la dueña de la cámara.

- Por eso lo del bolso y lo de entrar en nuestra habitación.

- Claro, buscaba el carrete - afirmé, sin el menor titubeo.

- Entonces, seguro que ella puso aquel buzón en miniatura para intentar recuperar los negativos. Ya me extrañaba a mí que el cartel estuviera escrito a mano.

- Es lo más probable - comentó Luna -. No se le ocurrió que la cámara podía ser digital.

- Hay algo que no entiendo - dijo Sara, algo después -. Si nos vigilaba, advertiría que los seis íbamos siempre juntos. ¿Por qué no aprovechó la entrega de premios para revisar a fondo vuestras habitaciones?

- Ni idea - respondí -. Quizá no nos vio juntos o no tuvo tiempo de averiguar nuestros nombres. Además, supongo que confiaba en que la recogida de carretes podía darle resultado.

- En resumen, si yo no hubiese monopolizado la cámara no nos habríamos visto en este lío.

- Imagino que no, aunque es una tontería divagar sobre el pasado.

- ¡Si te oyese mi profe de Historia!

- Pasemos a lo práctico - señaló Luna, con buen sentido -. ¿Qué hacemos ahora?

- Yo miraría las fotos de Tarazona. Existe la posibilidad de que descubramos algo que se nos haya pasado por alto.

- Tienes razón, Pablo. Sabiendo qué andamos buscando, resultará más sencillo encontrarlo.

Pasamos a la habitación de Sara. No estaba mal, aunque yo habría quitado el póster del guaperas. Encendió el ordenador y nos sentamos a su lado, para ver las imágenes. Yo esperaba que, enseguida, localizaríamos lo que nos interesaba, fuese lo que fuese, pero el primer pase no dio ningún fruto.

- Yo no he visto nada - comentó Sara, apagada -. ¿Y vosotros?

- Sólo una cosa - respondí.

- ¿Cuál? - me preguntó rápidamente.

- Que el Gates sale en la tira.

¡Logré un éxito rotundo! Conseguí ruborizarla.

- Vayamos de una en una - acudió Luna en su auxilio -. Si las examinamos con detenimiento, igual no se nos pasa esta vez.

Repetimos el visionado.

- Me rindo - comentó Sara, cuando concluyó -. No hay nada en ninguna.

- Pues yo creo que sí hay una cosa.

- ¿No volverás con lo antes, Pablo?

- No. Me refiero al tipo de la verruga o la peca en la oreja, el del parking... Desde luego, sólo a ti se te puede ocurrir elegir ese paisaje para fondo de una fotografía.

- Espera, la voy a seleccionar de nuevo - dijo Sara.

Dos segundos después, la imagen llenaba el monitor.

- ¿Y por qué crees que es él?

- Sólo por un razón, Luna. Es el único extraño al grupo.

- En dos o tres, también salen unas personas a lo lejos.

- Sí, pero están paseando, no semiocultas... Me juego el cuello a que ese tío es la causa de todos nuestros problemas.

- ¿Y por qué le preocupa tanto salir en una foto?

- Ni *flowers*. Quizá sea un millonario excéntrico o quizá estuviese con su amante y no quiere que su mujer se entere... ¡Quién sabe!

- Pues estamos como al principio - resumió Luna, cansada -. Con la certeza de que esa mujer nos persigue por media España y sin nada con lo que acudir a la poli, salvo el careto de ese tipo.

- No necesariamente - intervino Sara, que parecía más animada -. Resulta evidente que el dinero no es un problema para ella o él y puede ser que Pablo haya acertado por casualidad. A lo mejor es un millonario o alguien muy importante.

- ¿Dónde quieres llegar?

- Si descubrimos quien es, estoy segura de que algo habremos avanzado en la solución de este enigma. ¿No opinas lo mismo, Pablo?

- Puede ser - respondí ambiguo -. Pero, ¿cómo piensas averiguarlo?

- Metiéndome en Internet.

Tan lanzada la vi, que no puse la menor objeción. Estuvo navegando media hora, hasta que la interrumpí.

- Mira Sara. Si tu corazonada es cierta, es innegable que tú no lo vas a encontrar en Internet ni por casualidad. Nos hace falta un experto con urgencia. ¿Por qué no enviamos un emilio al Gates contándole todo? Si hay algo de ese tío por Internet, sólo él puede encontrarlo.

- Yo estoy de acuerdo con Pablo - comentó Luna -. Creo que es una buena idea.

- Entonces no hay más que hablar. Se lo escribimos ahora mismo.
 - No pluralices, guapa. Te cedemos ese honor.
 - ¿Y qué pongo?
 - ¿En serio quieres que te indique lo que debes decirle? - repliqué, con ironía.
- Por segunda vez, conseguí ruborizarla. ¡Soy genial!

Para ocultar su turbación, se volvió hacia el teclado y comenzó a aporrearlo. Mientras tanto, Luna y yo nos dedicamos a consolarnos mutuamente.

Después, regresamos al salón. La tensión volvía a mascarse en el aire, así que busqué algún tema para distraernos.

- Ya hemos visto las fotos digitales, pero prefiero las de siempre, las que puedes tocar con los dedos. ¿No tienes algún álbum?

- Decenas de ellos, ¿os interesa verlos?

- Claro que sí. Ve a buscarlos - contestó Luna, que, cuando Sara abandonó el salón, añadió: Eres un encanto, Pablo. ¿Me das un beso?

Sólo fue uno, pero valió por cien, y eso que nos detuvimos al oírla regresar. Vino cargada con un montón de álbumes. Instantes después, empezó el visionado comentado.

A pesar de mi afirmación anterior, lo cierto es que me aburre sobremanera ver fotos familiares, aunque intenté disimularlo. Sin embargo, me animé bastante con las de las últimas vacaciones. Sara lucía un bikini que quitaba el hipo.

- ¡Estás de miedo! - le dije sonriendo -. ¡Qué tipazo! Y vaya par de...

- Como digas una palabra más, te haré un nudo donde yo me sé - me interrumpió, más divertida que enfadada -. ¿Por qué será que los hombres siempre os fijáis en eso?

- Es que salta a la vista. Se te van los ojos detrás, sin poderlo remediar.

- Sigue así y seré yo quien te haga el nudo - me avisó Luna.

Opté por el silencio y, aunque me avergüence confesarlo, acabé quedándome frito en el sofá, supongo que debido al madrugón, mientras ellas seguían con las fotos.

Me desperté con los primeros rayos del sol, tapado con una manta.

La canción que da título al capítulo no llega a los dos minutos y, a pesar de ello, es una verdadera joya.

The locomotion (Little Eva)

Cuando sonó el despertador en la habitación de las chicas, todo fue a cámara rápida. No comprendo como pueden moverse con tanta velocidad nada más levantarse. Menos mal que yo llevaba un rato despierto.

- ¿Te duchas? - me preguntó Luna, después de darme los buenos días con un beso.

- Si es contigo, desde luego.

- ¿Ya tienes ganas de cachondeo a estas horas de la mañana? - rió divertida -. Lo digo porque Sara está en su baño y me ha dicho que utilicemos el de sus padres.

- ¡Qué detalle lo del plural!

- Deja de enredar, que tengo prisa. Debo lavarme la cabeza. ¿Quién va antes?

- Primero las damas.

Como premio a mi caballerosidad, me tocó preparar el desayuno. Por suerte, no hace falta ser un *cheff* para calentar unos vasos de leche en el microondas y abrir una caja de galletas.

Quince minutos después, Sara vino a acompañarme a la cocina.

- Buenos días - me saludó, mientras se agenciaba un tazón de leche y lo llenaba de cereales con miel -. ¿Qué tal has dormido?

- Muy bien.

- Caíste como un bebé - comentó sonriendo -. Como tus amigos averigüen que te quedaste frito, con dos hermosas chicas a tu lado, tu reputación quedará por los suelos.

No se me ocurrió ninguna salida ingeniosa, así que cambié de tema.

- ¿Has mirado el correo?

- No - contestó, disminuyendo bastante su animación.

- Podemos ir a verlo. Quizá el Gates haya encontrado algo.

- Bien - respondió, sin mucha convicción.

Al entrar en su cuarto, estuve a punto de pedirle la cámara para hacerle una foto y enseñársela después a mi madre, para que no me esté dando la vara con que soy un desorganizado y dejo las cosas tiradas de cualquier manera. Si me comparo con ellas, soy el orden personificado... Chandals más arrugados que Matusalén, ropa interior por el suelo, una bolsa de viaje desparramada encima de la cama... En fin, ¡para qué seguir!

Sara tuvo que apartar un zapato para sentarse en la silla. Mientras ella encendía el ordenata, localicé su pareja, que estaba en la otra punta de la habitación, como si se hubiesen peleado por la noche y hubiesen decidido divorciarse.

- No ha contestado - declaró desanimada.

- De donde se deduce que no lo ha leído, porque, en caso contrario, al menos nos habría enviado un recibido. Seguramente, a nuestro regreso ya tendremos noticias tuyas.

- ¿Y crees que encontrará algo en Internet?

- Confío en él.

Entonces, volvió Luna de la ducha.

- Ya veo que todavía no ha respondido.

Me enrollé un poco, alabando las habilidades del Gates, pero no conseguí engañar a Luna.

- Venga, Pablo... Deja de hacerte el remolón y lárgate, que me voy a vestir.

- ¿Por qué a ella la dejas quedarse y a mí no? - protesté, imitando a un crío de cinco años.

- Porque Sara se sienta cuando va al water.

- Si es por eso, yo también lo puedo hacer.

- De acuerdo, pues. Ve al water, siéntate y espera diez minutos. Luego, te dejaré quedarte.

A veces, hasta entiendo las indirectas. Ésa fue una de ellas.

Finalmente, las chicas estuvieron dispuestas y nos encaminamos hacia la puerta para acompañar a Luna a su segunda prueba de la Olimpiada.

- ¿Estamos guapas? - preguntó Sara.

- Preciosas, a pesar de que los vaqueros os sientan mucho peor que las minis. Os aseguro que todos los chicos me van a envidiar, cuando me vean aparecer al lado de dos bellezas tan deslumbrantes.

- Corta el rollo, que tenemos el tiempo justo para ir andando.

Como te acabo de indicar, llevábamos idea de alcanzar a patita la Universidad donde iba a tener lugar la prueba, ya que, aunque está en las afueras, no queda muy lejos de casa de Sara. Al no poder quitarme de la cabeza la conversación de la noche anterior, nada más llegar a la calle comencé a vigilar con disimulo a todo bicho viviente, ya fuese biológico o con cuatro ruedas, para comprobar que nadie nos seguía.

Poco antes de torcer la esquina, giré la cabeza y vi a alguien salir de un coche y dirigirse hacia el portal de Sara. No le di más importancia, pero, unos minutos después, volví a ver el mismo vehículo. La siguiente vez no pude aguantarme más.

- Sara, ¿alguno de tus vecinos tiene un cuatro por cuatro?

- Sí, el del tercero - contestó intrigada -. ¿Por qué?

- ¿Cómo es?

- Es un modelo de hace la tira de años. Enorme, parece un tanque.

- ¿Y conoces a alguien que tenga uno pequeño, negro y con unas rayas rojas en el lateral?

Me callé que, también, había creído ver una L, porque supuse que lo mío, con esa letra, era ya una obsesión y mantuve la boca cerrada.

- No me suena... ¿A qué viene este interrogatorio?

- Lo he visto parando frente a tu casa y, luego, un hombre se ha acercado hasta la puerta. Quizá sea simple coincidencia, es posible, pero ya lo he visto un par de veces a lo lejos.

- ¿Crees que nos está siguiendo?

- No desecharía esa posibilidad, ni mucho menos.

- Si es una broma, no tiene gracia - comentó Luna, completamente seria.

- Sabes que nunca enredaría con eso - repliqué tajante.

- Pues hubiera preferido que fuese una broma - se medio disculpó, con una sonrisa

-. Ahora estoy asustada... Muy asustada.

No iba a decirle que yo también, ¿verdad? Me puse mi disfraz de tipo duro.

- No os preocupéis... Aquí estoy yo.

¡Lo que logran unas carcajadas! Me transformaron de Bogart en Mortadelo.

- Acelerad el paso - sugirió Sara, abandonando la risa -. Cuanto antes lleguemos a la Universidad, mejor... Aunque no sé si podré, me tiemblan las piernas.

Durante un rato, caminamos a toda leche, sin dejar de mirar en todas direcciones constantemente en busca del cuatro por cuatro; sin embargo, se mantuvo *missing*.

Al coger la carretera, nos habíamos tranquilizado y aminoramos la marcha, pero, cuando llevábamos un buen trecho, volví la cabeza y lo vi girar en la curva, para enfilarse en nuestra dirección. Avisé a las chicas con un grito.

- ¿Qué hacemos? - preguntó Luna.

- Corramos.

- ¡Y una mierda! - exclamó Sara, irritada -. Se van a enterar. Voy a parar el coche que viene delante de ellos y les pediré que nos lleven a la poli.

¡Cualquiera le discutía nada! ... Además, la idea tampoco me parecía tan mala.

Sara, ni corta ni perezosa, se puso a emular a las heroínas de las pelis y se colocó en medio de la carretera. Como aquello era peligroso, la agarré del brazo y la aparté, sin darme cuenta de que, así, era yo quien quedaba en el asfalto.

Si puedo contarlo, es gracias a que funcionaron perfectamente los frenos del coche rojo, que precedía unos ciento cincuenta metros al cuatro por cuatro. El frenazo en seco produjo un chirrido que me heló la sangre.

Reaccioné enseguida y me dirigí hacia la puerta del conductor, mientras veía que Sara iba hacia la otra. Nos detuvimos nada más asomarnos a las ventanillas.

- ¡El de la mancha! - exclamé, sin dar crédito a lo que veían mis ojos.

- ¡La mujer! - gritó Sara, echando a correr.

Inmediatamente, Luna y yo la imitamos.

- Más rápido - chillé, al ver ponerse en marcha el coche rojo.

Aquello resultaba alucinante. Mira que detener a nuestros perseguidores para pedirles ayuda... ¡Qué idea más genial!

- Saltad la barandilla - ordenó Sara, espantada -. Seguidme.

¡Como si hiciera falta que nos lo dijera! Las callejuelas, que había unos metros más adelante, podían ofrecernos una vía de escape... Siempre que, a los del coche, se les ocurriese respetar las señales de tráfico, algo que estaba por ver.

Mientras mis pulmones se quejaban, no dejaba de pensar en el cuatro por cuatro. ¿Qué pintaba allí? ¿También estaban liados con nuestra pareja de perseguidores? ... Si era así, lo teníamos crudo.

Al cruzar por una esquina, apareció el bólido a toda leche y no me pilló por un pelo. ¡Vaya susto que me pegó! Por suerte, el conductor tuvo que maniobrar para dar la vuelta al coche y nos dio tiempo para seguir imitando las carreras de Santi.

- Corred, corred - les imploré a las chicas, que venían tras de mí.

- Me falta aire.

- No puedo más.

- Callad y no os paréis - les grité -. Dejad de comportaos como unas niñas.

La bronca pareció darles alas y se pusieron a mi altura. Entramos disparados por un callejón, justo cuando el coche enfiló en nuestra dirección. No sé si distinguí la cara del conductor o sólo la imaginé, pero creí ver una máscara de maldad que me asustó.

No es que tuviese miedo, no... Era puro pánico. Pánico en estado puro, sin la menor adulteración.

Si entonces no manché los calzoncillos, nunca lo haré.

- Para - me gritó Sara, a la que nuevamente había sacado unos metros de ventaja, cuando estaba a punto de girar hacia la izquierda -. Espera.

- ¿Qué pasa?

- Conozco esta zona. A la derecha hay un camino que va directo al...

- ¡Ahí están! - avisó Luna, con un chillido que se me clavó como un puñal.

No iba a ponerme a discutir, ¿verdad? Además, estábamos en su ciudad y confié en que supiese lo que hacía.

Tomé la delantera y le envié un emilio telepático de felicitación. Se divisaba, al fondo del callejón, una pequeña valla semidestrozada y, tras ella, el campo abierto. Por allí, no podría seguirnos el coche.

Me dejé caer, para recuperar el aliento, cuando pensé que les habíamos tomado suficiente ventaja. Las chicas hicieron lo mismo, instantes después.

- ¡Qué cerca nos ha andado! - comentó Luna, agarrándome la mano.

- Tranquila - intenté calmarla -. Han bajado del coche, pero dudo que nos sigan.

- ¡Menuda metedura de pata! - exclamó Sara, esbozando una sonrisa -. Hemos huido de la sartén para caer al fuego.

- Podía haber sido peor. Si no llegamos a salir al campo, nos habrían pillado.

- Odio el campo - declaré, moviendo la mano como si espantase mosquitos -. ¿No oís como zumban las avispas?

- ¿Eres tonto o tonto? - me soltó Sara, completamente asustada -. ¡Son balas!

¡Demonios! La cosa iba en serio... Y no me gustó mucho averiguarlo.

- Agachaos y corred hacia ese montículo de piedras.

No tuve que repetirlo. Seguro que batimos el récord mundial de campo a través... a cuatro patas.

- ¿Nos persiguen? - preguntó Luna, cuando alcanzamos nuestro refugio.

- No - contesté, después de asomar el morro -. Se largan.

- Te quiero - dijo, inmediatamente antes de comenzar a besarme.

Aunque te parezca mentira no tardé ni dos segundos en separarme de ella... No, no pienses que no me gustaba, ni mucho menos, ni que pensaba en que Luna llegaría tarde a la Olimpiada, algo que tenía más que olvidado. Si abandoné sus labios, fue a causa del agudo grito de Sara.

- ¡El cuatro por cuatro!

En efecto, cruzando por una loma surgía su tenebrosa figura.

- ¿Qué hacemos?

No podíamos regresar por donde habíamos venido, ya que cabía la posibilidad de que los del coche rojo siguiesen por allí. Tras reflexionar un segundo, echamos a correr por el hueco del medio.

Si fuese nuestra primera huida, quizá hubiésemos escapado, aunque lo dudo. Sin embargo, estábamos agotados por la fuga anterior y nuestra velocidad disminuyó tras las aceleradas zancadas iniciales, fruto del miedo.

Para colmo, Sara metió la pata en un hoyo y se pegó un tortazo genial. A pesar de que el cuerpo me pedía otra cosa, me detuve y retrocedí a su lado, junto a Luna. En los escasos segundos que tardó en llegar el cuatro por cuatro a nuestra altura, puse en funcionamiento la sesera para intentar encontrar alguna escapatoria que nos permitiese eludir el lío en que estábamos metidos.

No la encontré.

El vehículo frenó bruscamente y, cuando se abrió la puerta y asomó el conductor, me llevé una de las sorpresas más grandes de mi vida... Era el Gates.

Tranqui, que debo dedicar unas líneas a la canción que encabeza este capítulo. Un poquito de paciencia, please.

¿Conoces a Carole King? Es una artista que comenzó componiendo a principios de los sesenta (hasta los Beatles cantaron una canción suya) y alcanzó el triunfo en 1971 con el álbum "Tapestry", que estuvo casi trescientas semanas en las listas de más vendidos.

En cuanto a la canción que da título al capítulo, Carole King la compuso en una tarde. Estaba, por allí, la canguro de su hija y le dijo que la cantase. Tanto le gustó que convenció a su discográfica para que grabase a la canguro, que tenía, entonces, sólo dieciséis años. El disco fue un boom total y alcanzó el número uno en USA.

Lovin' you (Minnie Riperton)

- ¿Qué demonios hacéis? - nos saludó -. ¿Queréis subir de una maldita vez?

Obedecemos sin rechistar, aunque, nada más tomar asiento, comenzamos con el bombardeo de preguntas a tres voces. Como no tengo ni idea de qué técnica debo seguir para transcribir el múltiple diálogo, lo haré en plan secuencial. Además, tampoco tengo muy claro quien hacía cada pregunta, porque en ocasiones se repetían y no estaba yo para controlar quien movía la boca en cada momento, así que también me ahorraré los comentarios.

- ¿Qué haces tú aquí?

- Recibí vuestro mensaje y vine enseguida - respondió después de pegar un brusco acelerón, que nos pegó a nuestros asientos.

- ¿De dónde has sacado el carruaje?

- Regalo de mi padre, por alcanzar la mayoría de edad - contestó, entre orgulloso y avergonzado por la pasada -. Me saqué el carné de conducir a la vuelta de Tarazona.

- ¿Has pasado antes por casa de Sara?

- Suponía que todavía estaríais allí, pero, al comprobar que nadie respondía en el piso, he salido a buscaros.

- ¿Y cómo nos has encontrado? Burgos no es un pueblo.

- He cogido el camino hacia la Universidad, porque daba por seguro que estaríais allí sin falta, y os he visto a lo lejos.

- ¿Y cómo sabías el horario? ¿También por Internet? - esta pregunta sí recuerdo que fue mía.

- ¿Todavía no sabes que existen los teléfonos? Simplemente, he llamado y me lo han dicho.

- ¿Has visto a los del coche rojo?

- Claro... y me he asustado bastante al ver como salías pitando. He imaginado que andabais en un buen apuro, pero me he liado con las calles y, por eso, no he llegado antes. Eran el Peca y su amante, ¿verdad?

- ¿Quiénes son éstos?

- ¿Todavía no lo sabéis? ... Luego os lo cuento. Ahora tenemos el tiempo justo.

- ¿Por qué? ¿Dónde vas por aquí?

- A la Universidad. Recuerda que Luna tiene un examen.

- ¿Y si está allí la pareja?

- Imposible. No se atreverán a hacer nada delante de tanta gente.

- No me encuentro con ánimo para hacer exámenes - declaró Luna, desmoralizada -. Todavía me dura el susto.

- Lo comprendo - le dije, cariñoso.

- ¡Y un virus agusanado! - replicó el Gates -. Si no sacas una medalla, después de hacerme venir a toda leche emulando al séptimo de caballería, te aseguro que no vuelvo a dirigirte la palabra.

- No es una idea tan descabellada - comentó Sara -. Allí estarás segura y, mientras tú estás dentro, podremos descansar un poco, que falta nos hace.

- Está bien - asintió finalmente, después de consultarme con la mirada -. Haré lo que pueda.

Cinco minutos más tarde, el Gates frenaba a la entrada de la Universidad. Antes de bajarnos, le di un beso a Luna y, al volverme, ¿sabes lo que vi? ... Por una vez, te equivocas; no se trataba del coche rojo. Eran el Gates y Sara amorrados.

Mis toses burlonas lograron interrumpirlos y ella se puso como un tomate. Estaba volviéndome un consumado especialista.

Nos apeamos, las dos chicas y yo, porque el conductor novato se fue a aparcar, y, nada más pisar el suelo, me dediqué a pasarle la mano por el trasero a Luna.

- ¿Se puede saber qué estás haciendo? - exclamó sorprendida.

- No querrás ir al examen llena de hierbajos, ¿verdad?

¿A que también soy bueno inventando excusas?

Entramos y nos dirigimos directamente a la cafetería, donde habíamos quedado con el Gates. Las chicas fueron al baño, como siempre de dos en dos, y me quedé allí solito. Regresaron las chicas y el Gates sin aparecer. Estaba a punto de comenzar la prueba y ya empezábamos a preocuparnos en serio, cuando se dejó ver en la puerta.

- ¿Qué te ha pasado?

- ¿Por qué has tardado tanto?

- ¿Otra vez la pareja?

- ¿No os lo he dicho antes? Sólo hace diez días que tengo el coche y aparcar no se me da muy bien - nos respondió a los tres simultáneamente.

Después, acompañamos a Luna hasta la entrada al examen y, luego, volvimos a la cafetería, para esperarla.

- Ahora - le dije al Gates -, ¿quieres explicarnos lo de esos dos?

- ¿Pero no leéis los periódicos?

- Sin comentarios - contesté.

- Y yo me acojo a la quinta enmienda - rió Sara, mucho más alegre desde que había aparecido el Gates por Burgos.

- Está bien - sonrió -. El Peca, que así le apodan a causa de la que lleva en la oreja...

- Hoy ya no la llevaba - le interrumpí, recordando la cara del coche.

- Se la habrá quitado, no me extraña. Era una marca inconfundible - comentó, sin darle mayor importancia -. Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

- Bueno, sigue que estamos *in white*.

- Según la policía, el Peca es un traficante de drogas al por mayor.

- ¡No fastidies! ¿Seguro?

Como puedes imaginar, dije otra cosa, pero no quiero romper mi consigna de tacos fuera.

- Claro. Iba a ser juzgado por narcotraficante, pero logró la libertad bajo fianza, desconozco gracias a qué medios. Unos días antes de nuestra estancia en Tarazona, su coche cayó por un precipicio y falleció.

- ¡No puede ser! Si está vivito y coleando.

- En efecto. Por tanto, podemos deducir que el cadáver, encontrado por la policía, era de otra persona.

- ¿Cómo es posible? - pregunté desconcertado -. No puede haber comprado a toda la poli.

- Desde luego que no. El cuerpo estaba calcinado, porque el coche estalló. Para su identificación, acudieron al procedimiento habitual en estos casos: radiografías dentales.

- ¿Y?

- Pues que, seguramente, las sustituyeron en la consulta de su dentista... salvo que os haya perseguido un fantasma.

- Muy gracioso. ¿Y cómo pudieron hacer eso?

- ¿Cómo quieres que lo sepa? O el fallecido iba al mismo dentista o pillaron un tío cualquiera, le hicieron las radiografías de la boca en otro sitio y, luego, lo asesinaron.

- No seas tan mal pensado - intervino Sara, asustada por el cariz que tomaba la conversación -. A lo mejor era un cadáver del depósito.

- Me sorprendería. Si el Peca quería mantener el engaño, no creo que contase con nadie de su banda, para evitar que alguien se fuese de la lengua. Sería poco prudente, por su parte, robar un muerto. Me inclino por las otras hipótesis.

- Y ése es de los que no se andan con chiquitas. Ten presente las balas que nos han disparado.

- No sigas animándome, Pablo - replicó irónica -. Mantén la boca calladita.

- ¿Y la mujer? - pregunté, sin hacerle caso.

- Es la amante del Peca. Supuestamente, viajaba también en el coche accidentado, pero no se encontró su cuerpo... Como hay un río al fondo del precipicio, se pensaba que su cadáver fue arrastrado por las aguas.

- Veamos si lo he comprendido todo. El Peca simula su muerte para escapar de la justicia, supongo que para disfrutar de los millones que tendrá escondidos, y, por casualidad, Sara le hace una foto durante la excursión a Veruela. ¿Voy bien?

- Perfecto.

- Y, como tenemos la prueba de su engaño, andan tras nosotros. Antes sólo buscaban el carrete, pero, ahora, ya saben que existimos y que los hemos reconocido... ¡Lo tenemos crudo!

- Te agradecería que no me asustases tanto - protestó Sara, impresionada -. Me vas a obligar a ir al water y no quiero estar sola. ¿Qué hacemos?

- ¡Y yo qué sé! - respondí, abriendo los brazos.

- ¿Avisamos ya a la policía?

No tuve que pensarlo mucho.

- Yo no lo haría.

- ¿Por qué?

- Porque es posible que detuviesen al Peca y a la mujer, no lo niego, pero sabrían con certeza que nosotros les habríamos delatado, aunque nos limitásemos a hacer una llamada anónima.

- ¿Y qué? Estarían en la cárcel.

- Quizá... Sin embargo, los hombres de su banda seguirían en la calle... ¿Qué crees que ese hombre les mandaría hacer con nosotros? ... Prefiero no imaginarlo.

- Pienso lo mismo que Pablo - declaró el Gates, tras un segundo de reflexión.

- Pues estamos metidos en un buen follón - afirmó Sara, bastante atemorizada -. Menos mal que estamos juntos.

- Ya se nos ocurrirá algo - comenté, sin mucho énfasis.

- De todas formas, siempre es conveniente comprobar todo - dijo el Gates -. Tengo sus fotos y resúmenes de prensa en el disco duro. Me gustaría que les echaseis un vistazo.

Sacó su superordenata y lo manejó con su destreza habitual. Instantes después, teníamos el primer documento en el monitor.

- Es él - aseguré, sin la menor vacilación.

- Ella es la del coche rojo - confirmó Sara - y la misma que estuvo en casa y me cambió la cámara de fotos que...

- ¿De qué hablas? - la interrumpió el Gates, desconcertado.

Por lo visto, ese detalle lo habíamos omitido en el emilio que le enviamos, así que remediamos el descuido.

- Buena deducción - nos felicitó -. Lo mejor del caso es que, en Tarazona, yo ya conocía por la prensa y la tele lo de la presunta muerte del Peca, pero no se me ocurrió pensar en él, cuando comentamos la fotografía del aparcamiento.

- ¡Quién iba a imaginarse eso! - le animó Sara, cariñosa.

El resto del tiempo, hasta que terminó Luna su prueba, lo pasamos hablando de cosas sin importancia: qué muerte es más rápida e indolora, qué tortura aguantaríamos menos, qué nos gustaría que se dijera en nuestro funeral, etc. Al menos, nos reímos con tantas chorradas como fuimos pariendo.

Estábamos en medio de unas carcajadas, cuando divisé a Luna a la entrada de la cafetería.

- ¿Qué tal te ha ido? - le pregunté, saliendo a su encuentro

- Pasable. Hoy no era mi mejor día para hacer un examen.

La consolé con un tierno beso y fuimos hacia la mesa. Se repitió la pregunta y la respuesta.

- Pues espera a enterarte de todo - comentó Sara, todavía sonriente.

- ¿Qué es lo que pasa? - dijo, desconcertada por la expresión de su amiga.

Se lo conté sin ahorrar detalle, aunque eludí los comentarios sobre el peligro que nos acechaba, para no asustarla. No hizo falta. Ya lo estaba.

- ¿Qué hacemos?

- Ni idea, pero, aquí, no podemos quedarnos. Es domingo y, cuando se vaya la gente, supongo que cerrarán la cafetería. Necesitamos escondernos en algún lugar.

- ¿Dónde? - preguntó Sara.

- En tu casa - le respondió el Gates -. Creo que es el sitio más seguro.

- ¿Y si están vigilando la casa? - objeté, no muy convencido.

- No creo que reconozcan mi coche. Para ellos, yo sólo pasaba por allí y no me han visto a vuestro lado.

- Sí, es probable, pero ¿qué pasará cuando bajemos del coche para cruzar la calle? Quedaremos al descubierto.

- A lo mejor no están vigilando y...

- No hace falta que os preocupéis - le interrumpió Sara, más animada -. La llave del portal también abre la puerta del garaje, así que entraremos directamente por allí.

- ¿Y dónde aparco?

- En la plaza de mis padres. Se han llevado el coche.

- Entonces, por mí de acuerdo. ¿Y vosotros?

- También.

- ¡Por fin algo nos sale bien! - exclamó Sara.

Y en eso tuvo razón... Aunque al Gates le costó bastante aparcar entre las dos columnas.

La canción de este capítulo no es que sea preciosa, es sublime. Con el trino de unos pájaros como telón de fondo, la armoniosa voz de Minnie Riperton dibuja una melodía exquisita.

Es una de esas canciones que encanta a cualquier chica... y te aseguro que Luna no es la excepción.

Dust in the wind (Kansas)

- No se os ocurra encender ninguna luz - advirtió Luna, mientras Sara abría la puerta de su piso.

- Descuida, pero, primero, quiero comprobar que no hay nadie - dije decidido, tanto por precaución como para impresionarlas.

Se apartaron rápidamente a un lado, dejándonos paso, y los dos valientes entramos dentro.

- Está vacío - les informé, después de revisar la vivienda a fondo.

Su profundo suspiro de alivio indicó a las claras la tensión acumulada.

- Vamos a preparar la comida - declaró el Gates, cuando echamos el cerrojo a la puerta blindada -. Tengo un hombre bestial.

- ¿Cómo puedes pensar en comer ahora? - le preguntó Luna, asombrada.

- Es que, desde que me he levantado, no he probado bocado. Sólo bebida.

Por fortuna, el microondas es un invento genial y, únicamente, tuvimos que abrir unas latas de lentejas y calentar el guiso de ternera que ya tenía Sara preparado.

- Voy a ver si están ahí fuera - les anuncié, después de poner la mesa.

- ¿Y si te ven?

- Lo haré con cuidado, no te preocupes Luna.

No había ni rastro del coche rojo y su ausencia facilitó el ambiente relajado. Una vez terminada la comida, ayudé a fregar y recoger, mientras el Gates descansaba.

- Déjalo, está agotado - me recriminó Sara cuando protesté, por aquello de no perder las buenas costumbres -. Se ha pegado un madrugón para venir a ayudarnos.

Cuando volvimos a su lado, lo encontramos completamente frito en el sofá... Uno también tiene sus imitadores.

- Yo también estoy bastante cansada - comentó Luna, tras bostezar.

- ¿Por qué no os echáis una siesta? - nos propuso Sara -. Yo me quedaré aquí, en el sillón, que es reclinable... Podéis tumbaros en mi cuarto.

Su ofrecimiento me cogió tan de sorpresa que no supe reaccionar. Luna lo hizo por mí.

- Es una buena idea... ¿Me acompañas?

Se me abrió el cielo y sólo acerté a asentir con un movimiento de cabeza. En cuanto a qué cruzó por mi mente, durante el trayecto hasta la habitación de Sara, mejor me lo callo... Además, todo se evaporó cuando Luna habló.

- Una cama para cada uno.

Media hora después, todavía seguía despierto. Por un lado, casi nunca duermo la siesta y, por otro, el tenerla allí cerca, tumbada, no era el mejor somnífero. En resumen, acabé levantándome y, sin hacer ruido, fui hacia el salón para charlar con Sara.

Vana pretensión. Ella también estaba flipada, aunque nos había engañado. En lugar de ocupar el sillón, yacía tendida en el sofá, con la cabeza apoyada en el regazo del Gates... Lo cierto es que la puesta en escena resultaba de lo más romántico.

Como no tenía mucho que hacer, me asomé furtivamente a la ventana para espiar la calle. Cuando un cuarto de hora después, ya aburrido, iba a abandonar la vigilancia, vi aparecer el coche rojo. Pegué tal respingo que casi me caigo de espaldas.

Estuve a punto de avisarles, pero pensé que era mejor que siguiesen descansando y reponiendo energías. Nunca se sabe cuando hay que tirar de las reservas.

Me senté en el sillón y puse en marcha mis células grises. Reflexioné sobre el lío en que estábamos metidos y busqué posibles salidas. No se me ocurrió ninguna que me gustase del todo, pero, al menos, encontré una que tenía posibilidades.

Sin embargo, antes necesitaba comprobar una cosa y, como desde la ventana del salón no se divisaba el interior del coche, tuve que despertar a Sara.

- ¿Qué pasa? - me preguntó alarmada, cuando la zarandeeé.

- Nada, no te preocupes - respondí para tranquilizarla -. ¿Hay alguna ventana en la escalera desde donde pueda ver la calle?

- Sí, creo que sí... ¿Por qué?

- Ha vuelto el coche rojo y quiero saber si la pareja está dentro.

Lanzó una mirada de preocupación hacia las cortinas y tuvo un estremecimiento tan brusco que me asustó.

- Tengo miedo, Pablo - declaró semiavergonzada.

- Y yo, guapa. ¿Qué te crees? ... Pero he pensado algo que, quizá, dé resultado.

Vi brillar la esperanza en sus ojos.

- Luego te lo explico, ahora me voy a la escalera. Abre la puerta cuando llame.

- ¡Narices! ¿Y si son ellos?

- Echa un vistazo antes por la mirilla.

- Mejor los despierto ya.

- Haz lo que quieras, pero yo me largo.

Bajé hasta el primero y miré por la ventana. Sólo había un pasajero en el coche, como había supuesto. La amante del Peca.

Volví a subir al piso con una sonrisa de satisfacción. Luna y el Gates ya estaban levantados.

- ¿Qué has descubierto? - me preguntaron, los tres a la vez.

- Está la mujer al volante, y nadie más.

- Sara dice que tienes una idea - comentó Luna -. ¿De qué va?

La oportunidad era tan fácil que no pude resistir la tentación.

- ¿De veras quieres que te la diga, delante de estos?

Ése fue el punto que me faltaba para ser nombrado el sonrojador oficial de las chicas. Tan contento me sentí, que no protesté por el capón con que me obsequió por mi espléndido logro.

- ¡Capullo! Vuelve a insinuar algo así y te quedarás con las ganas. ¡Para siempre!

- ¡Eso no es justo! - protesté inocente -. Tú has empezado antes.

- ¿Cómo que yo?

- Claro, has dicho que tenía una idea, recalcando lo de una, como si mi cociente intelectual estuviese por los...

- Dejad de pelearos, que dais risa - nos interrumpió Sara, divertida -. A ver, Pablo, cuéntanos qué se te ha ocurrido para salir de este follón.

- En mi opinión, lo primero es encontrar la guarida donde se esconden el Peca y su amante. Después, sólo hay que pillarles en algún renuncio y avisar a la poli. Así no podrán sospechar de nosotros.

- Eso tiene más agujeros que un campo de golf - comentó el Gates.

- ¿Dónde están? - le pregunté, al ver que las chicas tampoco parecían convencidas con mi intervención.

- ¿Eres tonto o tonto? - me dedicó Sara, por enésima vez, su insulto favorito -. ¿Cómo vamos a averiguar su escondite? ¿Acaso vas a bajar y pedirle su dirección para enviarle un ramo de flores?

- No. Basta con seguirla.

- Lo siento, pero olvídate de mi coche. Es bastante llamativo y no soy tan bueno conduciendo como para seguirla sin que lo advierta.

Con eso sí que no había contado, así que improvisé sobre la marcha.

- Pues, entonces, tendremos que hacerlo a pata... Esperemos que haya suerte y no se oculten muy lejos.

- ¿Por qué imaginas que volverá a su escondite y no estará día y noche en el coche? ¿Eres adivino o qué?

- Una persona sentada horas y horas en un coche, puede llamar la atención de cualquier vecino y no creo que se arriesgue a eso. Además, deberá informar al Peca.

- ¿No has oído hablar de los móviles?

- Ellos no saben si hemos avisado a la poli y, por si acaso, no utilizarán un móvil. Son fáciles de interceptar.

- Tu razonamiento está cogido con alfileres - comentó Luna, preocupada -. Yo no tengo tan claro que esté poco rato ahí.

- Recuerda que se trata de una mujer - señalé, por último.

- ¿Qué demonios importa eso? - preguntó Sara, con la artillería preparada.

- Que lo tenéis más difícil que nosotros para aligerar la vejiga. ¿Me entiendes o quieres que te lo explique en detalle?

- ¡No seas capullo! - replicó, ante las risas de los demás.

- No es por nada, pero recordad que la mujer nos ha visto a todos repetidamente - comentó, a continuación, el Gates -. ¿Cómo vamos a salir sin que nos reconozca?

- Elemental, Watson. Nos disfrazaremos.

A veces, hasta yo mismo me asombro de las ideas tan extravagantes que se me ocurren... Y ésa fue una *too big*.

- Aún así, no creo que dé resultado. Cuando vea a dos chicas y dos...

- Me temo que te equivocas - le interrumpí, divertido por lo que se avecinaba -. Sólo lo haremos tú y yo... E iremos disfrazados de chicas.

- ¡Qué! - exclamó atónito -. ¿Estás loco? Ni borracho.

- No digas tonterías, porque es la única solución. Primero baja uno y se sienta en la terraza que hay situada al final de la calle, que es de dirección única. El otro sale unos minutos después y espera en la esquina siguiente.

- Nunca pasaré por esa humillación - declaró tajante.

- Desde luego, no voy a obligarte, pero la idea no es mala - comentó Luna.

- Pues hazlo tú. No me pongo falda ni tetas postizas. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

- Yo también creo que la idea de Pablo puede resultar - declaró Sara, sonriendo.

- ¡Que no! - replicó el Gates, con firmeza.

- Pablo - me dijo Luna, también sonriendo -. ¿Me ayudas a hacer la cama?

Estuve a punto de contestarle que no habíamos deshecho ninguna, y no porque yo no hubiera querido, pero algo en su mirada me hizo callarme.

- Si alguien puede convencerlo es Sara - me susurró, nada más cerrar la puerta -. Vamos a dejarlos a solas un poco.

Eso es justo lo que hicimos.

- Está bien - nos anunció él, cuando regresamos a su lado -. Me disfrazaré.

- Vamos, Sara. Tenemos que buscarles algo.

- Nuestra ropa no les sirve - comentó la aludida -. Miraré entre la de mi madre.

Las seguimos hasta el dormitorio conyugal y las dos se lanzaron como posesas sobre el armario. Enseguida, la cama estuvo cubierta de ropa.

- ¿Qué opinas de ésta?

- Estarían muy agradecidos, pero darían el canto. Yo me inclino por una más larga.

- Pues sólo tiene estas dos - indicó Sara, después de seguir explorando el armario.

- Valdrán... Busca algo para arriba, mientras preparo el relleno de los sujetadores.

El Gates no paraba de refunfuñar y yo lo habré imitado, si no me lo hubiera pasado tan bien con sus lamentos. Varios minutos después, nuestra vestimenta estuvo dispuesta.

- Venga, probáosla - dijo Luna, toda emocionada.

- Tú deliras, guaperas - le repliqué -. Largaos con viento fresco. Si tú no me dejas estar presente cuando te vistes, yo tampoco.

- ¡Serás creído!

- Atractivo, es una palabra más apropiada.

- Y mucho - dijo, justo antes de darme un ardoroso beso. No sé si lo hizo porque le apetecía o, simplemente, para mortificarme por mi descaro.

Salieron las chicas y pasamos a la acción. Suponía que iba a ser coser y cantar, pero aquello era más complicado de lo que parecía y los tacos fueron surgiendo uno tras otro.

- ¿Sabes qué pienso? - me preguntó el Gates, mientras peleaba con su sujetador.

- Que si fueras chica nunca llevarías.

- En efecto, pero no me refería a eso. Se me ha ocurrido que sería más sencillo colocar un chip en el coche rojo y controlar su posición desde un satélite.

- ¿En serio pues hacer eso con tu ordenata? - pregunté, completamente admirado.

- Claro que no, estúpido... ¿O es que no sabes cuando te están tomando el pelo? - rió divertido -. Anda, abróchame el sujetador, que no atino.

Finalmente, terminamos de vestirnos y fuimos al encuentro de las chicas.

- Estáis guapísimos - se cachondeó Luna - y creo que, desde lejos, daréis el pego.

- Os tendréis que hacer las piernas - apuntó Sara, con seriedad -. Vuestros pelos os delatarán.

- ¡Y un cuerno! Por ahí sí que no paso.

- No te aproveches de ellos - le dijo Luna, que disfrutaba con nuestros caretos de preocupación -. Déjales unas medias negras y, así, disimularán sus peludas piernas.

Cuando rompimos el segundo par, las chicas se ofrecieron a ayudarnos. No me resultó nada desagradable, palabra... En cuanto a nuestros zapatos, menos mal que no cantaban mucho, porque, si nos llegan a obligar a ponernos tacones, aquello habría sido demasiado.

- Ahora la peluca - nos indicó Sara, divertida -. Sólo tengo una, que compré para una obra de teatro en el insti; al otro, le pondremos un pañuelo por la cabeza.

¡Cómo picaba la maldita peluca!

- Esperad un momento, que os haré unas fotos. Estáis impresionantes.

- Menos guasa que no estamos para bromas – repliqué.

- Me niego en redondo - afirmó el Gates, bastante disgustado.

- ¿Por qué? - preguntó Luna -. Si sale mal, da igual quien las vea y, si sale bien, nos servirán para reírnos en el futuro.

No nos veas a las dos damiselas posando para la posteridad... ¡Salimos de miedo!

- Me tendrás que prestar un bolso mayor - le dijo el Gates a Sara, al ver el que ésta le tendía.

- ¿Más aún?

- Si tengo que pegarme varias horas sentado en una terraza, me entretendré con el ordenador.

- ¡Eh! - comenté mosqueado -. Todavía no hemos sorteado quien va a cada sitio.

- Ni lo haremos. Tuya es la idea, así que yo elijo.

- Cuídate mucho - me despidió Luna, sin dejarme protestar -. No intentes hacerte el héroe, que deseo tenerte de vuelta a mi lado.

- Te quiero.

- Y yo, guapo - me dijo, mientras una lágrima comenzaba a brotar de sus ojos.

Le di un rápido beso y abrí la puerta a toda velocidad, para superar las ganas de quedarme que me estaban entrando... El miedo me estrujaba el estómago.

- Recordad que no debéis encender ninguna luz - fueron las últimas palabras del Gates antes de cerrar la puerta. Bajamos juntos por las escaleras.

- ¿Qué haremos cuando hallemos su escondite? - preguntó, antes de separarnos.

- Vayamos paso a paso... Ya veremos la forma de cruzar el río cuando lleguemos a él - no iba a decirle que no tenía ni idea, ¿verdad?

Él salió a la calle, camino de la terraza, y me quedé vigilando la reacción de la mujer del coche, que no cambió de actitud en lo más mínimo. Diez minutos después, me tocó a mí el turno.

Me encaminé hacia la esquina, pensando que alguien se cachondearía de mí, pero nadie pareció fijarse en mi extravagante vestimenta. Cuando pasé al lado del Gates, el muy cerdo me silbó.

Hacia el final de la tarde, un poco antes de comenzar a anochecer, el coche rojo se puso en marcha.

Cuando llevaba una hora de plantón, más o menos, se levantó un airazo que me causó unos problemas bestiales. El condenado me levantaba la falda al menor descuido y, como no deseaba mostrar mi calzoncillo en medio la calle, tuve que sujetarla con las manos. Al faltarme práctica, parecía que me estuviese quitando hormigas de encima.

¡Menudo ridículo! Hasta un par de criajos, que pasaban por allí, se mofaron de mis penalidades. Además, una vez que el viento me ganó la partida por la mano, una anciana medio cegata se pudo a despotricar contra mi presunto libertinaje.

Cada vez que escucho la canción de este capítulo, que por cierto es very beautiful, me viene a la memoria aquel viento traicionero... que se dedicó a airear mis partes íntimas.

Ballad of Bonnie & Clyde (Georgie Fame)

Cuando arrancó la mujer, comenzó nuestra persecución. Estaba tan concentrado en no perderla de vista y en que ella no me viese, que no me afectaron los comentarios que me fueron soltando los peatones, cuando pasé a su lado corriendo o cuando, lo que ocurrió tres o cuatro veces, les pegaba algún que otro empujón para abrirme paso.

El Gates me alcanzó cuando me detuve en una esquina, al ver que el coche rojo se había parado en un semáforo.

- Lo tenemos crudo. Como siga así más de cinco minutos, la perdemos.

- ¡Qué optimista eres! ¿Se te ocurre alguna otra cosa?

- Claro. Cojamos un taxi.

¿Por qué no habría caído yo, si era tan evidente?

Justo entonces, pasó uno libre. Lo paramos y subimos rápidamente.

- ¡Eh, eh! - protestó el taxista, con malos modos -. Bajad enseguida. No quiero borrachos... Luego vomitáis y me lo ponéis todo perdido. ¡Fuera!

Todavía irritado conmigo mismo, por la anterior sugerencia del Gates, tomé la iniciativa.

- No se preocupe, que vamos disfrazados para gastar una broma a unos amigos.

- ¿Seguro? - preguntó dubitativo, ya que el tono de mi voz no era el de un beodo.

- Ni una gota de alcohol, le doy mi palabra.

- Está bien. ¿Dónde os llevo?

- Siga al coche rojo que acaba de salir del semáforo, manteniendo las distancias, para que no se den cuenta.

- ¿Me tomas el tupé o qué? - repuso mosqueado.

- No, no. Como le he dicho, sólo se trata de una broma... Sígalo, por favor.

- Si no lo pierde y no lo descubren - intervino el Gates, nervioso porque el taxi todavía seguía parado -, le pagaré el triple de lo que marque el taxímetro.

- A ver la pasta - exigió desconfiado.

Su gesto me supo a cuerno quemado, como puedes comprender, pero tampoco se le puede reprochar nada al pobre hombre. Nuestras pintas no eran las más apropiadas para inspirar confianza.

La cartera bien surtida del Gates acabó por decidir al taxista, que salió disparado tras nuestro objetivo. Hubo un par de momentos en que creí que la amante del Peca nos despistaba, pero nuestro chofer conocía bien el patio y solventó el asunto con eficacia.

Diez minutos después, el coche rojo enfiló la carretera.

- ¿Sigo? - nos consultó el taxista -. Si van muy lejos, la carrera os va a costar una fortuna.

- No se preocupe y, sobre todo, no lo pierda de vista.

- Escucha chaval, no me des lecciones, que ya soy mayorcito para ir al colegio y sé lo que me hago - me replicó, con severidad -. Si pongo mi morro en su parachoques, se darán cuenta de que los seguimos y, según me habéis dicho, no queréis eso, ¿verdad?

- En efecto - contestó el Gates -. Usted es el experto. Disculpe a mi amigo.

Menos mal que, dos minutos después, el coche rojo se detuvo frente a un chalé.

- ¿Os paro?

- No, no se detenga. Gire más adelante, cuando pueda, y déjenos cerca.

Al pasar delante del chalé, comprobamos que la mujer cruzaba un pequeño jardín, camino de la puerta de la vivienda. Una luz brillaba en una habitación del primer piso.

El taxista cumplió nuestras instrucciones al pie de la letra y, después de aligerar la cartera del Gates, se largó con viento fresco. La visibilidad disminuía a toda leche y el paisaje no era muy acogedor, que digamos.

Estábamos a las afueras de Burgos, frente a una urbanización de chalés todavía no concluida, en la que había varios en construcción. Unas cuantas farolas desperdigadas no daban abasto para iluminar la zona. No se veía a nadie por allí.

- ¡Qué solitario está esto! - comenté.

- Lo prefiero, así no llamaremos la atención con nuestros disfraces.

- ¿Y, ahora, qué hacemos?

- Lo primero será echar un vistazo, ¿no?

- ¿Y si hay un perro guardián?

- No digas tonterías, Pablo. Lo habrán alquilado para ocultarse, ¿de dónde van a sacar un perro?

Mantuve la boca cerrada (¡qué iba a decir!) y, con tanto sigilo como pudimos, nos acercamos hasta el chalé. Durante nuestra incursión, se iluminó una habitación de la planta baja. Nos dirigimos hacia allí.

Se trataba del salón principal, que era bastante amplio y estaba muy escasamente amueblado. Una de sus ventanas daba a la carretera y, en la pared lateral, había otra más pequeña; finalmente, un gran mirador permitía disfrutar de la visión del jardín trasero, que era bastante más extenso que el de la entrada principal y al que se accedía bajando tres peldaños.

La separación entre parcelas se limitaba a una valla de madera, de apenas medio metro, aunque eso lo descubrí más tarde, porque la oscuridad se estaba apoderando de todo y no se veía tres en un burro.

Nos asomamos a mirar por la ventana pequeña. La persiana no estaba bajada del todo y quedaba libre una rendija, que nos permitía ver dentro del salón. Sólo parecía haber dos personas. El Peca, que daba la impresión de estar bastante cabreado, y una mujer vuelta de espaldas, que llevaba una botella de whisky en la mano y llenaba un vaso. Deduje que se trataba de su amiga, ya que la ropa era la misma.

El hombre le decía algo a ella, con no muy buena cara, y, aunque no se escuchaba más que un runrún lejano, imposible de reconocer, supuse que estaba enfadado porque no nos había localizado.

Agarré del brazo al Gates y tiré de él hacia las tinieblas, para hablar sin peligro.

- ¿Se te ocurre alguna cosa? - me preguntó, cuando nos agachamos para sentarnos en el suelo.

- Ni *flowers*, estoy en blanco.

- ¿Qué opinas de ir con el soplo a la poli?

- Descartado. Supondrán que hemos seguido a la mujer y que, luego, los hemos denunciado... No creo que nadie más sepa de su existencia.

- ¿Has visto las dos pistolas que había sobre la mesa?

- No - respondí, sintiendo un hormigueo en el estómago que no me gustó nada.

- Pues me temo que deberemos arriesgarnos.

- ¿A qué te refieres?

- Pablo, ¿sabes imitar a un perro?

- ¿Vas de cachondeo o qué? - contesté, completamente desconcertado.

- Te lo estoy preguntando en serio.

- Pues claro que no. ¿Por qué lo dices?

- Entonces, lo tendré que hacer yo - comentó para sí, sin responderme -. No soy un especialista, pero espero que pueda engañarles.

- ¿Quieres explicarte de una vez?

- ¿Confías en mí?

- ¿Por qué no dejas de responder a mis preguntas con otras? - le recriminé, algo enfadado, sobre todo porque no entendía nada.

- Está bien. Lo que pasa es que prefiero no decirte nada de mi plan.

- ¿Y por qué, si se puede saber? ... Estamos los dos juntos en esto, ¿no?

- En efecto, pero, si te lo digo, querrás impedírmelo y no tengo ganas de discutir.

- ¡A que va a tener razón el taxista! - repliqué, algo intranquilo -. ¿Qué demonios has bebido en la terraza del bar?

- Agua mineral - contestó con una risita -. Venga ya, ¿harás lo que yo te diga sin rechistar?

- De acuerdo - asentí, después de reflexionar un instante. La verdad es que a mí no se me ocurría nada para salir del lío y pensé que, como el Gates no es tonto de remate, quizá diera resultado su plan, fuese el que fuese.

- Perfecto. Entonces, vete tras la valla y aléjate quince o veinte metros.

- ¿En qué dirección?

- Hacia la segunda farola... Quédate escondido hasta que me oigas ladrar y...

- ¡Qué! - le interrumpí, atónito.

- Calla y atiéndeme - me ordenó, autoritario -. Después de escuchar mis aullidos, espera cuatro o cinco segundos y grita “¡Brutos! ¿Qué le habéis hecho a mi perro?” con voz de chica.

- ¿Seguro que sabes lo que haces?

- No te preocupes. Recuerda que te deben oír desde el chalé, así que grita fuerte.

- ¿Y luego?

- Te acercas un poco hacia la farola... Sólo lo justo para que se vea tu silueta, no tu careto. Luego, simula agacharte para recoger un perro y te largas corriendo, hacia dentro de la urbanización. Cuando creas que ya no te pueden ver desde el chalé, te escondes.

- ¿Dónde?

- Donde te apetezca. Si todo va bien, seguiré tus pasos; avísame cuando pase junto a ti.

- ¿Y si tu plan no da resultado?

- Entonces... sólo puedo decir que ha sido un placer conocerte... Cuida de las chicas.

- ¡Narices! - exclamé, impresionado por sus palabras -. Operación cancelada. No pienso aceptar que arriesgues...

- Que era una broma - me interrumpió, riendo -. Tranqui, tío, que no hay peligro.

- ¿En serio?

- Que sí, hombre. Lárgate de una vez y sigue mis instrucciones al pie de la letra...

El show comenzará dentro de cinco minutos exactamente.

- Cuidate mucho - me despedí más calmado, aunque sin tenerlas todas conmigo.

Desde mi posición divisaba el mirador, pero, como las cortinas estaban corridas, sólo intuía un par de sombras moviéndose en el interior. Durante un rato hubo una calma total, pero, de repente, un estruendo rompió la quietud de la noche.

Imaginé que, en un descuido, el Gates había tirado una maceta al suelo y temí que lo descubriesen. ¿Qué se supone que debía hacer yo entonces? ¿Atacarles con piedras?

No tuve tiempo de seguir con mis cavilaciones porque, enseguida, apareció la pareja, cada cual con su correspondiente pistola. Miraban de un lado para otro, pero la oscuridad les impedía ver a mi amigo y pensé que todavía tenía una oportunidad de salir bien librado.

Sin embargo, el Peca descendió los peldaños y bajó al jardín para inspeccionarlo a fondo. Entonces, vi moverse las hojas de un matorral, justo en el borde de la parcela, y maldije la estupidez del Gates, que tan neciamente había delatado su posición. Dos disparos, casi simultáneos, resonaron medio segundo después.

¡Qué quieres que te diga! Apenas podía respirar de la angustia que sentí. Lo imaginé tendido en el suelo, cubierto de sangre y escapándosele la vida por las venas. Tan sobrecogido estaba que me transformé en una estatua, donde ni las lágrimas tenían cabida.

Entonces, el aullido quejoso de un perro rompió mi encantamiento.

¿Qué pinta un chucho aquí?, pensé confundido... y no debía ser el único, porque observé que el Peca y su amante se miraban entre sí, perplejos.

Un nuevo ladrido, mucho más prolongado, me hizo recordar las instrucciones del Gates. Grité, tal y como me había indicado, y creo que no me salió mal del todo. Luego, me acerqué hacia la farola y simulé coger en los brazos a mi perro herido, para escapar a toda leche.

Dos o tres minutos después, lo vi correr y le silbé, para llamar su atención.

- ¡Vaya susto que me has dado! No te lo perdonaré nunca.

- Deja de quejarte, que ha dado resultado.

- ¿El qué? - pregunté desconcertado.

- Mi plan. ¿Qué si no?

- ¿Me estás diciendo que tu maravillosa estrategia consistía en permitir que te pegasen unos tiros?

- Luego te lo explico, ahora tengo que llamar sin falta a la policía.

- Pero, ¿no habíamos quedado en que no?

- Eso era antes... Cállate de una vez, que debo utilizar el móvil.

El Gates soltó un cuento chino, con tanta desfachatez y verosimilitud que hasta yo me lo habría creído, si no hubiese estado allí presente. Lo mejor de todo fue la voz de niña asustada que puso. Le salió genial.

Dijo que había sacado a pasear a su perro, Cisco, y que se le había escapado al chalé de unos vecinos. A continuación, lloriqueó un poco, antes de comentarle que el chucho les había roto una maceta y que los muy cerdos le dispararon con unas pistolas.

“... Sí señor, seguro. Las he visto muchas veces en la tele... No, sólo le han rozado, pero Cisco está muy asustado... Lo siento, no puedo, estoy sola en casa y mis padres se enfadarían si supieran que lo he sacado sin estar ellos... No, no, sólo un hombre y una mujer... No quiero tener nada que ver con ellos... me harán daño si saben que les he llamado... Si quieren pillarlos dense prisa, han dicho que se iban a ir...”

Después, le dio la dirección del chalé y colgó.

- ¿Has visto que fácil?

- Eres un monstruo - le alabé, con sinceridad -. ¿Vendrán?

- Enseguida, ha dicho; así que larguémonos. Si nos pillan aquí, toda esta farsa no habrá servido de nada.

Dimos la vuelta a la urbanización y salimos a la carretera por el otro extremo. Empleamos más de quince minutos, porque, aunque ganas no nos faltaban, evitamos echar a correr, para no llamar la atención de algún vecino curioso.

A lo lejos, en dirección al chalé, nos pareció ver unas luces centelleantes.

- ¡Ojala sea la policía y no una ambulancia! - comentó el Gates.

- ¿Y si han escapado antes de que llegasen?

- Lo dudo, aunque sí es cierto que pretenden largarse. Él le ha dicho a la mujer que limpiase todo, para no dejar huellas... Por cierto, no veas la bronca que le ha metido por disparar. La ha puesto de vuelta y media.

- ¿Ha sido ella?

- Sí.

- ¿Cómo sabías que lo iba a hacer?

- Eso era lo más arriesgado de mi plan. Confiaba en su nerviosismo... Y en los whiskys que se había tomado antes.

- ¿Y si te llegan a dar?

- Sin comentarios. Mejor no pensarlo - respondió, con una sonrisa.

- ¿No me digas que has disfrutando haciéndote el héroe?

- Pues sí - reconoció, tras un instante de reflexión -, pero no negaré que he pasado un miedo bestial... Aunque lo importante es que, si la policía los pilla, como espero, nosotros quedaremos al margen. Ellos mismos se habrán delatado, al disparar sobre el perrito de una niña asustada.

- ¿Y si no los cogen?

- Siempre quedarán sus huellas dactilares en el chalé y, cuando las pasen por el ordenador, sabrán a quien pertenecen.

- ¿Y si no se les ocurre hacerlo?

- ¡Qué pesimista! - se cachondeó de mi preocupación -. Si hace falta, me colaré en su sistema informático y falsificaré una orden de la Interpol para obligarles.

Aquello sí que me dejó completamente convencido.

¿No has oído hablar de Bonnie & Clyde? ... Era una pareja de gánsters sobre la que hicieron una película y, también, la canción que encabeza este capítulo, aunque no sé si existieron o no.

Era inevitable que la metiera, ¿no crees? Un recuerdo a sus imitadores, el Peca y su amiguita, que nos las hicieron pasar tan canutas.

I'd love you to want me (Lobo)

Tardamos una hora larga en regresar al piso de Sara. Las pobres tenían los nervios a flor de piel, como puedes imaginar, y nuestra llegada fue apoteósica.

Después, les informamos con detalle de todo lo sucedido, aunque el Gates intentó, por todos los medios, rebajar la heroicidad de su arriesgada acción. No, no creas que lo hacía por modestia; temía la reacción de Sara... y acertó de pleno.

Nunca la había visto tan cabreada. Eso de que su amor se hubiese convertido en un blanco móvil fue demasiado para ella y lo puso a parir. El chorreo fue monumental.

- Tampoco te pases - tuvo que intervenir Luna, para calmarla -. Al fin y al cabo, lo ha hecho para salvarnos a todos. Sé más comprensiva.

- Podían haberle matado - balbuceó, antes de ponerse a llorar en plan diluvio.

Nos mantuvimos al margen (me refiero a Luna y yo, porque el Gates se lanzó a consolarla) hasta que se calmó.

- ¿Cuándo podremos encender la luz? - me preguntó Luna.

- Mejor que no... Hasta que no sepamos, con seguridad, que los ha pillado la poli, debemos actuar como si todavía estuviesen acechándonos.

- ¡Siempre tan optimista! - se burló el Gates -. ¿Nos apostamos algo a que ya están detenidos?

- Prefiero ser prudente - respondí.

- ¿Y cómo sabremos si los han pillado? - comentó Sara, ya calmada.

- Hay dos formas - contesté adelantándome al Gates, con el que ya había tratado el tema durante el camino de regreso -. En primer lugar, las noticias de la radio; dos o tres horas es un tiempo prudencial... Si no informan del asunto, nuestro amigo se colará en el sistema informático de la poli e intentará descubrir qué ha sucedido.

- ¿Por qué no se mete ya? - insistió Sara, que, por lo visto, tenía ganas de quedarse tranquila... como todos los demás.

- Porque éste pelma no me deja - respondió el Gates, refiriéndose a mí.

- Claro que no - intervine rápidamente, para evitar que lograra convencer a las chicas y las pusiese de su parte -. Si la pareja ha escapado, deberás entrar en su sistema, casi con seguridad, y debemos disminuir las posibilidades de que te detecten.

- ¡A mí nadie es capaz de agarrarme! - exclamó, algo ofendido porque pusiese en tela de juicio sus habilidades como *hacker*.

- No lo dudo, pero prefiero correr los mínimos riesgos... La poli no es tonta.

- Estoy de acuerdo con Pablo. - me apoyó Luna -. Es de esperar que tengan una buena protección contra los piratas y cuantas menos pistas dejemos mejor... Ahora, ¿qué hacemos?

- Comer algo - dije rápidamente -. Estoy muerto de hambre.

- Y yo - declaró el Gates, a continuación.

El bocata de atún con anchoas estuvo divino.

Volvimos al salón y nos tumbamos en el sofá a escuchar las noticias. El primer boletín no los nombró, pero el siguiente nos hizo saltar de alborozo y encender todas las luces de la casa.

“... Recientes informaciones llegadas a nuestra redacción dan cuenta de la detención del Peca, que iba a ser juzgado como narcotraficante y presuntamente había fallecido hace unas semanas en un accidente de tráfico, del que aquí mismo les dimos cumplida cuenta en su momento.

La policía tuvo desde el primer momento serias dudas sobre el siniestro y mantuvo desplegado un dispositivo de vigilancia sobre los hombres del Peca, además de proseguir investigando su entramado financiero, con ramificaciones en Sudamérica, Suiza y diversos países asiáticos.

Fruto de este arduo trabajo policial, ha sido la detención en Burgos, hace unas horas, de este polémico personaje que pasará, próximamente, a disposición judicial... “

La celebración de nuestro éxito fue colosal.

Más tarde, una vez pasada la euforia, el Gates se metió en Internet para encontrar más información y estuvimos un rato charlando sobre lo sucedido.

- ¿Qué hacía el Peca en el monasterio de Veruela? - preguntó Luna.

- Lo único seguro, según la edición digital de ese periódico, es que iba camino de Barcelona para quitarse su mancha característica - respondió el Gates -. Recuerda que el otro artículo decía que es un fan del Bécquer... Seguramente, por eso paró en Veruela.

¡Para que luego digan que la poesía es buena para el espíritu! Si hubiese leído a Stephen King, nunca le habrían pillado.

- ¿Y por qué creéis que utilizó a su amante? - intervino Sara -. No parece muy profesional... en el sentido delictivo de la palabra.

- No la critiques tanto, que lo hizo bastante bien y cumplió su papel - la corregí -. Recuerda que, en Tarazona, escapó de nuestra persecución y, además, entró en vuestra habitación... y, seguramente, habría conseguido el carrete, si la cámara no hubiese sido digital. Salvo dejar que la siguiésemos esta noche, lo demás no le salió mal del todo.

- Y eso fue a gracias a nuestra habilidad para los disfraces, no lo olvides.

- Te aseguro, Luna, que este día no lo olvidaré en la vida.

- Te mataría, si lo hicieras - me advirtió, sonriendo.

Después de las risas de rigor, el Gates tomó la palabra.

- Imagino que el Peca contaría con la mujer por temor a que la policía mantuviese bajo vigilancia a los hombres de su banda y...

- Algo de eso han dicho en la radio - le cortó Sara.

- Lo cual tampoco indica nada. ¿Qué querías que dijeran? Es evidente que no iban a admitir que les había engañado... Por consiguiente, fuera cierto o no, era obligado hablar de una operación policial encubierta y cosas por el estilo.

- Entonces, ¿qué piensas? - le pregunté -. ¿La poli les seguía la pista y lo nuestro ha sido una coincidencia o, realmente, hemos sido nosotros quienes los hemos puesto en sus manos?

- No creo que nunca lo sepamos, aunque yo me inclino por lo segundo... Más que nada, porque me sabría fatal haberme jugado el cuello tontamente.

- Mira que si te meten dos balas y, luego, aparece la poli - comenté de guasa -. Habría sido el recochineo padre.

- Dejad de hablar de eso, que me estoy poniendo mala sólo de imaginármelo - nos ordenó Sara.

- ¿Y por qué ese tipo se preocupó tanto? - cambió de tema Luna -. En mi opinión, si nos hubiese dejado en paz, nunca habría sido descubierto.

- Lo más probable es que no quisiese dejar cabos sueltos - le respondió el Gates -. Si alguien lo identificaba en la fotografía, quedaría su treta al descubierto.

- Aún así - insistió ella -. Pasado un cierto tiempo, se habría pensado que la foto estaba tomada unos días antes de su presunta muerte, no después. Sólo un ordenador recuerda las fechas exactas.

- Además, ¿quién lo iba a reconocer? - metí baza -. Recuerda que, para distinguir su peca, tuviste que utilizar tu supersoftware.

- Sí, pero ten presente que él no vio las fotos... No sabía si aparecía en ellas o no... y no podía arriesgarse a que su estratagema saliese a la luz.

- En ese caso, ser tan precavido ha sido su perdición.

Con esa frase tan rotunda, dimos por terminado el tiempo dedicado a la pareja que tanto nos había amargado la existencia y pasamos a charlar exclusivamente de nosotros.

¿De qué hablamos? Lo siento, debo mantener el secreto.

El lunes por la mañana, nada más levantarme, telefoneé a mis padres a casa de la tía, para decirles que no llegaría hasta el mediodía.

- No puede ser, querido - dijo mi madre -. Debemos salir pronto. Ya sabes que a papá no le gusta conducir de noche.

- Es que nos hemos encontrado con gente de la Olimpiada de Matemáticas, que también participa en la de Química, y me han invitado a la ceremonia de clausura.

Siguió negándose y yo insistiendo. Desplegué todas mis artimañas de hijo único y, al final, logré convencerla.

- Ya veré cómo se lo explico a papá, no te preocupes - comentó cariñosa... ¡Como si eso me preocupase!

Estaba a punto de despedirme, cuando se oyó el aviso del Gates a toda voz.

- El desayuno está listo.

Quedó de cine, ni a propósito mejor. Hasta mi madre lo escuchó.

- Venga cuelga y no hagas esperar a tu amigo - me recomendó, impaciente -. Dale un saludo de nuestra parte y dile que nos gustaría conocerle.

Imposible, pensé. Su acento no les engañaría.

- Otra vez será. Hoy debe acompañar a los compas de la Olimpiada a la estación.

Después de quitarme a mi madre de encima, me dirigí hambriento hacia la cocina. Quedé estupefacto... El Gates había preparado tostadas, con mantequilla y mermelada, y hasta se había atrevido con unas torrijas, que le salieron sabrosísimas.

Nuestras alabanzas por su destreza culinaria fueron espontáneas y coincidentes y las recibió con mucha más satisfacción que los habituales elogios por sus conocimientos informáticos. Esa faceta suya, hasta entonces desconocida, me impresionó de verdad y, en mi fuero interno, me felicité porque se hubiera fijado en Sara y no en Luna... Habría sido un rival de mucho cuidado.

Después del desayuno, recogí mis pertenencias y acompañé a Luna hasta su hotel. Quedamos con ellos en la Universidad, donde tendría lugar la entrega de premios y el acto de clausura.

Nos sentamos en el cuatro estrellas, a esperar la llegada de sus padres, no sin antes mirar la lista de ganadores que habían colocado en el tablón de anuncios.

Luna, mi querida Luna, logró una medalla de bronce y, como puedes imaginar, la felicité efusivamente... Lástima que estuviésemos en un lugar público.

Prefiero el estilo de la Olimpiada Matemática. Sacando la lista, antes de la entrega de premios, le quitaban al acto de clausura todo el suspense... y la marcha subsiguiente.

Sus padres aparecieron media hora después.

Fue una repetición de nuestro anterior encuentro. Su madre, igual de encantadora, me sonrió y me besó en la mejilla. Su padre insistió con la misma pregunta.

- ¿Y qué tal te ha ido en la Olimpiada?

- No, yo no participo - respondí, no muy orgulloso.

- ¿Y cómo es que estás aquí?

- He venido a acompañar a Luna.

No puso buena cara, la verdad, pero tuvo el detalle de callarse... Sobre todo a causa de las exclamaciones de alegría de su esposa, que acababa de enterarse del premio alcanzado por su hija.

¡Para qué repetir las tonterías que dijeron! Más o menos, las mismas que soltaron mis padres cuando se enteraron de mi gran hazaña, aunque algo menos exageradas, porque tampoco les debió sorprender mucho. Del expediente académico de Luna se podía esperar cualquier cosa, no así del mío.

Cuando se calmó el patio, su madre quiso enterarse de lo relativo a la estancia de su hija en el hotel. Que tal se comía, que tal la habitación, que tal... En fin, como la mía.

- ¿Os apetece subir a ver la habitación? Es preciosa y la cama muy cómoda, se duerme de maravilla - mintió con desparpajo.

- Desde luego que sí.

La muy tramposa me cogió la mano delante de ellos, sin ni siquiera haberme avisado antes, y yo, que no soy un ferviente admirador de la figura paterna, me ruboricé como un idiota, ante un ataque tan descarado. Al menos, fueron educados y simularon que no pasaba nada, aunque me inspeccionaron de arriba a abajo en el ascensor... Con disimulo, eso sí.

Tras supervisar la habitación, salimos camino de la Universidad en el coche de sus padres, para el acto final. Yo y Luna detrás, de la mano... Menos mal que el trayecto fue breve, porque me sentía más cortado que el Bigotes en una clase de ballet.

Poco puede decirse de un cantante que se llama Lobo, ¿no crees? Sin embargo, la canción que da título a este capítulo es tan guapa que merece la pena darle un voto de confianza... Si todavía vive.

Me and Mrs Jones (Billy Paul)

En la cafetería de la Universidad, nos encontramos con Sara y el Gates. La cara de desconcierto que puso el padre de Luna, al descubrir que su hija era la única de los cuatro que había participado en la Olimpiada, fue de antología.

- Vamos a ver el campus, querido. Debe ser muy bonito - le dijo su esposa, tras tomarle del brazo.

Vaya forma elegante de dejarnos tranquilos. ¡Cómo admiro a la gente con estilo!

- ¡Qué poco rato nos queda de estar juntos! - comenté, bastante apenado por tener que separarme de ellos... y de Luna en especial.

- Pronto llegará el verano, no te preocupes - me consoló ella, con el añadido de un cariñoso besito.

- Ya, ya, pero, nada más acabar la entrega de premios, tengo que largarme con mis padres... Tú te vas después de la comida, ¿no?

- No, pararemos por el camino.

Aunque parezca mentira, el acto no concluía con una comida... ¡Qué menos se podía esperar! Cada vez me gustaba más la organización de mi Olimpiada.

- ¡Animo tío! - me intentó animar el Gates, al verme tan apagado -. Piensa que todo ha salido de cine. Nos hemos quitado al Peca de encima y nadie sabe de nuestra participación en su detención.

- Eso - prosiguió Sara -. Imagina que, todavía, los tuviésemos encima. Me habría dado un ataque... Además, ¿de qué te quejas? Te has enrollado con Luna. ¿Qué más quieres?

El que no se consuela es porque no le da la real gana, desde luego.

De todas formas, no pude seguir lamentándome por nuestra inminente separación, ya que regresaron los padres de Luna y fuimos todos al salón de actos.

Después de los discursos de rigor, comenzó la entrega de premios y Luna, tan guapa como siempre, subió al estrado a recoger el suyo. Increíblemente, no dieron una medalla a los premiados, sino sólo el diploma acreditativo... ¡Con la ilusión que me hacía ver a Luna luciendo una! Nunca he besado a nadie que ganase una medalla.

Concluyó el acto... y, también, nuestro tiempo.

Primero, nos despedimos del Gates y Sara.

- Eres un encanto, Pablo - me soltó, después de darme un sonoro beso -. Cuídate mucho y recuerda que, todavía, debemos concretar lo del verano.

- Estaremos en contacto... ¡Qué ganas tengo de que llegue agosto!

- No más que yo - intervino el Gates -. Tendré mi bólido a punto, para llevarnos en busca de calas aisladas.

- Conduce con cuidado y olvídate un poco de Internet - le recomendé en plan paternal.

Después de los abrazos de rigor, acompañé a Luna hasta el aparcamiento donde esperaban sus padres. Me despedí educadamente de ellos y, de nuevo, su madre tuvo la delicadeza de meterse en el coche, arrastrando a su marido, para dejarnos a solas.

¿Qué voy a decirte? La separación me resultaba tan dolorosa que, incluso, me surgieron algunas lágrimas, que fueron a juntarse con las de Luna. No podía permitir que fuese tan triste nuestro último abrazo y me armé de valor (porque estaba convencido de que su padre no quitaría ojo del retrovisor). Nos fundimos en un beso eterno... que tuvo como música de fondo un claxon machacón.

¿Quién fue el idiota que iba diciendo, por ahí, que mi problema son las mujeres?

Cuando celebramos el final de todo, en casa de Sara, también hubo música, que eligió ella misma. Si fuera mal pensado, diría que tenía la selección preparada de antemano... Todo piezas lentas, a cuál más dulce, y una de ellas fue precisamente ésta. No puedo negar que tiene buen gusto la chica.

¡Y qué gozada bailarla con Luna! ... Imitando un clásico de los Beatles, puedo exclamar, con toda la razón del mundo: ¡Qué noche la de aquel día!

Bueno, será cuestión de abreviar porque ya comienzo a estar harto de aporrear el teclado y, además, tampoco quiero hacerme pesado. Me temo que todo se acaba, tarde o temprano, y sólo deseo que hayas pasado un rato entretenido con nuestras aventuras.

¿Quién sabe? Quizá en la playa nos topemos con unos piratas o descubramos un galeón hundido o una nave extraterrestre... Si es así, volveremos a encontrarnos.

Hasta entonces.